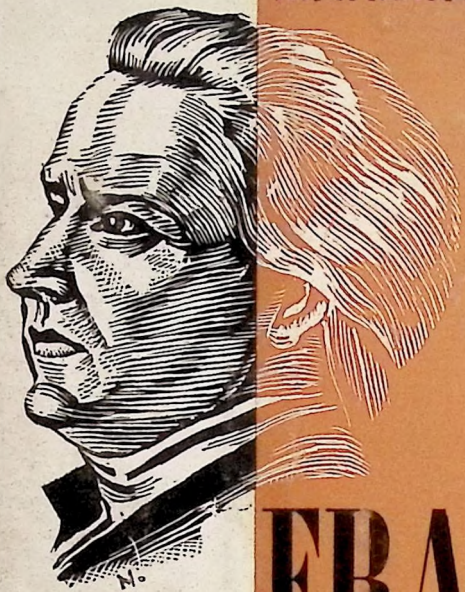
MARIANO PICON-SALAS



FRANCISCO DE MIRANDA

AGUILAR

FRANCISCO DE MIRANDA

Hay muchos estudios históricos sobre Miranda, el extraordinario venezolano que, según Picón - Salas, fué el "primer criollo que entró en la Historia Universal", pero ésta es, sobre todo, una biografía viviente. El autor aligeró la documentación erudita para dar el cuadro más animado y apasionante de personaje tan singular. Si toda Historia es contemporánea, es decir, que puede repensarse de acuerdo con los problemas y la sensibilidad de hoy, el autor logra presentar el drama político de Miranda como si estuviera aconteciendo en nuestros días. Y su agudo espíritu crítico logra una nueva interpretación de ciertos mitos que se formaron en torno de tan avasallante personalidad. La primera edición de este libro, impreso originariamente en Argentina, se agotó en el brevísimo transcurso de pocas semanas. Las gentes leyeron el libro como la más variada y entretenida novela. Y es que, sin deformar la autenticidad del gran personaje, Picón-Salas, con sumo arte de escritor, s a b e descubrir los aspectos m á s misteriosos o —como él dice— "nocturnos", de su biografiado. Esta "Colección Literaria" que ya se honró publicando el "Pedro Claver" de Picón-Salas, acoge ahora con júbilo esta biografía, que reconstituye una vida de "tempo" y dinamismo opuestos a la del seráfico "santo de los esclavos". Conspirador y negociador

MIRANDA

COLECCION
LITERARIA
NOVELISTAS
DRAMATURGOS
ENSAYISTAS
POETAS

MARIANO PICON-SALAS

MARIANO PICON-SALAS

MIRANDA

PUBLICADO POR
AGUILAR, S. A. DE EDICIONES
SECCION VENEZOLANA
JESUS LOPEZ ELIAS — CARACAS

Copyrigth © *by* Jesús López Elías
Queda hecho el depósito que marca la ley

IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

UNIÓN GRÁFICA, S. A. Doctor Vértiz, 344. México, D. F.

PROLOGO

El tema Miranda para un drama psicológico y político, drama de eterna vigencia porque inciden en él, como en muchas tragedias colectivas de nuestro tiempo, lo individual y lo social, el irracionalismo y la lógica, la cultura y el instinto, siempre me fascinó como proyecto literario. Quise llevar, especialmente, a una tragedia de tipo moderno, el agitado último año y medio de la vida de Miranda en Venezuela, entre diciembre de 1810 y julio de 1812, días de extraordinario "pathos" social cuando el gran conspirador —ya anciano de tanto conspirar y proyectar para América: en las cortes europeas, en los grandes círculos de estadistas, financieros y políticos donde se programaba la vida mundial— sufre la confrontación de su tierra; baja

del país de Utopía a un áspero y limitado rincón concreto. Se iba a decidir la independencia de la América del Sur, pero a través de grandes pasiones y antagonismos. Las ideas elaboradas por los conspiradores saldrían a la calle a cambiar de traje, a metamorfosearse y desviarse, de acuerdo con las más contradictorias circunstancias. Y Miranda estará como un inmenso Rey Lear, solitario entre la violencia de un mundo y una idea que, aunque animados por él, estallan de incalculable materia explosiva. Para los conservadores, Miranda aparecía como un peligroso jacobino; para las nuevas generaciones con impetuoso deseo de hacer, el viejo revolucionario se habrá tornado anacrónico. Era un poco el drama del hombre de alta cultura y pulida sensibilidad, perdido en los azares de una política sumamente terrestre cuya complejidad irracional no se ajusta con los cálculos y previsiones lógicas. La tormentosa guerra que comenzada en Venezuela se extenderá, entre 1810 y 1825, por toda la América del Sur, requería un gran jinete en lo desconocido, en lo ciego e imponderable, que no pudo ser el cultísimo don Francisco de Miranda. Es un admirable Fausto que se preparó largamente en la meditación y el hábil ordenamiento de sus planes; que deslumbraba y avasallaba, pero a quien en el momento decisivo se le escapó Margarita. Y un poco el misterio de la acción política, donde cada idea rompe su cauce y forma los más caprichosos meandros, se me aclaraba en esta tragedia del Precursor de la Independencia de América.

Pero, para lograrlo como drama, tenía que iniciarme en la intimidad del personaje. Miranda es, a veces, hombre de variadas máscaras cuyo curso se nos pierde como el de aquellos ríos que

hacen subterráneamente parte de su trayecto; y es entonces cuando este criollo de la ciudad de Caracas se llama, por ejemplo, Meiroff, monsieur Martin, José de Amindra. Todos estos pseudónimos y cambios de nombre en el pasaporte y en la correspondencia revelan algo de su complejidad anímica. Dijérase que para situarse mejor ante el espectáculo del mundo necesita una nueva personalidad. De precaución contra la policía monárquica o la policía de Fouché, esto a veces se vuelve simple gusto: ejercicio o aventura de personaje cosmopolita. Aunque también los psicólogos pudieran interpretar tales cambios onomásticos, como sublimación de un complejo de quien —por lo mismo que se paseaba con tanta soltura por todas las latitudes— era ya extranjero en todas partes; hasta en su propia patria. ¡Cómo le hubiera gustado a su contemporáneo Stendhal conocer un personaje tan stendhaliano! En ciertos aspectos de su filosofía de la vida, de su gusto por la errancia y el espectáculo humano, el gran novelista francés y el héroe criollo hubieran coincidido, aunque por sobre el maravilloso cálculo despuntaba, a veces, en Miranda un elemento quijotesco español, extraño, tal vez, al análisis mordaz e implacable del autor de Rojo y Negro. *Durante dos años he vivido entre los papeles y testimonios de Miranda, no sólo leyéndolos sino pensándolos e interpretándolos. Así me resultó —casi a pesar mío— este estudio biográfico que no tiene la pretensión de emular con las grandes obras documentales que se han escrito sobre tan preclaro personaje, como las de Robertson y Parra Pérez, pero que sí creo expresa mi peculiar punto de vista sobre el estupendo "acaso". Un hombre como Miranda será siempre tema de inexhausta meditación. No importa*

que Parra Pérez haya estudiado, notablemente, su papel en la Revolución Francesa y su actividad de dictador y jefe de armas en Venezuela. No importa que Robertson haya reunido en ingente volumen casi todo lo que se sabe sobre su vida. El tipo que encarna Miranda, su misterio psicológico y su enigma político, motivarán siempre renovados análisis. Es personaje contemporáneo en cuanto su choque con el mundo y la sociedad revive en cada generación; se manifiesta en cada época revolucionaria. Agotado casi ya su proceso documental, comienza su proceso psicológico. Y, en tal sentido, este gran criollo del valle de Caracas sugiere tanto y constituye tan seria problemática como la que plantean en interrogación humana y filosofía del personal destino los grandes héroes de la literatura —don Quijote, Fausto, don Juan.

El peligro de una biografía de Miranda es su exceso de detalles y de variados ambientes. Se corre el riesgo de que lo descriptivo ahogue lo dramático. La visión puramente pintoresca del personaje, sus grandes éxitos sociales, el fulgurante aparecimiento de un criollo audaz e imaginativo en las cortes europeas del Rococó; sus dilatadas y escogidas amistades, su don de metamorfosis y el dominio y soltura con que se pasea por todo el universo culto de su tiempo, han fascinado a muchos suramericanos que vieron en él, sobre todo, el brillo y la escenografía, deteniéndose poco en los móviles y la vida interior. Con vanidad decorativa satisfizo más ese Miranda en traje de fiesta, que cautivaba a la vez, a las princesas y a los filósofos, que el otro que traía, bajo el brillo cortesano y la azul casaca, un destino de fe e incansable obstinación.

Por eso en este trabajo me he permitido —bus-

cando lo significativo— omitir lo profuso episódico. El menudo detalle de los viajes de Miranda por Europa, a pesar de su invitación al "pintoresquismo" y al lugar común de la biografía novelada, me atrajo menos que aquel momento en que el hombre —como en la prisión de La Force, en ciertas tardes de Londres, después de visitar el Foreign Office, o en el Caribe, mirando ya las costas de Venezuela— cavila e interroga a su propia esfinge. El hombre Miranda lo coloqué y destaqué por sobre las cosas que lo rodeaban, aunque éstas estuvieran tan cargadas de arte e historia como los palacios italianos, las metopas y relieves griegos del Museo Británico, el alegre pabellón de Dresden donde la arquitectura es femenino encaje, y el agua, los árboles, el jardín parecen acompañar siempre una pastoral mozartiana. Lo que creo desdeñable en algunas biografías noveladas que ahora se escriben, es esa falsa subordinación del hombre al ambiente; ese relleno de historia y color local con que se escamotea el auténtico drama. He convivido con Miranda durante largas horas; revisé muchos de los papeles enigmáticos que se conservan en su archivo, y, más que salir, cada día, con mi fardo de datos, traté de incorporarlos a mi experiencia interior, cotejarlos con lo que ya sabía de otros conspiradores y otros políticos. Quise conocer y entender, también, a sus amigos —William S. Smith, Alexander Hamilton, John Turnbull, el licenciado Sanz, Tomás Molini— y de todo ello, del debate del grande hombre consigo mismo y con los demás, surgió este retrato, esta tentativa de interpretación. Aunque no hubiera muerto en triste cautiverio, pagando en sacrificio su amor por América y por la Libertad, Miranda sería siempre uno de los hispanoamericanos más signi-

ficativos. Fué nada menos que el primer criollo que venciendo el aislamiento colonial se paseó con gran decisión y señorío por la historia del mundo. Sirve de insustituíble comisionado e intérprete de todo nuestro continente hispanoindio en aquel henchido momento en que, con la independencia de los Estados Unidos, la Revolución Francesa, la crisis del imperio español y la aventura napoleónica, cambiaba con tremendo impulso dinámico, el rumbo de la vida universal. Por eso, como hombre-síntesis en quien se acumulan toda la energía y todos los sueños de su tiempo, el personaje ofrece su palpitante fascinación problemática a los psicólogos, los artistas, los historiadores.

MARIANO PICÓN-SALAS.

Caracas, Venezuela: 1945.

I

PRIMERA SILUETA

Cronológicamente fué Francisco de Miranda (1750-1816) el primer criollo de dimensión histórica mundial; el primero que en aquel extraño siglo XVIII, propicio a las naturalezas fascinadoras y a la vez nocturnas como la suya, se empinó sobre los campanarios coloniales y recorrió el mundo en viajes y peripecias, comprendiendo y participando en el juego de la política europea, y tratando de aprovecharlo para la revolución de independencia hispanoamericana. Era un momento en que —como lo había previsto el Conde de Aranda— iba a liquidarse el viejo imperio español; y desde el punto de vista americano no quedaba

otro dilema que azuzar la rivalidad y voracidad inglesa contra España, a fin de obtener la liberación de los nuevos estados, o bien resignarse a aquella miserable suerte de colonias británicas en que ciertos misteriosos planes del Foreign Office pretendieron convertir las ricas provincias de Tierra Firme o de la región del Plata. Para dar a los ingleses —lo que ya no podía evitarse— el acceso comercial a los nuevos países y asegurar, al mismo tiempo, la autonomía política de éstos, era preciso coordinar un plan continental en el que desde México hasta el Plata se encendiese el fuego de la misma conspiración; se hablase el mismo lenguaje.

Así, desde sus primeras visitas a los políticos europeos, Miranda no se presenta tan sólo como un vecino de Tierra Firme, sino como el delegado de una vasta, y al principio imaginaria, revolución hispanoamericana; como el embajador de aquel "Incanato" que él quería soldar con todas las provincias ultramarinas de España. Y el genial conspirador busca amigos y afiliados a sus logias en las más remotas regiones americanas; tiene corresponsales no sólo en su Venezuela natal, sino también en México, Guatemala, Buenos Aires. Capitaliza, simultáneamente, para su intriga conspirativa las poderosas amistades que ha hecho en sus viajes, desde la Emperatriz Catalina hasta los diputados de la Gironda, los capitalistas ingleses como Turnbull, los jesuítas americanos expulsados a Italia, los políticos y negociantes de Boston y Filadelfia, los gobernantes británicos de Jamaica o de Trinidad. Con la misma vitalidad fáustica entra al salón cortesano y teje sus inagotables aventuras aristocráticas, o participa en una discusión de "espíritus fuertes" que analizan la superstición y el fondo común de impostura que el volterianismo

del XVIII atribuía a todas las religiones, o inicia a un joven americano como O'Higgins en la penumbra de una logia masónica, o visita un burdel italiano y lo describe en su *Diario* con los rasgos más plebeyos y materialistas. Escribe, habla o viaja sin cesar; tiene pasaporte ruso, británico o francés; y en treinta y tantos años de andanzas ha ido tejiendo un cúmulo tal de intrigas y conspiraciones que desespera y desorienta a la diplomacia española, para quien constituye uno de los temas más obsesionantes de información y correspondencia. Cuando le han localizado en Londres ya ha huído a París y mantiene —no se sabe con qué dinero— uno de los más elegantes, concurridos y peligrosos salones de la época del Directorio.

Por ello, antes de analizar las causas de subversión contra España que él movilizaría, antes de adentrarse en el espíritu de aquellas sociedades criollas en las que hacia 1800 brota un sentimiento autonomista, hay que comprender la personalidad de este hombre apasionado, tenaz y enigmático, que de cierta manera dirige desde donde está una orquesta invisible, una conspiración de mil cabezas.

No tuvo la monarquía española adversario más constante; nadie como él dió énfasis y convirtió en propaganda el más nimio detalle; ningún indiano interpretó su tiempo, supo sorberlo y vivirlo con mayor intensidad. Tiene su retrato, del que daremos algunos rasgos esenciales, algo de Cagliostro y de Casanova, moderado o engrandecido por aquel estoicismo heroico que la Revolución Francesa buscaba en la historia de la república romana. Une en la contradicción típica de su siglo el materialismo más despiadado con aquel gusto por el misterio, por el "lado nocturno

de la naturaleza humana" que animó las sociedades secretas, los cultos iniciáticos, el mesmerismo y la frenología. Pero es un criollo del valle de Caracas, de las asoleadas tierras equinocciales, lo que quiere decir que la cultura y la política europea absorbida en sus viajes las siente con mayor fuego. Aun la tragedia de su madurez, aquella tragedia en que el estupendo conspirador ha de fracasar como hombre de estado y jefe revolucionario, fué la de ser ya demasiado europeo, y no valorizar, en el momento definitivo de la acción, las fuerzas irracionales, el ímpetu bárbaro de su pueblo. El primer gran instante de la historia venezolana y de cierto modo de la historia de la independencia de Sur América es aquel en que Bolívar se enfrenta a Miranda; el que la revolución, al salir de lo subterráneo, ya no requería tanto al Conspirador, porque necesitaba la absoluta entrega a lo desconocido que debiera infundirle el Libertador.

Variadas y a veces muy difíciles de esclarecer son las etapas de la vida y la obra de este primer hispanoamericano universal. Cuando a los veintitrés años sale de Caracas después de seguir estudios incompletos pero ambiciosos en la Universidad caraqueña (matemáticas, filosofía, derecho), y aspira a hacerse nombre y situación en el ejército español, acaso dos o tres grandes sentimientos constituyen la razón pasional de su vida. Lo inmediato es un sentimiento de rencor contra las gratuitas ofensas que el patriciado de la Capitanía General, alegando pergaminos y privilegios de casta, había irrogado a su padre, honesto veterano de la milicia de Caracas. Era la familia de Miranda oriunda de las islas Canarias, de aquellos esforzados y económicos "isleños" que en la vida venezolana de la

Colonia y la República constituyeron una de las inmigraciones más provechosas. Porque eran coloniales, a su manera, y en sus angostas islas perdidas en el Atlántico debían economizar el hilito de agua y trabajar y abonar hasta el máximo su pañizuelo de tierra, no traían estos isleños la pretensión nobiliaria de los demás españoles. Sembraron en climas húmedos y calientes de Venezuela las primeras haciendas de cacao, no temían, contra el hispano y patricio desprecio por las labores manuales, ejercer los oficios más humildes, y acumulaban fortunas prósperas, muy parcamente administradas, que suscitaban el recelo de las familias nobiliarias que heredaron tierras y apellido. Por este conflicto entre dos concepciones de la vida: una aristocrática y formulista, encarnada por el viejo patriciado ocioso que daba al estilo social y a las prerrogativas de linaje una importancia exclusiva, y otra, más llana y democrática, personificada en esos inmigrantes isleños, se perfila ya en la Venezuela colonial el choque entre los dos grupos, que tendrá su corolario sangriento en los días de la Independencia cuando un caudillo como Monteverde trate de capitalizar la justa inquina y resentimiento de los "canarios" contra la aristocracia vernácula. Y es muy curioso desde el punto de vista psicológico cómo el "isleño-venezolano" Miranda logrará sublimar ese rencor.

La tosquedad de modales, su ignorancia y falta de cortesanía, era lo que los patricios criollos satirizaban, por sobre otra cosa, en los inmigrantes canarios; y si hay algo en que se esmera Miranda es en adquirir, junto con su cultura en arte, ciencia militar y política, el más pulido cortesanismo de una época que gustaba de la conversación, las fiestas y besamanos. Por su apostura física y elegancia

viril lo compara cierta admiradora francesa en 1802 a un busto de Escipión en mármol de Paros que se desenterró de los escombros de Chantilly. Y a través de sus viajes europeos —en la Rusia de Catalina, en la Suecia de Gustavo III, en el Potsdam de Federico o en los clubes londinenses— deja la leyenda de un como atrayente y sapientísimo marqués de una lejana provincia española, rebelado contra su rey, pero que tiene el don de convencer y hacerse amigos en tres o cuatro idiomas modernos y que puede hablar con soltura desde el tema más serio hasta el más libertino. Una como enciclopedia personal para aquella activísima vida de viajes y conspiraciones la ha formado en las páginas de su *Diario*, donde las noticias políticas y los planes para la independencia de América alternan con la descripción de museos, ciudades y obras de arte. Las ruinas romanas, el gran castillo gótico de Praga, las colecciones de joyas y minerales del rey de Sajonia, todo habrá de escribirlo e inventariarlo con una doble voracidad de conocer lo que vale la pena de ser conocido y de no pasar en ninguna parte como extranjero. Esa impresionante grafomanía de Miranda, en las innumerables anotaciones personales e íntimas, ¿no revela al psicólogo su plan de seducción, el pertrecho de datos que acumula para impresionar y subyugar a sus contemporáneos? ¿No resultaría provincial cualquier europeo ante este hombre familiarizado con los lugares, cosas y personas más antípodas: Jamaica y la Luisiana; Rusia y los presidios españoles de Africa; Estanislao Poniatowski y George Washington; Jerémy Bentham y Lavater?

Con el anhelo juvenil de convertir el resentimiento en emulación y destacarse, y no ser ajeno a ninguno de los temas y preocupaciones de su tiempo

(de que es admirable testimonio cierta carta famosa al militar español Cagigal, datada en 1783), coincide en sus primeros propósitos el de hacerse una patria más grande y autónoma que la olvidada colonia en que naciera. Un aura promisora parecía recorrer en ese final del siglo XVIII las provincias venezolanas de Tierra Firme. Preteridas hasta entonces en la economía colonial por los ricos asientos mineros de Perú y México, una empresa ya de tipo capitalista como la Compañía Guipuzcoana, que desde 1728 acrecentó el comercio con la península y desarrolló las grandes haciendas de cacao y tabaco, impuso a la Capitanía General un progreso veloz y sorprendente. La segunda mitad del siglo XVIII es en Venezuela época de abundancia y felicidad. Prospera la agricultura, surgen burgos y ciudades hasta en los rincones más recónditos del país, se afirma el poderío de una clase criolla que ama ya el lujo y el refinamiento. Hay cierto desarrollo espiritual, que, si no tiene la magnificencia de las dos grandes capitales virreinales, asombrará a los viajeros europeos como Ségur, y después Humboldt, por su indudable aspiración moderna. Será Caracas la ciudad indiana donde Humboldt encontrará mayor preocupación por la política europea; y en las calles rientes de aquella ciudad, entre sus gentes nerviosas y discutidoras, junto a los ricos mayorazgos de las familias patricias que viajaban por Europa, le parecía al gran viajero estar mucho más cerca de Cádiz o de los puertos del Mediterráneo que en las andinas y melancólicas capitales como Quito y Bogotá. Con fina intuición histórica ha dicho el poeta español Ramón de Basterra que Venezuela —que no llegó a desarrollarse hasta el siglo XVIII— fué una creación borbónica, con toda la influencia francesa,

más ligera y laica, que tuvo la nueva dinastía, mientras que otras regiones de América mantuvieron el más rígido estilo del siglo XVII y de la casa de Austria. La vecindad de las colonias británicas y holandesas, nidos de contrabando, hacía penetrar además en Venezuela, con el comercio prohibido y el afán de los criollos de hacer mejores negocios, algo de ese espíritu de crítica y subversión del siglo XVIII y la propaganda de las naciones capitalistas de Europa contra el monopolio colonial de España.

Ese naciente espíritu autonomista de los criollos no se refrenaba, como en otros países de América, por el temor a despertar los indios. Los pocos indios puros de Venezuela se destruyeron en las "razias" y el comercio de esclavos con Santo Domingo en el siglo XVI; se asimilaron en la gran fusión racial, o bien eran unas pocas misiones en las lejanas tierras del Orinoco, administradas por los padres capuchinos, y en los que no latía ninguna conciencia de autoctonismo. País mestizo, el problema revolucionario semejaba, a simple vista, más sencillo en Venezuela que en el Perú o México, donde las razas aborígenes podían reclamar con más fiereza a los blancos —como en la revuelta de Túpac Amaru— su humillación y derrota. En su propaganda y en su famoso proyecto de "Incanato" el criollo Miranda hará uso de la consigna indigenista más como motivo histórico y literario, absorbido en la literatura europea del siglo XVIII dedicada a las cosas de América —Robertson, Marmontel, Raynal— que como cuestión directa que le sea entrañable y familiar.

No se veían masas indígenas en el mercado de Caracas o en el paisaje de la sierra costera venezolana que es el que conoce el joven Miranda. Lle-

gaban, sí, los negros, conduciendo las cargas de cacao de los valles calientes de Barlovento, o iban los esclavos de casa en casa trasmitiendo los "recados" y "encargos" de sus aristocráticos amos. Pero amansados por dos o más siglos de catolicismo; gente amiga del canto y de la fiesta, a pesar de su opresión; de fantasía más dúctil que la del indio enconado y reservado de las altiplanicies andinas, estos "pardos" venezolanos, antes de que se difundieran por la vía de las Antillas las consignas de la "egalité", no parecían un grupo peligroso al patriciado blanco. El problema racial, a pesar de la separación de castas y de las prematicas necias que prohibían a los negros, por ejemplo, usar bastón, alfombra y paraguas, se planteaba en forma muy diversa al de las Antillas británicas o francesas. Un sistema de explotación ya capitalista donde la multitud negra trabajaba como en una fábrica —bajo el látigo del capataz blanco— el latifundio azucarero y las destilerías de aguardiente, prevalecía en las Antillas inglesas como Jamaica y Barbados. Los negros vivían completamente separados de la escasa población de administradores británicos que no llegaban precisamente a las islas a formar familia y establecerse. El ritmo más lento de producción en las provincias venezolanas; la fuerte vida doméstica de estilo español, la convivencia en las haciendas y en los caserones urbanos de los niños blancos y la servidumbre negra, rompía un poco, desde el punto de vista emocional, el muro de los prejuicios. Y sin temor a las "castas", ya hay patricios caraqueños, hacia 1780, que, acaso bajo la sugestión de la independencia norteamericana, llegan a pensar que no es enteramente herético, y tal vez ventajoso a sus intereses económicos, emanciparse de

España. Precisamente uno de los papeles que Miranda ha de presentar a Pitt es una carta de ricos propietarios de Tierra Firme: don Martín Tovar, don Juan Vicente Bolívar y el Marqués de Mijares, quienes en 1783 le han escrito en tono de rebeldía contra España.

Se elabora en esos años, en Europa, la doctrina del liberalismo económico. El famoso libro de Adam Smith no será difundido en español hasta 1792, pero he aquí que los criollos americanos de fines del siglo XVIII son economistas liberales aunque desconozcan la nomenclatura de la nueva escuela. Comerciar libremente con las naciones extranjeras, evadirse del complicado sistema tributario español, enriquecerse con la exportación de esos víveres coloniales que la Europa de la época ya codicia y aprecia, y, como reflujo de todo ello, conseguir barata la manufactura inglesa, es una aspiración de los orgullosos latifundistas indianos. Les molesta la presencia de los funcionarios peninsulares, intérpretes de una ley y una administración distante, y ¡qué felices podrían vivir en estas risueñas comarcas de la Tierra Firme, repartiéndose el poder público y dominando la sumisa masa de esclavos y peones! Todavía no penetran las turbulentas consignas de la Revolución Francesa, pero un nuevo espíritu profano y pragmático reemplaza ya (hasta por los cambios que ha experimentado España en la época de Carlos III) al cerrado orbe religioso de la colonia. Un más alegre estilo social, cierto terrenalismo que se opone a la visión sombría y conventual de la vida que predominaba en la época de la monarquía austríaca, caracterizan esa segunda mitad del siglo XVIII, aun en las colonias hispanoamericanas. A las iglesias y fundaciones monásticas del siglo XVII parecen ahora oponérseles

las elegantes residencias privadas; y hasta en una ciudad como Caracas, muy inferior a las ciudades virreinales, saborearán los viajeros como Ségur, Humboldt y Depons, la gracia superabundante de cierto rococó criollo. También notan los viajeros, como otra cara de esa reciente profanidad, la preocupación por lo que el caraqueño Sanz llamaba en su famoso informe de 1790 "las artes mecánicas y útiles"; una nueva realidad educativa, económica y social con que se quería sustituir la enseñanza verbalista y "las vanas preocupaciones" del tiempo viejo.

Aparentemente, en los círculos de esa alta sociedad criolla (que es la única que entonces actúa) nada ha cambiado. Con el antiguo y pesado estilo curialesco se siguen mandando "memoriales" a la Corte para demostrar la limpieza de sangre, afirmar la lealtad al rey y solicitar un título nobiliario. Los grandes hacendados del cacao y del tabaco, los tratantes en reses y en cueros, quieren ser marqueses y condes en ese final del siglo XVIII y gastan sus buenas onzas en Madrid para conseguirlo. Pero no nos engañemos: más que una muestra de fidelidad monárquica, esto es la expresión de un criollismo ambicioso que anhela situarse en el primer plano de la sociedad vernácula; que ya no teme ejercer el contrabando con los "herejes", puesto que así se realizan buenos negocios; que intriga contra los funcionarios españoles de la Capitanía General cuando ellos no se plegan a sus intereses y maquinaciones. Y la futura república venezolana que nacerá en 1811 tendrá que luchar contra el egoísmo y la rapiña de algunos de esos ricos criollos, como el tristemente famoso Marqués de Casa de León, quien está con los "revolucionarios" cuando ellos son gobierno y manejan las rentas públicas,

pero que tiene siempre una puerta de escape para la traición y el camaleonismo.

En tantas cosas debería pensar Francisco de Miranda, cuando, salido apenas de la adolescencia, pero dotado ya de fuertes rencores y de una vitalidad más vigorosa aún que su resentimiento, abandona el caserón familiar y emprende el viaje ultramarino a la Corte.

II

VIAJES DEL GENTILHOMBRE

El Madrid de Carlos III es un útil y primer mirador para que un joven indiano se asome a ver el Universo. Algunos criollos audaces e imaginativos como el limeño Pablo de Olavide habían logrado hacerse un sitio de poder y de influencia en el círculo ya enciclopedista y modernizante que rodeaba al rey borbón. Desafiando las pesquisas inquisitoriales, los libros de Francia y de Inglaterra penetraban ya en la península; y a pesar de la requisitoria reaccionaria y muy elocuente de Forner, defensor de una España cerrada, impermeable a Europa, un hálito de cultura transpirenaica agitaba las más vivas conciencias. Los frailes re-

zongones protestaban, naturalmente, del seco "regalismo" de la monarquía, del avance de la impiedad francesa, y preparaban su futuro desquite. Con los sentidos entusiastas y despiertos, Francisco de Miranda habrá leído los primeros libros extranjeros; habrá comenzado su aprendizaje de idiomas vivos, habrá visto los primeros museos (será toda su vida un infatigable "amateur" y visitante de cuadros y esculturas); habrá satisfecho su permanente inquietud erótica. No es precisamente un Werther (aunque el personaje literario germano sea su contemporáneo), y el amor es para él apenas un desfogue de la salud robusta que jamás turba sus planes más ambiciosos. La milicia española donde asciende al grado de capitán, y la riesgosa aventura de ir a pelear contra los moros de Marruecos y los piratas de Argel, le ocupan entre 1773 y 1775. Ya para entonces el recién llegado soldadito venezolano tiene singular desembarazo para tratar y discutir con los superiores y se permite dar consejos nada menos que al comandante de la pláza de Melilla. Toda su vida será un redactor de planes y memorándums, y seguirá con su cabeza, o a través de mapas y elaboradas hipótesis, las campañas militares que deban realizarse en los más lejanos sitios, o lo que le interesa aún más que la estrategia guerrera: las maquinaciones políticas. Este don de hacerse importante, de apoderarse de una influencia aunque no se la concedan, marca otro rasgo permanente de su carácter: o se adueña de los hombres, los hace trabajar al ritmo de su imaginación, o bien suscita enconos y recelos profundos.

El general Cagigal, a quien sirve de ayudante en la expedición que parte a las Antillas en la guerra contra los ingleses, será de cierta manera

su instrumento. Durante largos años el famoso militar español tendrá que sincerarse y explicar una serie de hechos no enteramente claros en que le complicará la peligrosa fantasía mirandina. Miranda le trata casi filialmente, pero el tono de afecto y confidencia apenas encubre el verdadero predominio que el joven criollo ejerce sobre tan fogueado veterano. Y, con caballerosidad muy hispánica, Cagigal defiende a Miranda y es su entusiasta abogado aun en el momento en que su ex edecán viaja por los países extranjeros y comienza a convertirse en conspirador. Ganada la voluntad de su jefe, Miranda consigue amplio campo de acción para su iniciativa y fantasía en la guerra antillana, que pronto se convierte en el apoyo de España a la independencia de los Estados Unidos. Además del vasto trabajo militar en que se destaca, como por ejemplo el sitio de Pensacola y el asalto a Providencia, es también negociador y diplomático. Es él quien trata con un almirante francés, en aguas de Cuba, de las provisiones y auxilios que deben llevarse a los colonos norteamericanos en la bahía de Chesapeake, y quien actúa en los convenios que incorporan a la corona española las islas Bahamas.

Cierto misterioso viaje a Jamaica, disfrazado de comerciante cubano que deseaba adquirir mercancía de contrabando, acaso le permite dos cosas: cumplir la comisión secreta que Cagigal le diera de inspeccionar los recursos y defensas militares de la rica Antilla, y relacionarse, al mismo tiempo, con los primeros oficiales británicos. La política y la acción ultramarina española en esa guerra colonial se desenvuelve en el ambiente de pequeñas intrigas y conflicto de autoridades, tan típica de la administración hispánica. Gálvez, el gobernador

de Luisiana, malquiere a Cagigal; la Audiencia está celosa de la iniciativa de los generales, y de ese viaje a Jamaica se hace causa contra Miranda y contra su protector. Llenan los rábulas sus resmas de secreto papel de oficio, que van a parar al Consejo de Indias. El juicio será tan largo, tan atiborrado de prosa curialesca que, iniciado hacia 1780, sólo merecerá sentencia absolutoria en 1799, cuando ya Miranda es todo un gran personaje internacional; ex general de los ejércitos de la Revolución Francesa y conspirador, el más famoso, contra España.

En sus andanzas por la Florida y el golfo de México, Miranda ha olfateado y sentido la alucinación de la nueva democracia norteamericana. Todas las utopías y los planes políticos y sociales de entonces iban a converger en ese Estado en que parecía lograrse una síntesis de la Biblia y Rousseau; de Locke y de la reciente palabra "progreso". La ceremoniosa Europa de fines del siglo XVIII viera llegar con asombro, y como un argumento más contra el derecho divino de los reyes, a aquellos artesanos o a aquellos granjeros-filósofos, tipo Franklin o tipo Jefferson, cuyas grandes botas pisaban sin ceremonia la alfombra de los palacios y cuyo evangelio simple, directo e igualitario, contrastaba con el sobrecargado formulismo de la diplomacia y la política europeas. Y entre las adivinaciones de Miranda cuenta la de haber medido temprano la futura fuerza e inagotable posibilidad de ese pueblo, y prever, aún tan precozmente, una alianza entre la antigua metrópoli británica y sus colonias liberadas, para difundir por el mundo los nuevos valores económicos y pragmáticos que comenzaba a engendrar la época. Una fórmula que ya se le ocurre (y que desarrollará en sus negocia-

ciones inglesas varios años después) es que la independencia de la América española está condicionada por el ímpetu con que el comercio británico busca nuevos mercados y por la urgencia con que los Estados Unidos querrán impedir que en los negocios de América intervenga la Europa continental.

Ese primer itinerario por los Estados Unidos en 1783 está bien calculado; como un Wilhelm Meister de los trópicos el joven venezolano quiere perfeccionar su aprendizaje, ver cómo funcionan las instituciones de una república, hacerse de relaciones e influencias en aquel país que ya le parece uno de los pivotes desde donde puede preparar y lanzar su conspiración independentista. Miranda pertenece a la familia de los calculadores ardientes, y la carta con que se despide de su protector Cagigal no disimula entre todas sus expresiones de retórica a la moda, la planeada y fogosa ambición que será la clave de su destino. Sabe que ya los polizontes del gobierno español no le permitirán realizar una gran carrera al servicio de la monarquía; como otrora en Caracas sufrió una humillación de los patricios, en su experiencia antillana no dejó de ser víctima de la desconfianza peninsular contra los criollos, y no le queda otro camino, a los treinta y tres años de su vida, que convertirse en un personaje internacional. Aparentemente, esto de viajar por los más diversos países, conocer las calles y las gentes de las ciudades exóticas, se considera envidiable, pero el hombre pierde su raíz, pone una frontera de tiempo y espacio a su tradición y su origen; se desarma para la lucha definitiva en la halagadora, pero peligrosa, ciudadanía de ninguna parte. Y el largo extrañamiento, si ha de ampliar la órbita de acción de Miranda, también

prepara su tragedia; le resta vigor cuando deban juzgarlo no las naturalezas fantásticas que él ama, sino seres terrestres, fríamente realistas, como John Adams o algunos de sus compatriotas caraqueños de los futuros y patéticos años de 1811 y 1812. Entretanto, el entusiasta hombre treintañero se pasea por los Estados Unidos con el pasaporte magnífico de una carta de Cagigal para Washington; conoce al "Fabio de los nuevos tiempos" a Jefferson, al ardiente Hamilton, parecido al venezolano en el don de proyectar grandes empresas; al fidelísimo coronel Smith, que ya queda definitivamente uncido a la amistad de Miranda. Smith le acompañará con dinero y cordialidad abundante, en un largo periplo europeo; le servirá de agente ante Pitt y ante el gobierno norteamericano. Ha de ayudarle a buscar, veintitantos años después, la tripulación y los barcos con que se arma la azarosa aventura del *Leandro*. En sus inagotables cuadernos apunta Miranda su imagen de hombres y cosas de los Estados Unidos, referencias personales que utilizará cuando llegue el momento de la conjura. La Constitución y las leyes del nuevo país; la equilibrada prudencia con que allí se realiza la democracia, serán desde entonces los modelos políticos ideales que recomienda en una época de conflictos ideológicos, de profunda crisis de sistemas, como la que ya se perfila en el horizonte histórico.

III

LONDRES Y EL CONTINENTE EUROPEO

Londres, más que el París de Luis XVI, es en 1784 la capital política del mundo. Allí se ven dos cosas que le interesan a Miranda: el régimen parlamentario y los problemas de la expansión colonial de las grandes potencias que, de hecho, ya comienzan a sustituir por una estrategia de reparto del Universo la hipócrita fórmula del "equilibrio europeo". Allí se palpan mejor que en otro sitio los conflictos y maquinaciones que en los años venideros ocuparán a la diplomacia de Europa: la eterna cuestión polaca, Estado que se muere a pedazos; la militarización de Prusia bajo el gran Federico; las campañas de Catalina para continuar

la occidentalización de su enorme imperio y darle salida, a costa de los turcos, a los mares meridionales, la insalvable crisis financiera de la monarquía francesa. Se alínean ya en el tablero de ajedrez, los alfiles y los reyes que antes de un lustro habrán desatado sobre el mundo un ciclo de guerras y revoluciones. Los ingleses desarrollaron, antes que ninguna otra nación, la moderna arma de la propaganda; y literatura sobre toda clase de asuntos (folletos antimonárquicos y antirreligiosos franceses; hipócritas homilías sobre las crueldades de España en el nuevo mundo, libros de viajes por América) se consigue en las librerías de Londres. Miranda frecuenta los clubes donde una juventud audaz (aparentemente muy poco inglesa) discute la política británica que tiene un jefe decidido en William Pitt, el ministro más joven que nunca viera la Gran Bretaña. Por lo mismo que Inglaterra ha perdido ahora la más importante de sus colonias en la América del Norte, es un instante de ofensiva e impulso; el entusiasta remozamiento de *tories* y *whigs* contrasta con el adormecido ritmo de la Francia de Luis XVI. Al "pacto de familia" con que la Francia y la España borbónicas pretenden defender su *statu quo* colonial, Inglaterra opone una política de mayor flexibilidad e inventiva. Se relaciona Miranda con poetas y periodistas, con financieros como John Turnbull, quien está ya dispuesto a invertir algunos millares de libras para que la futura revuelta ultramarina redunde a favor del comercio inglés; y en agosto de 1785 emprende su gran viaje de exploración por países europeos. Nuestro tropical Wilhelm Meister quiere completar el entrenamiento cosmopolita de su persona. Los próximos días habrán de necesitar expertos en política mundial, y acaso esas rivalidades

y maniobras de los grandes estados puedan aprovecharse para la independencia de las colonias españolas. En todo caso, conocer las cortes y los personajes influyentes de cada país es en ese final del siglo XVIII una profesión valorizable. Sabe presentarse tan bien el joven venezolano que *The Morning Chronicle* le saluda antes de partir como el futuro libertador de la América española. En los años siguientes, numerosos artículos con firmas no identificables aparecerán en la prensa británica y hasta en graves revistas como la de Edimburgo, sobre el irritante monopolio que ejercen los españoles en las tierras virtuosas pero desgraciadas de Ultramar sobre el deseo de emancipación de aquellas colonias, sobre la lamentable ruina de los imperios indígenas. Toda la dialéctica filantrópica y libertaria que Miranda ha absorbido en la literatura contemporánea la pone al servicio de su causa americana. Y darle a la ambición mercantil inglesa un ropaje de humanitarismo y de virtud, al estilo prerromántico de entonces, será una de las fórmulas de su campaña propagandística.

El periplo europeo de Miranda entre 1785 y 1789, que abarca desde la latitud de Noruega hasta la latitud de Constantinopla, a través de todo el continente, es tan pintoresco que casi quisiéramos rehuirlo ya que deseamos más bien llegar a su drama que dispersarnos y detenernos en el abundante color local. Para su personalidad y destino histórico dos significaciones tiene ese viaje: primero la curiosidad del hombre, coleccionista infatigable de relaciones humanas, contertulio de príncipes, militares, gente de letras; observador de las más variadas cosas desde las maniobras del ejército de Federico en Potsdam hasta la organización de presidios y asilos de Suecia y Dinamarca; segundo,

los misteriosos enlaces que ya busca para su obra conspirativa. En las ciudades italianas —especialmente en Bolonia— ha encontrado aquel grupo de jesuítas expulsos de las colonias españolas que constituían, sin duda, el más escogido y sabio grupo de la intelectualidad hispanoamericana de fines del 1700. Ningunos, como esos padres, le enseñarían más sobre los vastos territorios, recursos y problemas del mundo indiano que el joven viajero aún conocía de modo superficial. Hombres como los mexicanos Clavigero, Alegre, Cavo, como el chileno Molina, eran un repertorio viviente de documentadas noticias. Se ha observado —acaso como un producto emocional del forzoso destierro en que vivían estos jesuítas— el criollismo nostálgico y, a veces, francamente antiespañol, que colora su trabajo literario. ¿Podía presentarse un alegato histórico mejor sobre la justicia de la causa criolla contra España que una obra como la *Historia antigua de México* de Clavigero, quien ya insiste en su patria mexicana, como separándola e idealizándola, frente al viejo imperio español? Otros teóricos de la emigración jesuítica, como el padre Alegre, propiciaban en sus tratados teológicos un estado democrático engendrado directamente por el pueblo que no difería mucho del estado ideal de Locke o de Rousseau. Cierto ex jesuíta, Tomás Belon, entrega a Miranda en Roma en 1786 la lista de sus antiguos compañeros de orden y desde entonces piensa utilizar a estos emigrados y la influencia secreta que aún pueden ejercer en las colonias españolas, para la propaganda independentista. En la enumeración de los frailes expulsos se destaca en línea separada un nombre: el del peruano Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, quien otras veces se hace llamar Rossi, naturaleza nocturna y

ambiciosa como la de Miranda, extraordinario talento de polemista político que después actuará en Londres como pensionado de Pitt y habrá de escribir el primero y más hábil y difundido panfleto a favor de la revolución de independencia: la *Carta a los españoles americanos.*

Otra amistad inmediatamente valiosa es la de la emperatriz Catalina de Rusia, a quien Miranda es presentado en Kiev por el fantástico príncipe Potemkin, en febrero de 1787. A esta inquieta y genial soberana, lectora de Voltaire y de Diderot, le agradaban los viajeros extraños capaces de describir países y costumbres desconocidas con quienes podía sostener —muy al estilo del siglo XVIII— "entretenimientos filosóficos". La vieja amazona nórdica descansaba de sus campañas y viajes de inspección por el inmenso imperio ruso, en un saloncito rococó, conversando con un extranjero distinguido; y uno de los secretos de la influencia de su ministro Potemkin no era tan sólo la sobresaliente capacidad administrativa y militar, sino también el don de hacer más agradable y excitante el *entourage* de su soberanía. Circulaban el dinero y las dádivas a los huéspedes, con la prodigalidad que sólo pueden permitirse las monarquías absolutas. La emperatriz era insaciable para amar, para viajar, para conversar. Todo el siglo XVIII con sus utopías políticas, su racionalismo crítico, su sensitividad prerromántica, cabía en la cabeza de Catalina. No nos consta hasta qué punto estimó a Miranda, pero sí que discutieron sobre los horrores de la inquisición española; que le permitió usar un galoneado uniforme de coronel moscovita, que le invitó a quedarse en la corte, y ante el rechazo del venezolano, quien alega la misión que le espera en América, Catalina le hace dar una opulenta car-

ta de crédito por dos mil libras esterlinas, y numerosas recomendaciones para que le atiendan los enviados rusos en el extranjero. Desde entonces Miranda visitará las embajadas de Catalina en Londres y París como si fueran su casa familiar; el ministro Bezborodko, quien durante largos años dirige las relaciones exteriores del imperio, es su protector; y al representante diplomático de Rusia en Inglaterra, el conde de Woronzow, confiará Miranda en 1799 parte de sus planes y sus conflictos con Pitt. El nombre de la emperatriz suena varias veces —como la posible y decidida rival para audaces empresas internacionales— en las conversaciones que sostendrá en el Foreing Office. Y un pasaporte ruso y otro francés, llamándose alternativamente el señor Meiroff, gentilhombre livoniano, o monsieur Martin, son una de las tantas defensas de que se arma contra la persecución de los representantes de España.

Los últimos meses de 1788 y los seis primeros de 1789 los emplea en concluir una visita a Suiza, e iniciar el recorrido de Francia. Ya en las tertulias de Ginebra y Neufchatel empiezan a llegarle los ecos de lo que se prepara en la monarquía francesa: Necker es Ministro de Finanzas de Luis XVI, y se han convocado los Estados Generales. Un aristócrata dice al venezolano que todas aquellas cosas que parecen tan inquietantes se quedarán en "feu de paille", y un grave magistrado de Bretaña opina que todo pararía en decir a los representantes: "venga el dinero que urge, y si esto no se puede conseguir y Uds. no se ponen de acuerdo, regresen a sus casas"; pero nuestro minucioso observador recoge junto con sus descripciones de albergues y cenas, catedrales y castillos, o

amables muchachas que entibian su lecho, noticias más alarmantes. Vió en Burdeos una tumultuosa elección de la Asamblea de nobles, y comprueba en un lugarejo de Bretaña el creciente malestar campesino y la crítica, ya enconada y revolucionaria, de los privilegios señoriales. Algunos de los autores de los libros políticos e históricos que más le entusiasmaran se hacen sus conocidos y contertulios durante este viaje. En Suiza encuentra a Gibbon, el autor de la famosa *Decadencia de los romanos,* y en Marsella asiste todas las noches al chocolate del viejo abate Raynal, ya postrado por el reumatismo, pero siempre locuaz sobre los asuntos de América y sobre los graves días que se avecinan para Francia. Obedeciendo a la moda, pero acaso como para buscar una respuesta mágica a su todavía no bien definido destino, ha pedido un diagnóstico fisonómico al afamado Lavater, quien estudiándole las líneas del rostro y deteniéndose en el análisis de su retrato, le entrega unas frases rimadas en alemán que suenan como profecía: "Hombre todopoderoso, tu vives en el sentimiento de la fuerza. Los secretos del corazón los ves, sin que te los cuenten. ¿Quién puede penetrar la realidad como tú, a quien se escapan tan pocas cosas? ¿Quién como tú comprende las debilidades de los débiles y la potencia de los fuertes? ¡Qué resolución, qué energía y habilidad, qué desdeñoso orgullo y qué valor te ha dado la naturaleza!"

El 9 de junio de 1789, cuando ya los Estados Generales de Francia están reunidos y se discute de política en los jardines del Palais Royal, nuestro viajero cae en cama en París con una fuerte fluxión, y sólo se levanta de allí para ver Versalles, asistir a algunas funciones de la Opera, Varietés y Nicoles, cuyos precios y cuyos artistas ano-

ta en el diario de viaje, y para tomar la diligencia que por Lille lo conduce a Ostende y Calais. A fines de junio ya está de nuevo en Londres; y no es un lugar común decir que, efectivamente, comienza para él y para la Historia, una nueva época.

IV

EL GABINETE DE MR. PITT

Cuarenta años va a cumplir este experto en países y temas internacionales que un día de febrero de 1790 provisto de buenas recomendaciones (Fox, Sheridan, Burke, Bentham, Priestley se llaman algunos de sus amigos ingleses) logra penetrar en el gabinete del omnipotente Mr. Pitt. Pocas veces se encontraron temperamentos más antagónicos. Mientras el venezolano siempre triunfa cuando se enfrenta a una personalidad ardorosa y fantástica como la suya, que ame la buena conversación y las finas formas sociales, el alma de Pitt no estaba formada precisamente —Miranda lo dirá después— por esa caballerosidad graciosa, dúctil y

elegante que nuestro conspirador había alquitarado en las cortes europeas. Miranda era el poseído de una idea que perfeccionara y concatenara lógicamente en sus lecturas y sus estudios; Pitt era un frío temperamento empírico. Su política va por donde marchen los intereses de Inglaterra y en ese momento de grandes intrigas internacionales, la brújula de los convenios y de los tratados cambia a cada instante. El Miranda de 1790 se ha entusiasmado con la Revolución Francesa; cree que se convierten en hechos, en formas jurídicas e históricas las ideas de sus amados enciclopedistas; aún no llega el "terror" jacobino para debilitar su entusiasmo, mientras que Pitt está precisamente para inmunizar a Inglaterra del virus revolucionario. A Mr. Pitt no le interesan, especialmente, las ideas. Utiliza los hombres como instrumentos provisionales que su orgullo y su poder desdeñan cuando ya le prestaron el servicio. ¿Qué querrá este extranjero; cómo aprovecharlo sin que me obligue a nada?, se habrá dicho Mr. Pitt. Y casi en vano, Francisco de Miranda despliega su arte supremo de conversador. Como buen inglés, Mr. Pitt pide *facts,* cosas enteramente obvias y concretas; y todo aquello de la ayuda británica a la independencia de la América española es demasiado general y peligroso para aceptarlo de plano.

—Seguramente lo que Ud. sugiere puede ser muy beneficioso para Inglaterra en el caso de que estalle la guerra contra España. Actualmente hay paz entre las dos naciones. Pero es claro que toda política debe prever también el *casus belli* —es el fondo de la respuesta de Mr. Pitt. Y para ese caso problemático exige a Miranda datos y documentos. En una segunda entrevista nuestro conspirador abruma a Pitt de papeles e informes: una minuta

sobre la población, minas, productos, renta y milicia de las posesiones españolas; el plan para un gobierno libre e independiente, la lista de esos útiles e inteligentes jesuítas y ex jesuítas expulsos en Italia y la relación de todo lo sucedido en las revueltas indígenas del Perú y Nueva Granada.

Como uno de estos líderes nacionales que en los días de hoy escaparon de sus países ocupados por los nazis y querían organizar, desde fuera, la revuelta, el anhelo de Miranda es que se le reconozca un *status;* que sea, por excelencia, el agente revolucionario de las colonias españolas y que disponga de los medios económicos para cumplir su cometido con toda jerarquía y dignidad. Con hispano orgullo insiste siempre en que aquellas naciones gozarán de su plena autonomía política; ha ideado ya una curiosa confederación llamada "Incanato" que agrupará a los pueblos de América, donde podría ensayarse un sistema político y administrativo inspirado en el modelo inglés y cuyos funcionarios usarían, alternativamente, nombres indígenas y romanos; habría caciques, cuestores, ediles y censores. Son ventajas de comercio libre y de mercados vírgenes para la mercancía británica la compensación que él ofrece a Inglaterra. Mr. Pitt no sabe mucha geografía ultramarina y graciosamente cuenta Miranda que desplegando un mapa sobre el suelo se daba el gusto de mostrar al primer ministro inglés, acurrucado como un colegial, las costas y las montañas de América.

Pero, *primun vivere*... Para un gentilhombre español, el dinero es tema tabú. Llevado de su entusiasmo Miranda ha entregado al ministro sus más valiosos papeles. ¿Cómo hacerle comprender —sin decirlo— que un jefe revolucionario (y en ningún momento el venezolano ha dudado que él

es el más legítimo representante de la América española ante la Gran Bretaña) necesita vivir y costear sus complicados gastos? Su amigo Thomas Ponwall, ex gobernador de las Antillas, quien a veces le escribe unas cartas de estilo bíblico, en complicada prosa moral, le plantea el tema y ofrece una justificación puritana al dinero que debe pedirse a Pitt. Cuando el incidente con España por la pretensión inglesa de formar algunos establecimientos coloniales en la bahía de Nootka y en las islas de Cuadra y Vancouver que el gobierno español consideraba como posesiones del virreinato de México, Pitt está dispuesto a financiar, como contragolpe, los planes de Miranda. Pero a medida que sube la marea de la Revolución Francesa, las dos naciones prefieren entenderse diplomáticamente. Y el Tratado de El Escorial que arregla el conflicto y en el que España abandona su vieja alianza con Francia, "el pacto de familia", viene a estorbar las negociaciones de Miranda. En los últimos meses de 1790 y primeros de 1791 Pitt necesita menos del venezolano. No quiere perderle ni desahuciarle enteramente, y le hace entretener largas horas en la audiencia de su secretario Smith.

Un repugnante regateo de dinero, que Miranda consideró muy poco caballeroso, es el tema de las breves respuestas que consigue del poderoso ministro en los seis primeros meses de 1791. La pensión de mil quinientas libras que por intermedio de George Ponwall parece haberle prometido el ministro en julio de 1790, se convierte en una sola entrega de quinientas libras y en una hipócrita carta de mayo de 1791 en que decíale que "la religión católica (de Miranda) era un obstáculo para desempeñar un empleo". Miranda no habló de em-

pleo ni donativo, sino de un como quijotesco préstamo que Inglaterra adelantaría para las gestiones preparatorias de independencia y que él cancelaría a su debido tiempo. En suma: el gran conspirador, el amigo de príncipes y letrados, "el hombre extraordinario" que ensalzara Lavater, se ve tratado como un agente de segundo orden. Apenas Pitt, tan falto de formas, tan desprovisto de caballerosidad, le mira como un aventurero y desvalido. En una conversación en que el venezolano agota su diplomacia, menciona con orgullo la amistad que le tiene y el apoyo que podría ofrecerle Catalina de Rusia. Y viene el rompimiento final de que dan testimonio los dos altivos documentos de 18 de septiembre de 1791 y 19 de marzo de 1792. "No me resta, después de esto —dice Miranda en el primer escrito—, sino rogaros que me devolváis los papeles, planos y memorias que os confié. Un depósito entregado a una persona honesta es una cosa sagrada que debe reintegrarse cuando se le exija. Confío que sea precisamente el caso entre Vos y yo, y espero que todo se me entregue sin guardar copia o traducción." "En cuanto al asunto pecuniario, "que me es de muy poca importancia" —recalca el venezolano—, podrá arreglarse fácilmente con Mr. Turnbull." Y en uno de los párrafos finales insiste, con énfasis español, que "nada pagará las esperas y gastos y las invalorables informaciones que han servido para procurar a Mr. Pitt y a la nación inglesa, la gloria y las ventajas esenciales de que se sentirán los beneficios". Espera que "Vos no retardaréis de ningún modo la devolución de los papeles que, para mí, tienen un precio superior al dinero y sin los cuales no puedo partir. Tened la bondad de fijar definitivamente la fecha de la

entrega, ya que ella debe fijar, también, la de mi partida".

Llega en los primeros días de 1792 a través del Canal de la Mancha, el creciente rumor de los profundos cambios de Francia. "¡Qué espíritu despótico reina aquí (Inglaterra) entre los mejores!", anota Miranda en uno de esos cotidianos monólogos de su diario. O aprovecha una vieja cita de monsieur Drummond para trasmitirnos, a la vez, su despecho contra Inglaterra y las nuevas esperanzas que le brotan en ese instante: "Ten years of liberty to France, will reduce England to a shadow, in her political consideration". Agrega, después, en castellano: "Cuyo pronóstico me parece tan evidente como una proposición matemática. El corrido lo dirá". Ya monsieur Martin, *negociant*, como a veces se hace llamar, está buscando pasaje para París.

V

CUANDO HASTA LA EXISTENCIA ERA UN AZAR

No vamos a repetir el documentado cuadro que da C. Parra Pérez en su *Miranda et la revolution française* de las peripecias de nuestro conspirador en los años turbulentos de 1792 a 1794 cuando cada cabeza humana parecía un balón de muerte en el juego inexorable de los jacobinos contra los girondinos; cuando las utopías se firmaban con sangre, y cada jefe de tropa era, simultáneamente, candidato al patíbulo o al próximo golpe de estado. En seis años, Miranda tendrá que rehacer la lista de sus amigos; y para su historia y drama personal es más importante que el gran triunfo

guerrero de Valmy o la trágica derrota de Nerwinden, la habilidad con que se salva de la guillotina de monsieur Fouquier Tienville y logra que se le abran las puertas de la siniestra prisión de La Force. Más que relatar hechos que se confunden con los de la historia revolucionaria de Francia, destacaremos los que importen para la futura historia revolucionaria de América y que esclarezcan un poco la complejidad del personaje. En esos años de la tormenta francesa, la muerte empieza a entrar en el cuadro íntimo de su vida; la ve mucho más cerca que en las guerras de Africa o de las Antillas, se hace ya su cortejante, parece preludiarse la aún lejana tragedia final, que se iniciaría en 1812. Sufrirá también —y es un dato para explicarse sus móviles y reacciones en una época venidera— el choque profundo entre las ideas y los hechos; su utopía política acepta, ahora, numerosas rectificaciones, y un nuevo factor, el desengaño, ya controla el primitivo impulso inicial. Pero a esa altura de la vida, Miranda está atado a su gran empresa de riesgo y de audacia; le están cerrados los caminos de una existencia normal, y a riesgo de desaparecer y despersonalizarse, tendrá que seguir insistiendo en esa revolución que, paradoja suprema de su destino, comprenderá mejor en Europa que en su nativa América. Desde esas complicadas experiencias de sus días franceses, parte como un camino invisible en el alma de nuestro personaje. Todo lo que va a ser y por qué va a fracasar, se nos explica a partir de ese momento.

Aún se conserva la sombra crepuscular de la monarquía francesa, el último rey *fainéant*, a cuya simbólica conversación dedicara Mirabeau sus postreros desvelos, cuando el venezolano llega a

París en la diligencia de Londres el 23 de marzo de 1792. Trae numerosas cartas de presentación; es conocido por algunos enciclopedistas como "una de las gloriosas víctimas del fanatismo español" y emprende de inmediato sus visitas. Tiene mucha gente que ver, desde M. Novikoff, Encargado de Negocios de S. M. Imperial de Rusia, hasta monsieur Brissot, hombre entonces decisivo en el partido girondino y monsieur Pethion, alcalde de París. En las calles de la gran ciudad ve inscripciones libertarias que excitan su entusiasmo de lector de Rousseau y enemigo profesional de la tiranía. "El alma de Mirabeau se exalta en estos lugares; hombres libres, llorad; tiranos, bajad los ojos", dice una de esas inscripciones que anota en su diario.

En medio de cierta aparente calma, la revolución marchaba a su momento más peligroso. Muchos de los girondinos —intelectuales del movimiento— sufrían la ilusión retórica de que todo podía resolverse con decretos y discursos; de que la palabra "Libertad" era en sí tan bella y contagiosa que bastaba lanzarla en todos los documentos oficiales para que los pueblos la acogieran, sin esfuerzo, como la más fascinante divinidad. De aquel Luis XVI que ya no gobernaba, era acaso posible hacer un decorativo e inocuo monarca constitucional. Como eran los mejores y más sabios oradores de la Asamblea, pensaban que con su palabra melodiosa suavizarían, aceitarían y dirigirían la máquina, ya disparada, de la revolución. No calculaban suficientemente, los brillantes tribunos, los dos factores que han de imponer al movimiento su clima desesperado; que romperían la represa que con tanto ingenio quiso levantar Mirabeau. Primero, el resentimiento de los jacobinos, intérpretes de la clase más desesperanzada y de

los tumultuosos barrios artesanos y obreros de París; segundo, el cordón sanitario que ya erigían los monarcas de Europa contra las peligrosas consignas francesas. No eran —como en toda revolución— las blandas, pero ineficaces y dispersas mayorías de todo el país, que coreaban los bellos discursos girondinos, las que iban a decidir, sino la minoría organizada, inexorable en su fe y su fanatismo; la minoría que sin miedo a lo que podía perder, era capaz de hacerse cargo del frente interior y emprender la guerra extranjera con la ferocidad del que corta todos los puentes. En el fondo de aquel debate que junto a la corona tambaleante de Luis XVI libraban ya los ardientes diputados de la Gironda contra los fríos y calculadores del club jacobita, se prefiguraba el gran conflicto de la política moderna. "La máxima execrable de los Couthon y Robespierre —escribirá Miranda tres años después, en un documento famoso— de que el interés individual debe sacrificarse al interés público." Por una parte, el Estado fiscalizador, el Estado Dios que encadena a su designio toda espontánea voluntad humana por otra, el liberalismo individualista. Y no hay que decir que Miranda, como sus amigos girondinos, defendía al individuo frente al Estado. El primer gran triunfo de los jacobinos (aunque los hombres de la Gironda no lo adviertan) es la jornada del 10 de agosto de 1792 en que queda abolida la monarquía. Es lo que necesitan Robespierre y sus hombres: abrirse un camino nuevo; romper todo precedente jurídico; presentarse como los voceros de la patria naciente, lanzarles ante cualquiera vacilación de sus enemigos, el cargo de traidores y antipatriotas. Ante el acerado fanatismo de Robespierre, ante su tena-

cidad sin matices, caerán deshechos los hombres y las brillantes teorías girondinas.

"Ahora la existencia misma es un azar", dirá a Miranda el alcalde Pethion, el 22 de agosto de 1792, cuando invita al famoso extranjero a que se incorpore con el grado de Mariscal de Campo a los ejércitos revolucionarios. Miranda ha aceptado no sólo porque él "ama la causa de la Libertad" y necesita un sitio de expectación y primer plano, sino también porque en la política exterior de la Francia insurrecta, ve una posibilidad para sus proyectos hispanoamericanos. Con su orgulloso don de valorizarse, no quiere que se le tome por un mercenario sino por una gran personalidad que, si accede a servir a Francia, es porque la consigna de la "libertad de los pueblos" en ninguna parte es más urgente que en las colonias hispanoamericanas; y porque el apoyo que en lo futuro éstas reciban de la Revolución Francesa, redundará en ventajas comerciales entre las dos comarcas del mundo. (Memorándum del 24 de agosto de 1792.) Aún con fino escrúpulo envía dos meses después, el 10 de octubre, al representante Gensoné, un proyecto de manifiesto dirigido de modo especial a hispanoamérica en el que narra su vida de conspirador, sus esfuerzos en Europa por la independencia del nuevo continente y las razones de su entrada a la milicia francesa. Está luchando —advierte en ese documento, que ha llegado hasta nosotros inconcluso—, está luchando contra los ejércitos prusianos y austríacos porque del resultado de la guerra depende no sólo la suerte de Francia sino también la "felicidad de mi patria".

Desviar la presión inglesa sobre Francia; evitarse una costosa guerra continental con el halago

de un nuevo reparto de colonias, aniquilar al cansado león español llevando la insurrección a sus posesiones americanas, es en aquellos días un complicado sueño girondino. En él han pensado el ministro de Relaciones Exteriores Lebrun, Brissot, Gensoné y hasta el propio general Dumouriez. Miranda despliega su tesis favorita de que si la independencia de hispanoamérica puede realizarse con el apoyo de las ideas francesas, necesita, también, la cooperación de Inglaterra y de los Estados Unidos. Pero si coincide en el punto fundamental, difiere en el *modus operandi* con sus amigos de la Gironda. Mientras Miranda está combatiendo al lado de Dumouriez en el Ejército del Norte, éste recibe una carta de Brissot en que informa que Monge, ministro de Marina, desea nombrar al venezolano gobernador de Santo Domingo para que resuelva la feroz guerra racial que se ha desencadenado en la lejana Antilla, y golpee, así, al imperio español en su talón de Aquiles del mar Caribe. "Miranda —dice Brissot— apaciguará pronto las miserables querellas de las colonias; hará entrar en razón a los blancos, tan turbulentos; se convertirá en el ídolo de las gentes de color. Y, en seguida, ¡con qué facilidad podrá él sublevar las islas españolas o el continente americano que España posee! A la cabeza de doce mil hombres de tropa de línea que están ahora en Santo Domingo, de diez a quince mil bravos mulatos que le suministrarán nuestras colonias, será posible invadir las colonias españolas, disponiendo desde luego de una flota que lo secunde y cuando los españoles no tengan nada que oponerle. El nombre de Miranda valdrá todo lo que un ejército, y sus talentos, su valor, su genio, todo responde del éxito." Un barco llamado *La Caprichosa* parte en noviembre

de 1792 para las Antillas y espera conducir a Miranda a tan fantástica y audaz aventura.

Pero es el propio conspirador quien objeta el proyecto de Brissot. Con muy buena lógica le dice que no es el hombre indicado para arreglar la cruenta querella antillana porque él no conoce la situación actual de aquellas islas; que su nombramiento en tan importante comisión en América sería una señal de alarma para la corte de Madrid y la de St. James; que la empresa es tan atrayente que no debe exponerse desde el comienzo, por una falta de previsión. Hay otro argumento más que no aduce en su carta del 19 de octubre pero que entrevemos en otros documentos posteriores; el miedo de llevar al continente hispanoamericano la exterminadora guerra de razas, de blancos contra gente de color, que asolaba por aquellos días a Santo Domingo. En este miedo un poco exagerado a las "castas"; en su concepción un tanto patricia del Estado (a pesar del radicalismo que le atribuirán después los oligarcas venezolanos), se anticipan las vacilaciones de Miranda cuando veinte años después, deba enfrentarse a la realidad de su país insurrecto. A pesar de su tradición revolucionaria, las masas de Venezuela de 1811 y 1812 verán en el viejo conspirador una especie de aristócrata, demasiado ceremonioso, disciplinario y formulista que no les tomará el corazón en la forma como supo hacerlo Simón Bolívar.

Entretanto, la guerra contra los prusianos y austríacos en que nuestro venezolano participa, avanza por Champagne y las colinas de Argonne hacia las llanuras y la costa belga. El lugarteniente general (ha sido ascendido después del primer mes

de combate) es el triunfador de Valmy y el glorioso sitiador de Amberes. Pero más que el empuje guerrero contra la coalición, sube en los primeros días de 1793, la marea política. Sus amigos girondinos —Pethion, sobre todo— se duelen en cartas elegíacas del poder que se les escapa, por el insolente impulso de Robespierre y sus gentes fanáticas. Sucesivamente los girondinos pierden algunos sitios estratégicos en la administración de la Francia revolucionaria: la Alcaldía de París, el Ministerio de Guerra. Un frío observador inglés, Mr. Thomas Christie, representante en París de la casa Turnbull, le escribe a Miranda el 20 de diciembre de 1792 una carta profética sobre la situación interior de Francia. Mr. Christie anota que ya los girondinos están a la defensiva y libran contra los adversarios un desesperado juego; que el pueblo los encuentra demasiado moderados; que se hacen la ilusión de arreglar el conflicto ya previsible con Inglaterra, por medio de negociaciones, "cuando una gran república y una gran monarquía no pueden existir largo tiempo, una al lado de la otra". Que los intimidados propietarios ingleses donde circulan los muy revolucionarios panfletos de Thomas Payne, excitan al gobierno británico a defenderse del contagio ideológico que les viene del Canal de la Mancha; que la anarquía discutidora en que se deshace el girondinismo, acaso cree el clima para una dictadura revolucionaria. El "cromwelismo" puede ser civil o militar; de derecha o de izquierda. Y en medio de la retórica rusoniana de "virtud", "libertad" o "felicidad del pueblo", lo que trágicamente se plantea en la Francia de 1793, es quién ha de ser el futuro Cromwell. El genio frío y maquinador de Robespierre, su fanatismo obcecado e inhumano trata de quitar-

les la opción a los militares ambiciosos; "madrugarles" como diríamos en forma criolla, a hombres como Dumouriez. ¿Y no podrá decir el "incorruptible" que los despreocupados girondinos mantienen sospechosas relaciones extranjeras; que pecaron de excesivo temor y lenidad en el juicio de Luis XVI; que se tornaban cada día más contrarrevolucionarios? Hasta los distantes campamentos de Bélgica llega el rencor de las facciones: Labourdonais es enemigo de Miranda y parece protegido del ministro Pache que hace el juego de los jacobinos; cuando Miranda ocupa Amberes y quiere restablecer el orden normal de la ciudad, se enfrenta con la más feroz propaganda demagógica y con un extraño conflicto entre la gendarmería y las tropas de línea.

Y lo que no ha comprendido suficientemente Miranda hasta ser citado al Tribunal Revolucionario, es la prisa con que Dumouriez quiere en febrero de 1793 conducir la guerra de Bélgica y Holanda a fin de regresar a París y dar un golpe de estado contra la Convención Nacional. O bien, porque Dumouriez ya es sospechoso a los convencionales, pactar con los ejércitos enemigos de la coalición y ser, como diríamos hoy, el "Quisling" de la naciente República Francesa. Ya en un diálogo de estilo clásico ha estallado la ruptura entre las convicciones de Miranda, que sirve honestamente a la causa revolucionaria, y los planes todavía secretos y sinuosos de Dumouriez. Miranda ha recibido de la Convención una orden de arresto contra los generales Lanoue y Stingel quienes debían explicar por qué se replegaron con sus tropas de los puestos de observación frente al Roer; y comentando aquel hecho, el general en jefe le pregunta qué haría si contra él (Dumouriez) se librara un

decreto semejante cuya ejecución correspondiera al venezolano. Miranda desea evadir tan peligrosa pregunta que tiene mucho de sondeo.

"—Nunca habría de recibir yo tal orden, porque —responde— sería dirigida al general Valence, que es más antiguo."

Dumouriez insiste:

"—Llegará precisamente a usted, pero el ejército no le obedecerá. Por ello, usted solamente podría entablar un proceso verbal."

Y estando sentado a la mesa, pocos momentos después —agrega Miranda en su narración—, me dijo: "que sería necesario marchar a París con el ejército para restablecer la libertad". Yo (Miranda), le pregunté: "¿De qué manera?" El respondió: "Con el ejército." "Creo peor el remedio que la enfermedad —agregué yo— y ciertamente lo impediría si pudiera." "¿Combatirías contra mí?" pregunta de nuevo Dumouriez. "Quizás, si Vos atentáis contra la libertad." "¿Seréis, pues, Labienus?" —inquiere otra vez Dumouriez—. "Labieno o Catón, me hallaréis siempre del lado de la República", es la elegante y final réplica de Miranda.

En vano nuestro conspirador objeta a su general en jefe los descabellados proyectos de la campaña holandesa en la segunda quincena de febrero y primeros días de marzo de 1793. La prisa militar de Dumouriez es la máscara de su prisa política. Ordena a Miranda el bombardeo de Maestrich, que termina, dada la superioridad numérica y posiciones estratégicas del enemigo, con la retirada del 2 de marzo. El 11 se encuentran de nuevo los dos generales: Miranda ha salvado el ejército en derrota, pero ya Dumouriez no le habla con la fami-

liaridad de antes. Valence, cómplice de la conjuración que se fragua, es ahora el protegido del general en jefe; y en pliego cerrado recibe el venezolano la orden de dirigir la peligrosa ala izquierda en el asalto contra Neerwiden el 18 de marzo de 1793. Batalla absurda en que no se le deja a Miranda el derecho de opinar. "No se había ordenado antes —escribirá— hacer un reconocimiento sobre el lado izquierdo; teníamos un río frente a nosotros sin ningún sitio vadeable; los enemigos ocupaban, muy ventajosamente, las alturas de Halle y Vildere. Le pregunté si conocía aproximadamente el número de las fuerzas enemigas; me respondió que las calculaba en 52 mil hombres. (Las nuestras eran de 35 mil.) "¿Y creéis probable que podamos dispersar los enemigos de semejante posición?" Pero observé que no quería reflexionar y que estaba decidido a emprender la batalla a toda costa."

Todo se calculó para que sobre el ala izquierda, comandada por Miranda, rebotase el furor de prusianos y austríacos. Y el dúplice Dumouriez se da prisa para escribir a los comisarios de la Convención en Bruselas; culpar del desastre a su lugarteniente y escaparse mientras el Tribunal Revolucionario instaura la causa. Deja armado el escándalo, y se marcha a parlamentar en secreto con los generales de la coalición monárquica.

Bien conocida es la prisión de Miranda en la *Conciergèrie* y el animado proceso que se le sigue en abril y mayo. El es su mejor abogado, aunque sus irrebatibles argumentos los vierte en prosa jurídica Chaveau-Lagarde. Aparte de la claridad y justicia de su defensa (y ciertos historiadores venezolanos trazan un falso cuadro román-

tico de la elocuencia de Miranda, conmoviendo y anonadando de emoción a los jueces del Tribunal Revolucionario), dos circunstancias contribuyeron a librarlo del frío abrazo de la guillotina que pronto ceñirá por igual a inocentes y culpables. Primero, que todavía los jacobinos que marchan con pasos diabólicos a la total conquista del poder, no concluyen de consolidar sus posiciones y aún alternan en los bancos de la Convención con los hombres de la Gironda. Abril y mayo del 93 son meses de oscura conspiración en que de todos lados se aguarda una sorpresa. Robespierre y los suyos están afilando sus armas contra los girondinos hasta que llegue el momento propicio para el ataque final que acontecerá en la agitada sesión del 31 de mayo. Venturosamente, quince días antes, Miranda había conseguido una sentencia absolutoria. Otra circunstancia que favoreció al venezolano fué lo que hoy llamaríamos un motivo de propaganda. El curioso folleto firmado Junius y atribuído al escritor G. Dulac, impreso en París en los primeros días de mayo nos da una imagen de la polémica de opinión pública suscitada por el "caso" Miranda. El autor del folleto insiste en la fama de nuestro héroe; en sus luchas por la libertad en ambos mundos; en que es amigo de Washington y de los próceres de la independencia norteamericana; en que se le recibió en el ejército francés como una de las más brillantes víctimas del absolutismo español y en que como amigo del pueblo y adversario de la tiranía lo han agasajado y estimado las cabezas más esclarecidas de Europa. ¿Y no sería —cabe preguntarse— el ensañamiento contra Miranda un arma de descrédito para la Revolución, no sólo entre sus enemigos monárquicos sino tam-

bién entre los simpatizantes republicanos que tuviera en todas partes? En esos días de mayo, cuando aún no se afirma la dictadura revolucionaria, asume gran validez tal argumento de "prestigio y propaganda exterior". Después que Robespierre edifique su máquina de tiranía y hasta la sola palabra de "extranjero" resulte sospechosa, ya Miranda será entregado al castigo de las facciones sin consideración por su fama y méritos. Entretanto, es por lo menos un certificado de vida, una salvaguardia futura contra la guillotina, la sentencia que Jacques Bernard Marie Montané, Presidente del Tribunal Criminal Revolucionario, expide el 16 de mayo declarando que no consta que el lugarteniente venezolano haya traicionado los intereses de la República, y ordenando, en virtud de ello, su libertad inmediata.

VI

EL CONSUELO DE LA FILOSOFIA Y LA COPA DE MITRIDATES

En una apacible casa de Ménilmontant, bien sombreada de árboles, se refugia el héroe después de salir de la *Conciergèrie*. Las perspectivas políticas son sumamente dudosas; los jacobinos son ahora gobierno, y aunque la aversión que les profesa Miranda no le permite calcular fríamente cuánto tiempo se sostendrán en el poder, prefiere poner en orden sus libros y sus estampas. Cuando no tiene otra cosa que hacer, se dedica a coleccionista de arte. Cultiva lo clásico desde los *Comentarios* de César hasta la *Arquitectura* de Vitrubio y aun en los días más terribles del Te-

rror entre noticias de hechos horrendos, surge en su diario alguna observación sobre cierta "Diana" helenística que le ha emocionado o sobre el arte de la guerra como puede estudiarse a través de los historiadores antiguos. También amables Dianas de carne y hueso (aquellas cuyos nombres aparecen signando cartas en un tomo de su archivo) buscan en sus brazos protección contra los días feroces, propicios a un erotismo desesperado, que entonces se proyecta en Francia. Justamente algunas futuras viudas de sus amigos girondinos —la viuda Custine, la viuda Pethion— encuentran en Miranda el confidente y protector insuperable. Y como su causa ante el Tribunal Revolucionario no ha dejado de tener resonancia europea, le llegan cartas de admiradoras y amigas distantes quienes al felicitarle, evocan los días maravillosos que vivieron con él. Es especialmente significativa una carta que viene del lejano Cádiz de Julia Butler, nacida Fitzgerald, quien conoció a Miranda en el puerto andaluz cuando era oficialito español y al reanudar recuerdos le recomienda a su bella hija que vive ahora en París. La muy inquieta y sabia madame Staël inicia con Miranda una amistad que se desenvolverá más en los días del Directorio, y parece mantenerse en un clima sublime de excelentes banquetes y de ideas generales. Aunque quiera ocultarse, él es hombre a la moda, y entre mayo y julio no puede dejar de asistir a ciertas comidas diplomáticas y recibir algunas visitas cuya nómina trasmiten los espías a monsieur Pache, alcalde entonces de París; quien, por lo mismo que fué colega en el ministerio de los girondinos, tiene que afirmarse por su exceso de celo y vigilancia ante el nuevo gobierno revolucionario. Precisamente Pa-

che ha pagado un sirviente de Miranda, y como llegan a la residencia de Ménilmontant muchas cajas que contienen porcelanas, grabados y libros, es posible decir que allí se encierra un contrabando de armas y municiones. Sin otra causa que la "razón de Estado" se le detiene de nuevo y se le lleva al presidio de La Force el 9 de julio del 93.

La infortunada madame Rolland ha dejado en unas *Memorias* y *noticias históricas*, escritas en la cárcel, en las vísperas de su sacrificio, el cuadro de aquellos días. Por los oscuros pasadizos de La Force ya paseaban, pálidas y espectrales, las próximas víctimas de Robespierre. Allí los generales Custine y Decuyer, Adan Lux, los diputados Vergniaud, Velazé, Chastellain; el joven mariscal Duchastellet. Era una generación formada contradictoriamente en Rousseau y en el estoicismo de los historiadores y moralistas antiguos y estudiaba en los ejemplos clásicos el mejor estilo de morir. Casi un *simposium* socrático parecen las emocionadas páginas de madame Rolland. Un llamado matinal a las celdas, un rumor de rudos pasos; caras siniestras que se proyectan a través de la claraboya; un diálogo de palabras soeces, anuncian una ejecución. Y de la calle viene la gritería de la mascarada cívica que ha organizado el "Incorruptible". Pero hay largos mediodías y tardes calurosas en que, como presagio de que puede ocurrir algo peor, no ha acontecido nada, y los prisioneros que leyeron tanta historia romana quieren consolarse con modelos de Tácito y de Marco Aurelio. Miranda muestra un día a sus compañeros un pomo de veneno que lleva en el faldón de su siempre cuidada levita.

—Como Mitrídates. Lo importante es que uno pueda ser el árbitro de su muerte; que no nos entreguen vivos a la chusma; que uno esté montado sobre su vida y la dirija y disponga de ella, como el domador sobre un caballo brioso.

Y las reflexiones de Miranda impresionan, sobre todo, al pálido y ardiente (ya romántico) mariscal Duchastellet. Tiene apenas treinta y cuatro años y es uno de aquellos intelectuales que convirtió en jefe de armas la Revolución. Redactó el cuaderno que sus comprovincianos de Peronne mandaron en 1789 a la Asamblea Nacional; movió a artesanos y labriegos, y desde los clubes políticos de su provincia saltó a mandar tropas en el Ejército del Rhin. Casi gangrenada la rodilla izquierda de un tiro de cañón recibido en Courtray y abrumado por las más ruines intrigas políticas, se le lleva a la prisión de La Force. Discípulo de Condorcet, sabio en idiomas vivos y muertos, ha logrado conducir hasta su celda toda una biblioteca enciclopédica. Y en torno de algún Séneca en edición Elzevir —cuenta madame Rolland— se forja la discusión de los bravos espíritus. Duchastellet conoce demasiado los libros, pero no conoce suficientemente la vida, y busca en la amistad de Miranda aquel discurso complementario sobre la naturaleza humana. No ha echado en olvido el ejemplo de Mitrídates. Y cierta mañana —narra de nuevo madame Rolland— su amigo Chastellain vino a anunciar a los compañeros de *simposium* que el joven militar estaba agonizando. Junto a su lecho, un papel en que cedía en herencia al general Miranda "los libros, muebles y efectos que me pertenecen, en la cámara que ocupo en la prisión de La Force". Fechaba su testamento: "el

doce nivoso del año segundo de la República, una e indivisible".

En vano hasta la caída de Robespierre, Miranda inquiere por qué se le ha detenido. Debe agradecer aquella todavía fresca sentencia absolutoria de mayo de 1793 que haría de su muerte un escándalo jurídico, aun en el más dictatorial de los gobiernos. Y cae Robespierre el 9 thermidor (julio del 94), pero los jueces del nuevo gobierno se apresuran a vaciar las cárceles.

Miranda escribe su admirable carta a la Convención, obra maestra de lógica y de panfleto político cuyo *leit-motiv* es este dilema: "O soy culpable y entonces se comete un crimen contra la sociedad dejándome impune, o soy inocente y entonces también hay crimen contra la sociedad teniéndome preso sin juzgarme". Como ese documento no obtiene respuesta, insiste en otra representación más breve, el 15 de diciembre de 1794. Ya la Convención, a punto de disolverse, no puede rechazar la segunda solicitud, y Miranda recobra su azarosa libertad en enero de 1795.

VII

ANTES DEL PACTO DE PARIS

Muerto Robespierre, guillotinados y dispersos los antiguos jefes de la Gironda, la Revolución —antes de que aparezca Bonaparte— se atomiza en la libertina irresponsabilidad del Directorio. Miranda es demasiado conocido y famoso, casi el único gran general girondino que queda en pie, para poder sumirse en aquella *aurea mediocritas* horaciana, que añora en algunos minutos de abatimiento. Los hombres del Directorio —entre los cuales habrá encarnizados enemigos suyos como Barras— no le han dado la libertad sino a regañadientes. La estrella de su nombradía le sigue como una sospecha en los años que median

entre 1795 y 1798. Y quiéralo él o no, antiguos compañeros de armas o jóvenes oficiales que quedaron prendidos a su fascinación, le escriben cartas comprometedoras o le piden consejos para obrar. Desde los más lejanos rincones de Francia —de Honfleur o de Metz—, y de Suiza, que es entonces un activo centro de espionaje y de conjuras, llegan a nuestro héroe esas misivas que, al lamentarse de la situación actual y al halagarle como una de las mejores espadas y uno de los hombres más ilustres que entonces viven en el país, parece que le invitan a participar en un golpe de estado. Y en una conspiración que no sabemos qué alcance tuvo, o si sólo se quedó en meros proyectos y reflexiones políticas y morales, nos sumen ciertos documentos compilados en su archivo, entre otros los de un tal capitán Lasage, acantonado en Metz, pero quien hace frecuentes viajes, para tomar contacto, a través de las guarniciones provinciales. Además, los sobrevivientes de los grupos girondinos, y damas bastante posesas del demonio de la política, como la viuda Pethion; la disparada, graciosa y entusiasta madame Custine que tiene amigos en los cuarteles, y madame Staël, que entonces preside su salón de celebridades, cultivan empeñosamente al genial venezolano. Y por uno de esos mimetismos tan propios de su personalidad, de vivir todo acontecimiento y asimilarse a la tierra donde va como si fuera la propia, Miranda no ha sido, acaso, insensible al cortejo político que se le hace. De ello da fe, entre otros testimonios, el curioso panfleto *Sobre la situación actual de la Francia y los remedios que convienen a sus males* impreso en París en 1795 que casi se presenta como el manifiesto de un político de oposición. El partido

de aquella burguesía moderada que quería restablecerse después del "terror"; que no estaba contenta, tampoco, con los desórdenes del Directorio y deseaba prevenirse, a la vez, de la tiranía revolucionaria y de la libertad irresponsable, se expresa entonces por la pluma del venezolano. Y siente Miranda de tal modo el problema que varias veces en el desarrollo de su discurso, habla de "nuestro país" como si él fuera francés. Los modelos de la democracia norteamericana con su separación de poderes, pero al mismo tiempo con su ejecutivo fuerte, son lo que Miranda opone al gobierno colegiado y a la responsabilidad diluída del Directorio. Otras tareas y recreaciones llenan también su vida o sirven para despistar. Es apasionado amigo de los polacos; asiste a las reuniones políticas de los emigrados poloneses que entonces vivían en París; parece en cierto momento que se convertirá en caudillo combatiente de la libertad de Polonia, y recomienda en el citado folleto que —contra la voracidad de prusianos y rusos— Francia contribuya a la reintegración del sufrido país eslavo. Por aquellos días del 95 Miranda fué presentado al joven Bonaparte, quien no era todavía el hombre de la campaña de Italia, y quien definió al venezolano —según la transcripción de la duquesa de Abrantes— "como un don Quijote, salvo la locura"; como "un alma que tiene el fuego sagrado". Se conspira entonces en los salones parisienses. El nombre de Miranda circula con frecuencia —como el de una persona que es necesario captar— en las reuniones de militares y jóvenes ambiciosos que frecuentan la casa de madame de Permont, madre de la duquesa de Abrantes; y el futuro Napoleón no olvidará a ese posible émulo. Por

lo mismo que lo admiró en 1795, le lanzará la policía de Fouché en 1800. Entretanto, basta con la policía directorial que otra vez lo detiene, después del 13 vendimiario (octubre de 1795). Una ley sobre los extranjeros, la del 23 mesidor, es sin embargo un recurso más hábil que el de la propia prisión, para deshacer las reales o supuestas combinaciones mirandinas. Y en el magnífico documento del 4 de enero de 1796, dirigido al Directorio, solicitando protección legal, nuestro héroe destaca la trágica paradoja que rige su vida; para muchas cargas y obligaciones y aun para apresarlo como medida de seguridad pública y sin causa justificada, se le sigue considerando general francés; para otras penas como la de expulsión con que se le amenaza, es simplemente un extranjero. Callarse y esconderse es lo que deben haberle recomendado en esos días, los buenos amigos.

—A refrescar otros proyectos, los verdaderos, los más míos —se debe haber dicho entonces el venezolano. Y como en un calendario con varias hojas perdidas, reconstituímos en las páginas del archivo esos otros planes y andanzas, hasta su segunda salida de Francia en 1798.

Mr. Monroe, el futuro autor de la doctrina que lleva su nombre, es entonces ministro de Estados Unidos en París y manifiesta interesarse por los proyectos independentistas del venezolano. Pero Miranda comienza a ser un instrumento de las más complicadas maquinaciones internacionales; el ministro estadunidense se pasa de diplomático, y en lugar de comunicarse con franca lealtad con nuestro héroe, hace que su secretario Prévost requiera de él los informes. La quijotesca quis-

quillosidad mirandina no consiente que se le envíen recados con los secretarios. Desde ese París donde está acosado por la policía; con graves conflictos económicos (porque las escasas letras de Mr. Turnbull, a causa de la guerra entre británicos y franceses, deben llegar por el dudoso camino de ciertos corresponsales suizos); desde allí piensa como en otro animador de sus planes hispanoamericanos, en su distante y entusiasta amigo Alejandro Hamilton.

De todos los políticos vivientes en esa hora del mundo, acaso el ardoroso Hamilton, amigo y consejero de Washington, era el que con más audacia podía comprender a Miranda. Se parecía al venezolano en la rapidez de la imaginación, en el amor de la aventura, y en el sueño de la república patricia —república de élites—, muy diversa del radicalismo jacobino. En las manos de Hamilton pone ya su próxima gestión en los Estados Unidos. Pero —como en los días de hoy— aislacionistas y partidarios de una política de contorno mundial, combatían ya en Norteamérica. Sobre la futura suerte de Miranda habrá de repercutir el conflicto entre el frío John Adams, hombre que maneja cosas inmediatas y concretas y se precave de todo quijotismo, y las osadas fantasías de Hamilton. Y en el signo final de desgracia (saturniano dirían los astrólogos) con que en su vida alternan los triunfos rápidos y las derrotas inevitables, Hamilton habrá de morir en romántico duelo, cuando pocos años después Miranda se dirija a los Estados Unidos. Así lo que debía ser una empresa organizada con el prestigio militar y político norteamericano, se le trocará a Miranda en aventura de filibustero.

Pero no adelantemos la historia, aunque a tra-

vés de aquellas cartas escritas en París entre 1795 y 1798 uno se siente tentado a cotejar el sueño con la realidad.

Lo que el historiador ya ve de cierto es que Miranda, que lo prevé todo, que calcula sus jugadas políticas con amplio margen de tiempo y de complicación, no puede prever lo imponderable. Y lo imponderable es que, a pesar de su genio, le probarán nuevas desilusiones, porque mientras él mira como en un fin en sí la independencia de América, los políticos europeos y norteamericanos, la considerarán tan sólo como un medio de derrotar a España, de inclinar de cierto lado las coaliciones de potencias que entonces se forman, o como asunto negociable en el próximo y abierto duelo a muerte entre Napoleón y los ingleses.

En los años que se acercan, Miranda irá como un náufrago desesperado, como un atleta solitario, donde le arrastre el torbellino de la política mundial. Su trabajo será el trabajo de Sísifo: construir hoy para destruir mañana.

Entretanto —ya lo probó en 1790 en sus primeras negociaciones con Pitt— es necesario que se le reconozca precisa jerarquía. El general de la Revolución Francesa, el héroe de Valmy, es negado por los hombres del Directorio, que apenas le consideran como un hábil intrigante extranjero. Está preparando su próximo viaje a Inglaterra, y necesita aparecer ante el antipático, pero otra vez indispensable Primer Ministro, con nuevas y adornadas credenciales. ¿Cómo lograrlo? El Pacto de París de 1797 es una de sus invenciones diplomáticas.

VIII

NUEVOS HOMBRES Y PAPELES PARA NEGOCIAR

No siempre los revolucionarios pueden elegir sus colaboradores. Cuando se va a transformar una situación histórica o cuando se emprende alguna aventura nueva de que no hay precedente administrativo y jurídico, muchas de las personas que llamamos "buenas" temen comprometerse; prefieren la seguridad de lo adquirido, y es entonces cuando el diablo delega sus hábiles agentes. Estos sí que no tienen nada que perder; son los *condottieros* que pueden engancharse donde haya paga o figuración. Tres de las personas que están en la casa de Miranda cierto

día de diciembre de 1797 pertenecen a esa difícil categoría. Se llaman Pedro José Caro, José del Pozo y Sucre y Manuel José de Salas y no sería conveniente darles un certificado de buena conducta, pero son —por el momento— los únicos que Miranda puede echar adelante en la aventura que está preparando. Los hace llamar —porque todo esto no es más que un juego de títeres— "Diputados de villas y provincias de la América meridional". Y los sedicentes diputados hace mucho tiempo que no ven su tierra de origen. Se han deslizado por entre el confuso cardumen de espías y aventureros que entonces pueblan el tumultuoso París, después de sacudirse en algún mediocre albergue las sucias y bastante raídas botas de siete leguas. El cubano Caro será en los años que vienen el Judas de la conspiración de Miranda, pero pocos tienen más facilidad para metamorfosearse, para usar distintos disfraces, para correr como un galgo ante el olfato de la policía. El peruano Pozo y Sucre fué jesuíta y colgó los hábitos, y en vez de quedarse como sus compañeros de emigración escribiendo obras científicas y literarias en las buenas bibliotecas italianas prefirió correr e intrigar de uno a otro sitio de Europa. Manuel José de Salas es personaje tan oscuro que no queda constancia clara de su nacionalidad, y es preciso no confundirlo con su ilustre homónimo chileno, generoso filántropo, educador y civilizador que por aquellos mismos días trataba de introducir y conservar en el lejano Chile las "mejores luces" de la época.

Pero en el juego político emprendido por Miranda, estos "Diputados de provincias y villas"

venían a ofrecerle a él y a don Pablo de Olavide la Plenipotencia de la América Española para que gestionase con Inglaterra y los Estados Unidos el apoyo a la independencia. Figurando en el plan gentes de comarcas tan distantes como Cuba y Perú, el deseo de independencia era algo más que la quimera de un caraqueño audaz y fantástico; un clamor ya organizado en todo el continente. Y la inclusión de don Pablo de Olavide —por lo mismo que estaba viejo y se había vuelto sumamente pusilánime— era una obra maestra de astucia. Pocos indianos se habían hecho, en los círculos filosóficos de Europa, de tanto renombre como el famoso limeño. Colaborador del conde de Aranda en sus planes progresistas en España, animador de una antigua tertulia de afrancesados, propagandista hábil de las ideas de la Enciclopedia bajo el gobierno de Carlos III, hombre de abundosa y fina seducción personal, se convirtió en personaje europeo cuando la inquisición española cometió el error anacrónico de perseguirlo. En 1790 se le mostró en París como una de las víctimas más ilustres del fanatismo hispano; y hombres como Condorcet se ocuparon de su propaganda. Como un símbolo de los nuevos tiempos, el proceso de Olavide, que en cualquiera otra época hubiera quedado tras de los Pirineos, tuvo una resonancia mundial. Y de esa aureola de "virtud perseguida" vivió el peruano en París durante algunos años. "Espíritus fuertes" de todo el mundo iban a visitarlo; a tocar en carne y hueso uno de los ejemplos del medievalismo de España. Y lo curioso del caso es que ya el viejo Olavide que fué durante toda su existencia un *dilettante* del "progreso" y de la "revolución" no pudo resistir la prueba terrible de los

días del terror. Su teísmo naturalista o su ateísmo dieciochesco volvía ahora, en silencio, al dramático arrepentimiento cristiano que dará a conocer a su regreso a España, en 1800. Entretanto —porque es un viejo que necesita una pensión y debe actuar en plano de celebridad—, sigue repitiendo los lugares comunes más inofensivos del pensamiento enciclopédico. ¡Qué iba a participar el ya momificado Olavide en los planes de la independencia de América! Pero —por lo mismo— era el otro colega célebre e inocuo que necesitaba Miranda. "Si el estado precario de su salud, o causas no previstas, impiden en el plazo de veinte días a don Pablo de Olavide venir a París para seguir a Londres" —dice el documento de los "Diputados"—, es claro que corresponde a Miranda asumir todas las funciones directivas.

Y el acta de 22 de diciembre de 1797 es el gran cebo que levanta Miranda a ver si pica el siempre astuto y evasivo ratón de Mr. Pitt. Es, sin la menor duda, un mito histórico, pero Miranda intuía bien la eficacia creadora de ciertos mitos. No era dudoso que Caro, Pozo y Sucre y Salas venían de distantes provincias hispanoamericanas; y si Mr. Pitt estaba tan bien informado que dudaba de la conducta de los pseudorrepresentantes, la fama de Olavide, la alta jerarquía administrativa que el peruano tuvo en la corte de Carlos III, le daba al asunto una garantía de respetabilidad. Además —para desvanecer los prejuicios ingleses contra los países meridionales y católicos— era muy significativo que Olavide fuese una de las víctimas de la inquisición, lo cual despojaba a la empresa de aquel "papismo" que un ministro británico de fines del siglo XVIII debía mantener en cuarentena.

Mas a los ingleses hay que hablarles con cifras y números. Y eso que Miranda acaso descuidó un poco en sus negociaciones de 1790, estaba bien calculado en el Acta de París. Aquí el venezolano da rienda suelta a su fantasía económica. Por las fuerzas marítimas y terrestres con que Inglaterra contribuya a la independencia, la América se obligará a pagar a su aliada "una suma considerable en numerario". "Desde este instante la América meridional le acuerda la cantidad de treinta millones de libras esterlinas." "Una alianza defensiva se formará entre Inglaterra, Estados Unidos y la América meridional porque ella se impone por la naturaleza de las cosas, la situación geográfica de los países, etc." Era —como diríamos en palabras de hoy— "el bloque del Atlántico". "Se firmaría con Inglaterra un tratado de comercio concebido en los términos más ventajosos para la nación británica, pero descartando, sin embargo, toda idea de monopolio." El paso o navegación por el Istmo de Panamá, lo mismo que la navegación a través del Lago de Nicaragua, deben hacerse practicables para el contacto pronto del Mar del Sur con el Atlántico, y América acordará a Inglaterra facilidades en este sentido. Como si tantas ventajas fueran pocas, el Banco de Londres establecerá relaciones "íntimas de asociación" con los de Lima y México.

A los Estados Unidos —que de acuerdo con las cartas de Miranda a Hamilton— deben ser socios de la empresa, se otorgan en esta alianza atlántica las mismas facilidades que a Inglaterra, a más de la cesión de "las dos Floridas, la Louisiana y todo el Missisippi". Las Antillas excepto Cuba —que la proyectada confederación miran-

dina desea conservar como llave de su defensa marítima— son materia negociable entre las dos naciones cooperadoras. Una especie de premio ofrecido a la que se conduzca mejor.

Pero este Pacto de París fuera una de las tantas "utopías" mirandinas, si ingeniosamente no lo completara, despachando a Londres para empezar un nuevo asedio de Pitt, a Caro y Pozo y Sucre. El peruano y el cubano —a más de hablar como intérpretes de sus lejanas provincias— dirán también al Primer Ministro británico que en toda la inmensa América, el único hombre capaz de ponerse al frente de la empresa, es Francisco de Miranda. Para que Pitt le reciba mejor, se prepara una aureola que no irradia tan sólo de su fuerte personalidad sino del acatamiento que los demás le rinden. Se hace necesario administrar el propio mito. Hasta ese momento, Miranda es el único que ha hablado; de aquí en adelante conviene a ratos dejarles la palabra a los otros y aparecer tan sólo en el momento más solemne. Es indispensable, también, que Pitt oiga a todas horas y por los más variados conductos, la impostergable importancia de la aventura americana y de su gran animador.

Cuando todas las baterías ya están dispuestas y no puede burlar más a la policía francesa que anda de nuevo buscándolo, prepara el viaje a Londres. Hay que apresurarse y aprovechar el minuto psicológico porque —como otro argumento más— las gacetas europeas han anunciado en esos días que en la propia patria de nuestro héroe se descubriera una conspiración, sumamente ramificada, contra el gobierno español. Uno de los jefes de la frustrada conjura venezolana es

precisamente su amigo de infancia: Manuel Gual. Ha huído a la isla de Trinidad —reciente posesión de los ingleses— y parece protegerle el gobernador. Con tan frescas nuevas, Miranda puede demostrar con mayor énfasis que la idea de independencia no está tan sólo en su cabeza de caballero andante; que tiene base real en las colonias, y que esa Antilla de Trinidad que la Gran Bretaña acaba de anexar a su imperio podría ser uno de los puntos de asalto a la costa venezolana. Para hacer que se valoricen esas cosas, con pasaporte falso que el gobierno inglés ha aceptado voluntariamente, se presenta en Londres en 1798.

IX

ENTRE LA ILUSION Y LA TRAICION

"Acido muriático oxigenado" para que su pasaporte luzca el nombre de Gabriel Edouard Leroux d'Helander, comerciante de Caen; peluca y espejuelos verdes, necesita Miranda al salir de Francia. Hasta el gris puerto normando le acompañó la fiel criada Francisca, quien desempeña ante su amo el papel de Sancho frente a don Quijote, y quien disimula su encono cuando en la casa parisiense aparecían a horas inusitadas, las hermosas viudas del Directorio: la grácil y coquetísima Delphine de Custine o la muy charlatana viuda Pethion. En ese momento de la despedida, Francisca es más fiel que Delfina quien

ya comienza a entenderse con José Fouché y habrá de sumar, por ello, a todos los problemas de Miranda el de la rivalidad del temible policía. Pero Delfina es respetuosa, sin embargo, de las jerarquías humanas; y mientras que el venezolano seguirá siendo para ella su "Sócrates", reserva para el nuevo amante el más doméstico y menos clásico apodo de "Cheché".

Con falso aire de burgués provincial desembarca Miranda en Dover en los primeros días de enero de 1798. Y el aduanero Mr. Newport, quien ha sido previamente notificado, no se sorprende con el disfraz ni con la circunstancia de que en un oculto fondo de la maleta de monsieur Leroux, aparezcan los lacrados papeles de Miranda. La política europea de aquellos días consultaba semejantes mimetismos y en forma análoga llegarían a Inglaterra muchos de los conjurados franceses que participaron en la conspiración de Pichegru. Varios amigos del venezolano, entre los cuales se cuenta su secretario y futuro traidor Du Peron, aprovecharán de los enlaces y buenas relaciones mirandinas para refugiarse en tierra inglesa después de análoga metamorfosis de profesión, traje y pasaporte.

Nunca Mr. Pitt, de ordinario tan esquivo y frío, demostró mayor interés de ver a Miranda. Este apenas ha tenido tiempo para instalarse en su fonda y preguntar al amigo John Turnbull cómo marchan las cosas y qué perspectivas hay, cuando el domingo 16 de enero de 1798 debe presentarse en Hollewood, la rústica residencia del Primer Ministro. Otra vez se reanudará el diálogo entre la fantasía y el rastrero sentido común; entre el Quijote de las Indias y el Sancho

británico, genio de la cordura y de la precaución antipoética.

Se extienden sobre la mesa de Pitt —como otrora el mapa de América—, las "Instrucciones de los comisarios, diputados de villas y provincias de las colonias hispanoamericanas", por otro nombre, "Acta de París", maravillosa fábula poética de Miranda. Mas a pesar de tantos sellos y de la temblorosa firma del viejo Olavide, víctima de la inquisición y antipapista famoso, condiciones todas para agradar al gobierno británico, el ministro no acaba de rendirse a la elocuencia de semejantes papeles. La táctica de Mr. Pitt es siempre dilatoria: no dejar nada al riesgo ni a los impulsos sentimentales, y aceptar los buenos negocios que depare la América española cuando éstos se le ofrezcan en un plato y sin peligro de competidor. Diríase que dos sentimientos le provocan los papeles mirandinos: primero, el temor de que tan ardiente patriota no sea hombre a la medida de las ambiciones inglesas; y luego el recelo de disfrutar con los Estados Unidos (aliado que el venezolano insinúa) la fascinadora empresa de abrir con la independencia, los mercados hispanocoloniales. ¿Y no podría aguardarse, más bien —ha de haber pensado Mr. Pitt—, que así como la guerra con España en 1797 ya les dió la Antilla de Trinidad, punto de mira y asalto sobre el continente suramericano, con perfección y calma sajona, podría irse acaparando y capitalizando en conquistas ultramarinas, el inevitable colapso del imperio español? Por decir algo, Mr. Pitt —tan exacto y formalista— inquiere si Miranda no podría presentar su documento en "forma de poderes" que no dejaran duda sobre la autoridad de quienes lo firman. Es decir, que

el Primer Ministro no se traga enteramente el anzuelo de que aquellos jesuítas expulsos y criollos desarraigados que firman el Acta de París, sean, efectivamente, los auténticos representantes de las "provincias y villas". Pero no es, tampoco, el caso de desahuciar a Miranda. Y acaso Pitt desea utilizarlo, más que como caudillo de una azarosa guerra colonial, como agente e informador en negocios europeos. ¿No viene Miranda de Francia; no estuvo en las cárceles del terror; no conoce todos esos hombres nuevos, generales audaces e intrigantes ansiosos que en el último decenio sacudieron las tradiciones más venerables, invirtieron las alianzas y llevaron un rey al patíbulo? Y por esto —y acaso sin que el nervioso venezolano lo advirtiera bien—, el Primer Ministro inquiere más sobre Francia que sobre América. Siguiendo la comedia, lee en presencia de su huésped los extraños papeles, y se detiene para preguntar ante un párrafo de poca importancia. Había escrito Miranda en el paráfrago 17 del Acta de París que deberían adquirirse en Inglaterra para el equipo militar "treinta mil espadas a la romana" y "diez mil sarisas o picas macedónicas de trece pies de largo". ¿Qué son tales armas? —interroga Pitt. Y el criollo locuaz vierte toda su erudición clásica evocando las falanges de Alejandro que inspiran el nombre de las "sarisas", y las cortas espadas de las legiones romanas, cuyo modelo aún se utilizaba en las luchas de infantería. Al calor de la buena charla y aun escuchándose a sí mismo, se forja la ilusión de que ya Pitt está profundamente convencido. Escribe en su diario: "Con mucha amistad y mutua satisfacción nos separamos a eso de las 3 y media de la tarde, quedando algo admirado del excesivo

buen acogimiento y olvido total de la brusca contestación, en que habían quedado estos asuntos al principio del año de 1792".

¡Ingenuo Miranda que cree que un Primer Ministro de S. M. Británica puede tener sentimientos humanos! Todo su don de cálculo se estrellará siempre ante Pitt. El comisionado principal de las "villas y provincias" no advierte que para Pitt será, cuando más, un modesto alfil que se mueve o se arrincona en el tremendo y cambiante juego de ajedrez, que un hombre que ya se destaca demasiado —Napoleón Bonaparte—, impone a la política europea. Ni por el águila napoleónica que levantará su impresionante vuelo caudal sobre los mayores campos de batalla del mundo de entonces, Mr. William Pitt modificará su menuda, pero muy astuta, táctica de conejo. Otros que se deslumbren con la gloria avasalladora: suma del sentido común inhumano, sublimemente mediocre y frío, Mr. Pitt seguirá dando sus pequeños y muy seguros pasitos. Es de aquellos que esperan a sus enemigos no en la cumbre, sino en la bajada.

Mas aún le quedan al venezolano motivos de ilusión y esperanza durante aquel fin de invierno y comienzos de primavera de 1798. Sin duda, se respira en Londres un aire de historia mundial. En los clubes donde se junta con Woronzov, el habilísimo ministro ruso, y con Rufus King, el ministro norteamericano, amigo de Hamilton y decidido partidario de la independencia de Sur América, conoce y trata a otros miembros del Gabinete de Pitt como Dundas y Popham. Soñaba Dundas que, como llave de un inmenso imperio marítimo, requería Inglaterra el bravo estrecho chileno

—estrecho de Magallanes— donde las aguas del Pacífico chocan con las del Atlántico en el extremo sur del continente americano. Con el Cabo de Hornos y el posible Canal de Panamá en manos inglesas, ¡qué inmensos e inéditos caminos para las flotas de S. M.! Un eco de la dinámica literatura de viajes, aireada y concreta literatura de marinos, cosmógrafos y naturalistas que en ese siglo XVIII recorrieron los mares de Sur América —Frézier, John Byron, Anson— se difundía en las conversaciones. Es claro que los puntos de vista de Miranda no coincidían con los de aquellos caballeros, respecto a la forma política que debe dársele a tan lejanos países. Y aun hay el peligro de que el veneno revolucionario fabricado en Francia, se difunda allá como espantoso gas y no permita el comercio seguro que los negociantes ingleses desean. Ahí radica el insalvable problema de todas las negociaciones mirandinas en Inglaterra: es cierto que cada uno de aquellos políticos y negociantes pretenden que naves y géneros ingleses, telas de Manchester, cerveza de Liverpool y libras del Banco de Londres desalojen en tan distantes latitudes, toda huella de economía española; que caballeros de peluca, jurando por la Biblia, proclamen en Lima o Bogotá un comedido "Bill of Rights", pero ¿hasta qué punto las impresionables gentes meridionales servirán para un sano constitucionalismo a la inglesa y evitarían todo acceso de fiebre jacobina? Al contribuir a una revolución en Hispanoamérica contra el rey de España, ¿no se continuaba desacreditando la institución monárquica, base del honor y del equilibrio británico? Una forma constitucional como la de los Estados Unidos —que aconsejaba Miranda— no era del todo segura, ya que

en el propio gobierno norteamericano junto a los respetables "Landslords", abundaban los tribunos nutridos con las prédicas demagógicas de un Payne o los aristócratas de peligrosa imaginación, como un Hamilton. "En que algo habrá que hacer en Sur América", coinciden todos mientras escancian su copa de oporto, extraordinario y solar antídoto contra la niebla y el "esplín" londinense.

Y el general Miranda, como buen "gentleman", cierra con un cuento ligeramente picante y erudito, una conversación de hombres. Calculando que la alianza francoespañola tendrá que convertirse en guerra colonial que impulse a Inglaterra a fomentar los movimientos independentistas en la América hispana, John Turnbull sigue adelantando dinero: y nuestro conspirador obsequia a los contertulios, una última ronda de vasos, dorados con el vino meridional. Así averigua —hay que aprovechar a los políticos en esa hora de confidencia— que Picton, el flamante gobernador de Trinidad, ha remitido una serie de informes sobre el clima de insurgencia y fastidio que reina en el territorio venezolano contra las autoridades peninsulares. Unos pedagogos de España, enviados a los presidios de Tierra Firme a pagar su culpa de republicanos y afrancesados, lograron comunicarse con varios vecinos del puerto de La Guaira.

Creció una conspiración cuyos más visibles cabecillas fueron don José María España y don Manuel Gual. Mientras que Gual pudo ponerse a salvo —refugiándose en Trinidad—, su compañero fué sometido a un suplicio inquisitorial. El verdugo pregonó la cabeza de José María España; frailes de grandes capuchas negras lo acom-

pañaron, gangueando sus rezos, hasta el patíbulo. Y los miembros de ese primer héroe de la libertad, fueron esparcidos por los caminos públicos.

Cómo se aprovechará todo eso para una más organizada empresa insurgente es el pensamiento y obsesión de Miranda. ¡Manuel Gual! Este nombre le hace revivir su paisaje y su emoción caraqueña de treinta años atrás. Era un muchacho relacionado de su familia; y juntos debieron vagar por los estrechos callejones empedrados y detenerse en la Plaza Mayor ante los canastos de perfumadas frutas tropicales a oír la algarabía de los esclavos negros. Sobre el cielo azul de Caracas, por encima de los campanarios de las iglesias que llamaban a velación o a novena, erguían ansiosos de libertad, sus cometas infantiles.

—Hay que mandar un agente a Trinidad para que converse con Picton y con Gual y que pase, al mismo tiempo, a Estados Unidos a comprometer, por intermedio de Hamilton, al desconfiado John Adams —piensa nuestro conspirador, de vuelta a su casa.

Voces latinas, en medio de un círculo de pipas humeantes, tomando el té nocturno de los conspiradores, le aguardan en su habitación. Hay un joven —hijo natural de un virrey del Perú y ex gobernador de Chile—, que aún no se atreve a usar el paterno apellido de O'Higgins y se llama sencillamente Bernardo Riquelme. Con su soterrada amargura de bastardo, tiene una cabeza seria, una fe contraída, dispuesta a darse a cualquier causa. Ha pedido a Miranda que le enseñe las matemáticas y esto es una ocasión para sembrar en él sueños tenaces; para trocar su resentimiento en ambición libertaria. El gran Frégoli, el

sumo prestidigitador que también es el venezolano, despliega ante el joven Riquelme todo un prerromanticismo de logias y secretos. Se han fundado en Londres en 1798, las primeras sociedades secretas hispanoamericanas. Los heroicos caciques del poema épico de Ercilla, sirven para nombrar esas asociaciones libertarias. El nombre de Lautaro, el cacique araucano, se lo llevará O'Higgins como protector de las logias que deban fundarse en Chile y en el Río de la Plata. Y cuando veinte años después Bernardo Riquelme que ya ha rescatado su apellido paterno y se ha convertido en Libertador y jefe supremo de la nación chilena, se dirija a su pueblo y a la América toda, en el momento en que manda una expedición naval que ayude a la independencia peruana, está repitiendo palabras y frases que le enseñara Miranda.

Un extraño escrito del ex jesuíta Vizcardo, a quien mató el frío de Londres en ese final de invierno de 1798, habrá de servir de dialéctica a los conjurados. Se llama *Carta a los españoles americanos,* y contiene en literatura ardiente y sencilla —justamente la que Miranda no pudo hacer— el clamor y la lista de agravios del Nuevo Mundo contra la vieja metrópoli española. El más importante documento inicial de la propaganda revolucionaria hispanoamericana será ese escrito de Vizcardo, que, impreso en Filadelfia posteriormente y reproducido en la *Gaceta de Edimburgo* resonará todavía con el fragor y el colorido de sus argumentos, en los discursos de la independencia venezolana en 1811. Y llevar y difundir el escrito de Vizcardo, será una de las recomendaciones que Miranda hace a Caro, cuan-

do le está preparando viaje como su comisionado y agente en Estados Unidos y Trinidad.

Se aproxima para Miranda la prueba de los traidores: Du Peron, Caro. Un hombre como él —por su mismo oficio— necesita de estos hombrecillos pequeños que traigan noticias, sorprendan e interpreten conversaciones y se introduzcan en lugares donde un general de la Revolución Francesa, con su rostro y prestancia de Escipión, no puede penetrar. El "picarillo de Du Peron" —como lo llamará después Miranda— le había servido de ágil y oficioso lacayo a través del complicado e intrigante París del Directorio. Vertió en prosa más precisa los pensamientos, un tanto difusos de su general, que —de hablar tantos idiomas— solía confundirlos. Actuó como notario *in partibus* de la curiosa Acta de París, y su firma de intruso aparece en función secretarial después de la de Olavide, de la de Miranda, de la de Pozo y Sucre. Escapado de Francia, después de fructidor, vagó un poco por Alemania, hasta que Miranda le consigue pasaporte para Inglaterra y la protección del inagotable John Turnbull. Pero el francesito ya no se contenta con la pequeña mesada y quiere instalarse por cuenta propia, traicionando. Había sacado copia de los más misteriosos papeles; robó otros y resuelve ir a venderlos un día de 1799, a la legación española en Viena. Con otro traidor próximo —Pedro José Caro —comentará Miranda la infidencia del secretario. Será ya para siempre, y sin mayor encono de nuestro héroe, el "picarillo de Du Peron".

Pedro José Caro merecería más dilatado análisis. Miranda le ha amado, y él, tan impaciente,

revela una tolerancia casi paternal ante los miedos y las necedades del cubano. "Paisano y dueño mío", "amigo y dueño" son frases cariñosas que se repiten en las cartas. Ningún personaje como Caro debió tener menor naturaleza heroica. Sin embargo, el quijotismo de Miranda, su falsa idealización amistosa, dijérase que se ciega al señalarle las tareas más inadecuadas. Lo que no se atreve a confiar a nadie lo confía a Caro. A través de la correspondencia que parece servir de prólogo a la traición del cubano, el novelista puede complacerse en el más complicado proceso psicológico. Quitándole su parlanchinería, su aparente facundia de criollo conversador que debió divertir a Miranda —tan desarraigado ya de su América mestiza—, Caro resulta el más desvalido e infeliz personaje. Es uno de esos seres untuosos, resbaladizos, dispuestos siempre a escaparse; posesos de los más terribles miedos; seres que después de traicionar se confiesan y lloran en público como aquellos que pintó Dostoievsky en sus grandes novelas: *Los endemoniados, Humillados y ofendidos.* Lo curioso es que todos chocan y descubren al primer momento la inseguridad y la pusilanimidad de Caro, menos Miranda. Cuando con cartas para Hamilton y poderes como negociador y propagandista en el Nuevo Mundo, debe partir a América en mayo de 1798, Caro se detiene en Falmouth, escribe a su protector lamentables misivas en que se queja como un antihéroe. Como una mujer histérica, protesta el hombre de la mala cama e incomodidad de la fonda; de que no le "dan vino" y de que el servicio "es más miserable y sucio que en Galicia". Luego, cuando el velero está en pleno Atlántico, vive una odisea de cautivo entre

corsarios. Su barco es abordado y detenido por una nave francesa. Se sospecha que Caro lleva una misión subversiva contra los dominios españoles; se le detiene y conduce a Algeciras y cuando —como él mismo lo cuenta— corría el riesgo de ser colgado de un peñol después de rápido juicio, su buena suerte le ayuda pues entre los jueces descubre dos viejos conocidos suyos. Pone los pies en polvorosa; se evade en otro patache hasta Portugal de donde escribe a Miranda las cinematográficas aventuras y pide dinero del generoso Turnbull para regresar a Londres. Y acaso esos días en Portugal —que siempre fué centro de espionaje— no resultaron perdidos para el cubano. Tal vez habló, entonces, con agentes españoles, preparando la futura traición. Vuelve a Londres y Miranda le consigue dinero para que reinicie el frustrado viaje a América. Está, por fin, en Trinidad en enero de 1799.

Un joven francés, Lambot, quien se pasea por las Antillas como Pedro por su casa es uno de los agentes de enlace que deben trabajar con Caro y tiene el encargo de ir a los Estados Unidos mientras el cubano prepara una conspiración que se realizará de acuerdo con dos curiosos documentos: un plan civil y un plan militar, redactados en Londres en agosto de 1798. Para ayudar en ambas cosas, se cuenta con la anuencia del gobernador de Trinidad, Picton. Pero éste define pronto a Caro como un *suspicious character* y, so pretexto de que el pasaporte que trae no es bastante explícito ni le autoriza para tratar asuntos políticos, lo expulsa de la isla. Por noviembre de 1799 después de un infructuoso periplo antillano, Caro está otra vez en Londres dirigiendo al gobierno británico un extenso memorial en que

reclama de los abusos de Picton, y aspira por sus viajes y trabajos, a una compensación monetaria.

El propio Miranda sufre en aquellos días de fines del 99, serias angustias económicas. El cubano inventa, entonces, un viaje por el continente europeo y va a confiar sus secretos y a mendigar dinero a José de Ocáriz, ministro residente de España en Hamburgo. Como hombre vencido por la vida que ni siquiera se ha atrevido a cobrar bien el precio de su traición, lo describirán ciertos papeles españoles de 1802. Olvidado, debió morir en Lisboa, por 1803. Otro amigo e hispanoamericano, también, lo reemplaza en la intimidad de Miranda: el neogranadino Pedro Fermín de Vargas, quien "como nativo del Nuevo Reyno y descendiente por su madre de los indígenas de aquel país, llamados por los españoles indios" había dirigido un escrito a Pitt pidiendo ayuda británica para la libertad de su indiana patria. En compañía de Vargas, quien a veces se hace llamar Pedro de Oribe, correrá Miranda algunas dramáticas peripecias.

X

18 BRUMARIO

Cuando un político ha perdido el poder, acoge con ilusión el triunfo de una corriente que, aunque no sea la suya, parece asegurarle, de momento, una victoria sobre sus perseguidores y enemigos. Se sume en el espejismo de que el viejo tiempo retorna y de que podrá estar otra vez en el triunfante o visible sitio que le depara la fugitiva circunstancia. Cree —sin medir con suficiente claridad los hombres y las ambiciones nuevas— que se producirá un como retorno de las manecillas del reloj. Y su reincorporación a aquellas tareas con que le sugestiona el reciente cambio, habrá de semejarse a la de quien, después

de una noche de pesadilla, despierta encontrando los objetos en el mismo sitio en que los dejara al acostarse. Entre las muchas profesiones que ejercía Miranda, contaba su profesión de político —y aun de político francés— que durante la Revolución tuvo muchos amigos y capitalizó influencias. Su disentimiento con los hombres del Terror y después del Directorio obedecía a un doble origen personal e ideológico: primero, a que sus amigos girondinos fueron barridos del poder por los adversarios; segundo, a que una naturaleza tan jerárquica como la suya, chocó con los excesos demagógicos y el desorden interno imperantes en Francia a partir del 93. El golpe de Estado del 18 Brumario le hizo creer que no sólo caerían definitivamente vencidos aquellos politicastros del Directorio que le trataron tan mal; sino también que la ideología de la Revolución se consolidaría disciplinándose; buscando un sustentáculo moral que sirviera de dique a la irresponsabilidad política en que degeneraron los ideales del 89.

En Napoleón encontraba el revolucionarismo francés un segundo Cromwell. El republicano jerarca que siempre fué Miranda debió admirar las hazañas militares del corso que le evocaban las de los grandes capitanes antiguos; y su respeto por las formas, su gusto neoclásico por el Estado bien construído, acaso le hacía pensar si Napoleón no sería el gran ordenador que impusiese a la República, majestuosa consistencia para luchar en todas partes, contra el caduco sistema monárquico. En el fondo, ¿no deseaba Miranda una república dirigida por un patriciado cuyo título de poder no fuese como en las monarquías, la sangre y el privilegio genealógico, sino el mérito y la "virtud", dándole a esta palabra toda

su ensoñación y significado rusoniano? ¿Es que era posible en su utópica República de América, otro tipo de buen gobierno? El republicano Miranda, ¿no se opuso en 1792 a una expedición a Santo Domingo, temiendo no poder calmar la sublevación de las castas contra los hacendados blancos? Además, en su primera valoración de la personalidad napoleónica de que da testimonio una carta a su paisano Manuel Gual fechada en julio de 1800, debió contar, también, el justo y ardiente despecho que le provocaban las demoras y evasivas de Pitt. Frente al cauteloso inglés surgía en el escenario europeo un hombre de impulso cesáreo, una estupenda naturaleza cargada de audacia, a quien podría decir algo la gran empresa ultramarina de convertir en repúblicas a las colonias españolas. O —en todo caso, y para su difícil diplomacia con Pitt—, ¿no era posible oponerle ahora como en las conversaciones de 1790 le había opuesto la peligrosa sombra de Catalina de Rusia, la del triunfante Primer Cónsul? ¿No era su proyecto americano de tal magnitud y tan halagüeño porvenir, que parecía necesario escuchar proposiciones? Contra el "protegido" y el "hombre pensionado" en que quieren convertirlo los políticos europeos, él siempre anhela recobrar su autonomía de negociador.

—Que no piensen estos gobiernos que me han comprado; soy el representante y primer líder revolucionario de la América meridional y me toca decir la última y definitiva palabra sobre los asuntos americanos —pensaría don Quijote Miranda.

Su situación económica y la indecisión inglesa para dar un auxilio definitivo al retardado proyecto, le hicieron acariciar desde 1799 la idea de salir

de Inglaterra. De pronto, tiene la impresión de que está en Londres como en un húmedo presidio donde lo que se quiere es perturbar todas sus empresas. El año empezó mal con una carta de Turnbull al subsecretario de Estado Mr. Hammond, preguntando discretamente si el gobierno pagará las cuentas y pensiones futuras del venezolano que ya gravan de modo peligroso, a la respetable casa de comercio. Antes de seguir dando, Mr. Turnbull necesita alguna garantía. Y una respuesta muy indiferente de Hammond, motiva un nuevo Memorial de Miranda a Pitt recapitulando sus angustias y las esperanzas que, bajo la palabra comprometedora del ministro, cifró en Inglaterra. Como con Pitt no valen los argumentos emocionales, como la suerte de un hombre no altera en lo más mínimo la potente y segura flema de la nación inglesa, trata con habilidad de enredador y dialéctico de asustar un poco al ministro. Pitt no sabe mucha geografía y ello da margen a la fantasía del venezolano para forzar un poco la justa interpretación de las cosas. "Todo anuncia en el momento actual —dice al ministro— las mejores disposiciones para un movimiento espontáneo y general, tan pronto como los socorros prometidos lleguen a los puntos determinados. Pero, ¡cuál será el resultado, cuando en lugar de los auxilios tan largo tiempo esperados y tan a menudo ofrecidos, se sepa que Inglaterra después de hacernos aguardar tantos años y contraído promesa con los agentes americanos que se hallan en Londres desde hace catorce meses, diga hoy que no puede dar la menor esperanza ni el más leve socorro! Es difícil prever el efecto que la desesperación producirá en un caso semejante, pero es cierto que las personas sabias e instruídas,

quienes sueñan con establecer en el continente americano un sistema de orden y moral que contrapese las máximas de desorganización propagadas por Francia, se desengañarán de tal esperanza. Las ventajas comerciales y de alianza que este continente inmenso ofrece a la Gran Bretaña serán perdidas para ella. Y, por otra parte, es concebible lo que el genio perverso del Directorio francés es capaz de emprender para lograr sus planes de invasión general y para extender su pérfida venganza, con la potencia revolucionaria y colosal que desgraciadamente ahora tiene!"

"Al buen entendedor, pocas palabras", habrá pensado Miranda. Y delega otra vez, para activar las negociaciones, a su viejo amigo el gobernador Pownall quien en su estilo bíblico le considera "una especie de Enviado, Josué o Moisés del nuevo continente".

Nada concreto se consigue; y ya su única preocupación en los meses siguientes del 99, es lograr un pasaporte para marcharse a Trinidad y a Estados Unidos. Aparte de las entrevistas con Rufus King, adelanta cartas y reanuda relaciones epistolares con antiguos amigos norteamericanos. Al saber, por ejemplo, que su amigo yanqui el general Knox es personaje de influencia cerca de Washington y tiene un importante cargo militar en el ejército le escribe una cordial misiva —obra maestra de diplomacia— en que recuerda los mutuos días de amistad y conversación en 1784; los libros que leían juntos y le insinúa, de paso, la abrumadora misión de "sustraer a nuestra cara patria de la más afrentosa tiranía y envilecedora opresión con que la especie humana ha sido he-

rida". Mientras se complica y retarda la negociación del pasaporte, las gacetas europeas se llenan con el eco y comentario fulminante del 18 Brumario. ¿No ha conocido, acaso, en tertulia de amigas comunes al nervioso y malcriado oficialillo que ahora es el Gran Capitán de Italia y de Egipto? ¿No será una naturaleza volcánica como la de Bonaparte, la verdaderamente capaz de comprender los grandes planes mirandinos? Además, el gobierno de Francia le debe casi diez mil luises de sueldos atrasados de su época de general revolucionario. Por la vía de París, acaso sea más fácil llegar a América. Y adelantando a su amigo Pedro Fermín de Vargas —porque él viaja ahora así, enviando primero un explorador que otee y le informe— empieza a preparar su nueva visita al continente. ¡Qué de trámites y negociaciones! No es del todo fácil para un extranjero que año y medio antes fué expulsado por peligroso, volver al mismo sitio donde se originó el destierro. Ya provisto de pasaporte británico cuya consecución fué asunto de largos meses, Miranda está en La Haya y a presencia de un impenetrable ministro francés que le recomienda arregle su asunto en Amberes, en octubre de 1800.

Desde el puerto belga van y vienen las cartas a París. Primero escribe a Fouché, ahora omnipotente ministro de Policía, y rival en el amor de Delfina de Custine. Como manso ciudadano, desprovisto de recursos y a quien la República debe antiguos salarios se pinta ante Fouché. ¿No es ya Miranda un hombre fatigado que apenas aspira a vivir en paz? Entretanto, en París —y mientras sale en el periódico *Le Publiciste* un artículo anónimo y malintencionado en que se le llama

"espía inglés y traidor a la República"— la diligentísima sirvienta Francisca Potier y la no menos verbosa viuda Pethion visitan a personajes notables solicitándole el permiso de entrada y residencia. Acosan las mujeres al senador Lanjuinais para que hable con el Primer Cónsul. El amigo —un poco poltrón— de Lanjuinais, se excusa frecuentemente porque Bonaparte sólo acuerda una audiencia de dos horas, cada diez días, a todos los senadores. Hay entonces mucho ceremonial, visitantes y pompa en el Palacio de las Tullerías, y no siempre se logra la oportunidad de hablar de asuntos tan personales. En el fondo, Lanjuinais tiene un poco de miedo. Pero es tan insistente el asedio de las dos locuaces e infatigables mujeres que, por fin, Lanjuinais aboga por Miranda. Y un permiso tácito para que el hombre resida en París, como ignorado de las autoridades y sin mostrarse mucho, es por fin conseguido gracias a las gestiones del senador. También debió activar las diligencias el famoso coronel Smith, secretario entonces de la legación norteamericana en Francia. En una carta que Smith le ha dirigido a Rotterdam, bajo los auspicios del cónsul de Estados Unidos, le previene del peligroso ambiente de intrigas que reina en París. Piensa si las relaciones —ahora muy íntimas— entre Francia y España, no pondrán en peligro la persona del general y si no sería mejor, para él, dirigirse definitivamente a América. Como si la vida de Miranda fuese la más apasionante novela, inquiere Smith si no ha llegado el momento de "cerrar el volumen de Europa y comenzar el volumen americano". Pero ya a fines de noviembre del año 1800, la diligencia de Amberes marcha a través de las llanuras del noreste de Francia, camino

de París. La tentación de volver a ver aquel paisaje tan cargado de historia, tan sacudido de diabólicas intrigas, tan frecuentado de bellas mujeres, puede más que la sanchesca prudencia.

La capacidad vital de Miranda se ha hecho para saborear las tramoyas de los políticos, el diálogo y las caricias espirituosas de Delfina de Custine, los estupendos grabados en cobre que venden los *buquinistas* cerca del Sena. Ya está con sus botas inglesas, pisando esas calles parisienses donde hasta las piedras parecen hablar. En Coblentz, *Boulevard des Italiens,* las últimas *merveilleuses* del Directorio lucen su profusión de flores, de cintas, de pañuelos policromos; sus altos chapines de raso y sus sombrillas orladas de encajes, esplendiendo como maravillosas aves suramericanas. Son la "mujer garza", la "mujer pavorreal", la "mujer flamenco", la "mujer tucán". Se les invita a esos deliciosos "gabinetes particulares" cerca del Palais Royal, o en el Hotel Richelieu por cuyas claraboyas parece evadirse el aroma del más condimentado *ragout.* Pero, frente a esta delicuescencia libertina, hombres como el pintor David o el joven Ingres, luchan por un gusto más severo y clásico; un gusto que ya preludia el firme dibujo y la majestad romanizante del próximo imperio.

Fouché está en su ministerio policial como el perro de presa del futuro emperador. Si le faltaran conspiraciones, las inventaría para fortalecer el orden napoleónico y la influencia propia. No puede olvidar —entre otras cosas— que Delfina de Custine, su "actual" Delfina que ahora se presenta con todos los atributos de una matrona romana

de las que pinta David, y da comidas serias en su casa, prestigiada por la edificante presencia de la familia, llamaba a Miranda con cariñoso apodo filosófico. Y ahora que se cazan monárquicos y posibles enemigos de Napoleón, sería posible enredar a Miranda en cualquier fábula policíaca. Ya sus agentes hacen una primera visita a la casa de Francisca Potier —calle de Saint Honoré 1497— que el venezolano ha señalado como domicilio. No se encuentra nada de importancia (Miranda ha guardado los equipajes en otro sitio), pero resulta fácil al astuto ministro seguir la pesquisa y el enredo. Y, dramáticamente, como "comprometido en actos de espionaje o acaso en correspondencia con enemigos del Estado", se le detiene en marzo de 1801. En un excelente capítulo de su libro *Miranda et la revolution française*, Parra Pérez hace el análisis minucioso de ese segundo proceso que se anunciaba casi tan amenazante como el de 1794, pero que concluirá en modesta reclusión de dos semanas y destierro absoluto de Francia. Cuidadosamente la policía ha leído los papeles en que se confunden con la variedad y hasta la dispersión del genio mirandino, las cartas de amor, las tarjetas de visita de los diplomáticos y los planes del hipotético "Incanato". En su gula de ver y apuntar todo lo que hace y todo lo que ve, a veces escribe palabras sueltas, sin ligazón sintáctica, abreviaturas o personalísimas indicaciones, que los sabuesos pueden interpretar con sentido críptico. Comprometer a Miranda en los negocios de los conspiradores monárquicos, sería un éxito y deleitosa venganza para Fouché. Pero don Francisco sabe explicarse; revela hasta presentar como inocuos, los signos y los escritos que se consideraban misteriosos. Se-

guramente, entre bastidores, le defienden los antiguos amigos y los importantes protectores rusos y norteamericanos. En sus papeles hay, además, bastantes himnos a la libertad y enérgicas afirmaciones antimonárquicas y antiborbónicas. Lanjuinais escribe un recurso de amparo en defensa del noble amigo, advirtiendo que la República aún debe a Miranda atrasados sueldos y recompensas.

¿Paga así la Francia a un tan ilustre servidor? Ante las reiteradas pruebas de inocencia, no puede ya retardarse la libertad del cautivo, pero se le trasmite, también, la orden perentoria de abandonar el territorio francés en el plazo de cuatro días. La ley puede decir una cosa, pero el concepto de "seguridad pública" no tiene otro juez y otra apelación que la de José Fouché. Hacia las llanuras del Mar del Norte rueda pesadamente la diligencia un día de abril de 1801. Con el "paisano" Pedro Fermín de Vargas conversa otra vez don Francisco, del siempre abierto problema de rehacer su vida y reanudar el hilo de sus empresas. Para nadie como Miranda, la existencia es un infatigable rehacer.

XI

NAPOLEONISMO

En los clubes de Londres que Miranda ha vuelto a visitar en la primavera de 1801 (entró a la isla por el puerto de Gravesand el 21 de abril), circula una frase de Sheridan, el famoso comediógrafo: "Ahora Europa es Francia, y el hombre se llama Napoleón". Son tan cautos los ingleses para comprometerse en frases ingeniosas y categóricas, que ésta es fórmula de comentario junto a los vasos de oporto y los ásperos *grogs de* los tertulianos. Aquel comediógrafo que pintara las ingenuas travesuras y los pequeños conflictos sentimentales de un tranquilo mundo burgués, se encontraba ya en el otoño de su vida —y sin ca-

pacidad para interpretarla— con la inesperada marea de una época de grandes pasiones y de audaces e inescrupulosos dominadores de la circunstancia histórica. ¿Hasta dónde sirve la admirable prudencia británica ante el gran juego cesáreo, todo ímpetu, todo fuego y rapidez, que despliega una personalidad como la de Napoleón? Con el "Bill of Rigths" del año 1689 los ingleses creían haber cerrado su ciclo de revoluciones, y cauta y moralizante como un párrafo del *Pilgrim's Progress* quiso ser la trayectoria de Inglaterra. Astucia y reserva para comprometer a los otros pueblos sin comprometerse; y para aprovechar el instante de los repartos, caracterizaron la política británica. Pero he aquí que ahora, una especie de sismo, de ardiente y desgarrada convulsión volcánica, parecía clamar desde la entraña del mundo europeo y planteaba a las frías y calculadoras cabezas, protegidas bajo las cortesanas pelucas, angustiosas interrogantes.

Todo cambiaba, hasta la música y la moda. Al viejo mundo dieciochesco, escéptico, gracioso y aristocrático que dió su último canto en la música de un Mozart o un Haydn, le sustituía aquella humanidad patética, perseguidora de la angustia y el frenesí, que se expresaba, por ejemplo, en Beethoven. En los cuadernos de los escolares de Eton o de Trinity College ya no se copiaban los sensatos párrafos de un Pope, de tan serena y castigada prosa, sino las palabras explosivas que como la palabra "Libertad" y la palabra "Pueblo" descargara como una dinamita el pensamiento político de la Enciclopedia y el sueño romántico de los alemanes. Los arquetipos literarios de la nueva edad se llaman, por ejemplo, el demoníaco Fausto que convoca para su gran noche mágica

los espíritus terribles que pueden ofrecerle la eterna juventud o el dominio del mundo. O es Wilhelm Meister quien sale de la sosegada casa burguesa de sus padres, del círculo de un Universo seguro, dividido en clases, oficios y estamentos, para rehacer en su persona todas las experiencias humanas, desempeñar todas las profesiones y vivir en permanente trance de cambio y aventura. "Sentir, vivir" son verbos que se escriben con singular insistencia en las composiciones juveniles de los primeros románticos. Es una época en que habrán de destacarse, antagónicamente, los ángeles y los demonios: los seres delicados, heridos de vago e inexplicable dolor cósmico que como Hölderlin o Shelley aspiran a huir de toda la vulgaridad del mundo y edifican sus Grecias ideales para poblarlas tan sólo de sueños, o los otros, corroídos de pasión diabólica, de anhelo de saltar por sobre todas las convenciones y todas las normas, para trocarse en los napoleones de la poesía o de la política. Impetu más que armonía, sensación más que belleza, peligro más que serenidad, es la clave y apetencia de las nuevas generaciones.

—¿Y seguiremos haciendo en un mundo tan sacudido por tremendos anhelos, la misma política comedida y puramente calculadora de los días prerrevolucionarios? —se preguntan junto al humo de sus pipas, los dirigentes ingleses. En un momento en que Napoleón deshace tronos, ya no puede aplicarse aquella política de equilibrio europeo, "de balance de poderes" en que se afanara la diplomacia del siglo XVIII. La expedición napoleónica a Egipto y la guerra naval en el Mediterráneo, proyectaron el problema de un posible imperialismo francés ultramarino que ya no se

contentaba con el dominio continental, porque esperaba cerrar a Gran Bretaña su inmenso camino oceánico.

Hasta la economía y los intereses de los comerciantes de la *City* se transformaban al ardoroso contagio político. Las colonias inglesas de ultramar se habían formado un poco a espaldas de la metrópoli como grandes factorías costeras, donde los comerciantes y navegantes británicos efectuaban con los nativos operaciones de trueque, y donde el gobierno metropolitano no aspiraba a imponer un sistema centralizado de instituciones. Artículos exóticos de raro valor (marfiles y sedas orientales, pieles del Canadá), habían sido los más buscados. En la lejana India, por ejemplo, los ingleses dejaron a los marajás y pequeños califas islámicos que mantuvieran sus cortes y su política miliunanochesca, sin otra obligación que pagar el tributo a Inglaterra y llevar —para que fueran pesadas en las bodegas de la factoría— las pacas de algodón, las estupendas planchas de madera de teca con que se construyen tan buenos bergantines, o los colmillos de elefante. Pero ahora que en Manchester o en Glasgow el trabajo artesanal se sustituía por el naciente trabajo industrial, los nuevos intereses económicos presionaban al Estado inglés para que les asegurase con buena policía y organización marítima, las materias primas de los países coloniales y para que la política de las colonias fuese sometida a un sistema más rígido de poder y centralización. Surgía, en una palabra, el imperialismo. La lucha contra Napoleón, no podía tener tan sólo como escenario las llanuras del Mar del Norte o el valle renano, sino hasta los más distantes océanos. Y fortalecerse, sobre todo, en el dominio marítimo,

era un clamor no sólo de los políticos sino de los hombres de negocios como nuestro ya conocido Turnbull y otros comerciantes que como Davidson, aparecen ahora en la órbita de Miranda, con ansia de arriesgar dinero en empresas ultramarinas.

A la cabeza del Altamirantazgo inglés está esa primavera de 1801, un hombre excepcionalmente simpático: lord Saint Vincent. Si otros políticos británicos aparecen ante un criollo como Miranda como personajes muy cautos y fríos, lord Saint Vincent habla, le relampaguean los ojos azules, y parece entusiasmarse con los proyectos del venezolano.

Como de costumbre, en la primera entrevista, Miranda trae un repertorio de hipótesis o de noticias engrandecidas y coloreadas por su imaginación. Acude de nuevo a Inglaterra —es el fondo de esta primera entrevista— a ver si los políticos británicos abren, por fin, los ojos. No hay duda de que Francia sabe que la suerte del mundo no se juega tan sólo en los campos de batalla europeos sino en los lejanos mares y quiere apoderarse, pronto, del Brasil y de la Luisiana. Pretende en Europa dominar a Portugal como futuro y necesario puente atlántico para sus expediciones americanas. Napoleón sabe que España es un estado agonizante, y so capa de aliado, introducirá en las colonias su contrabando político. Si Inglaterra tarda en ayudar a la causa independentista de Hispanoamérica, que se resigne a perder tan promisores mercados. En principio, lord Saint Vincent aprueba todo lo que dice nuestro conspirador. En el despacho del Almirantazgo hay, además, una serie de cartas e informes remitidos por los lejanos jefes navales ingleses —Popham, Graves— que excitan al gobierno a planes más

osados. A Napoleón hay que vencerlo, con napoleonismo; y las futuras grandes batallas, las triunfantes expediciones a los países lejanos turban a los jóvenes marinos que en su puesto de observación en el mar Rojo o el Mediterráneo aguardan las órdenes de Su Majestad. Al antiguo camino atlántico se agrega ahora en las ambiciones inglesas, el dominio sobre el Pacífico (desde fines del siglo XVIII poseen Australia y Nueva Zelandia), y los libros de los grandes viajeros como Ansons y Cook programan la nueva expansión ecuménica. Los puertos de la América española, Acapulco, Veracruz, Cartagena, Buenos Aires, Valparaíso, presentan a la imaginación todas sus viejas leyendas de tesoros y productos olorosos. Cuando los oficiales ingleses, al frente de sus naves de guerra regresan de las Antillas, del mar Rojo o de la ciudad de El Cabo, mercaderes y comisionistas les rodean inquiriendo sobre las perspectivas mercantiles y fraguando programas de conquista bajo la protección de la bandera británica, en los que parece ofrecerse a un hombre como Horace Popham, el futuro invasor de Buenos Aires, un destino napoleónico.

Lord Saint Vincent encarga a Miranda que hable de inmediato con Vansittart quien, como Ministro del Tesoro, debería financiar el proyecto. Y en su próxima entrevista con Vansittart, para valorizarse más y como para que el gobierno inglés no vuelva a considerarlo como un mendigo, se atreve a decirle que lo que él más requiere en su empresa revolucionaria, es el apoyo tácito de Inglaterra. Más que de ayuda financiera, se trata de consentimiento político. Basta con que Inglaterra permita al general, levantar tropas en las Antillas cercanas a Venezuela como Curazao

y Trinidad, ya que el dinero podrán suministrarlo numerosos comerciantes europeos y propietarios criollos que sólo esperan el primer grito de sublevación. Don Quijote Miranda simula decirle, pues, al gobierno británico: si antes con Pitt todo se perturbó por un pequeño y mísero regateo de dinero, no habré de permitir que esto sea nueva causa de discusión. La flecha pega en el blanco, y a la jactancia mirandina ha de responder la de Vansittart, como el venezolano lo ha previsto.

—El gobierno inglés —dice Vansittart— quiere hacer las cosas en grande y acudirá con todo lo que sea necesario.

Y como, estratégicamente, Miranda ha vuelto a hablar de los Estados Unidos como posibles socios de la expedición, el ministro expresa que Inglaterra no necesita asociados. Solicita, finalmente, de Miranda, para apresurar las gestiones, el plan político que regimentará los nuevos Estados.

¡Eterna dualidad inglesa! Inglaterra quiere la libertad de Hispanoamérica, pero aspira, al mismo tiempo, a condicionar esa libertad. Discusiones casi ingenuas sobre el sistema de unas repúblicas que todavía no han nacido, colman las entrevistas de los días siguientes. Y también en política el aristócrata populista que se llama Miranda, experimenta —a pesar suyo— la influencia del triunfante napoleonismo europeo. Debió tener, sin confesarlo, gran admiración por Napoleón como el hombre que había frenado el peligroso tumulto jacobino y creado una jerarquía nueva no erigida en la sangre sino en la hazaña y el valor personal. El programa constitucional que en esa primavera de 1801 lee a Vansittart, huele demasiado

a consulado napoleónico y arbitra una serie de defensas conservadoras, como para aplacar los escrúpulos ingleses. El país, aquella "Colombeia" ideal que había escrito tantas veces en la perfilada caligrafía de sus infinitos papeles, pasaba a llamarse vagamente, el "imperio americano". A la cabeza del Estado habría dos "incas" —cónsules con nombre aborigen— entre los cuales, a uno toca la función sedentaria y al otro la función andariega. Uno permanecerá en la capital que puede ser Panamá, como centro geográfico del continente, mientras que el otro trepa los Andes y se impone de un modo directo de las necesidades de las remotas provincias. Un poder judicial elegido por el pueblo y con el carácter de perpetuo, rodea a la justicia de severa aureola moral; y a los legisladores se les exige poder económico para merecer la elección. "¿Serán propietarios también los votantes? —le pregunta un día de mayo de 1801, lord Saint Vincent—. El previsor gobierno de S. M., que prefiere la injusticia al desorden, quisiera reservar el derecho de sufragio a las personas acomodadas. Así se evitarán en esas provincias los excesos que la demagogia de tipo francés produjera entre los negros de las Antillas. Ideas como las de ese Thomas Payne que ha logrado perturbar con sus folletos políticos explosivos la tradicional cordura inglesa, harían mucho mal en aquellas comarcas donde falta madurez para juzgarlas y desatenderlas." Y como una concesión al gusto británico, Miranda sigue escribiendo en su papel constitucional, los nombres romanos de aquellos funcionarios que harán de su "Colombeia" un país severo y virtuoso: cuestores, censores, ediles.

Nunca como esos días del Ministerio Addington

y protegido por Saint Vincent y Vansittart, se sintió más cerca del triunfo. El natural optimismo de las negociaciones le excita a instalarse con relativa holgura en una cómoda casa de Grafton Street 27 que adornan viejas estampas compradas en París y escogidas ediciones. En los pocos ratos que le deja libre la política, estudia griego, y como un escolar jactancioso, escribe sus primeras frases helénicas en las cartas que manda a Barthelemy, miembro del senado conservador de París. Le prepara la comida y le limpia la casa con sabia pulcritud de "housekeeper", Sara Andrews, una joven judía escocesa que ha de darle, también, en los años venideros dos hijos: Leandro y Francisco. Pasó ya el tiempo de las turbulentas aventuras eróticas, y el cincuentón que es Miranda quiere anclar. Junto con los planes militares y políticos colecciona en su archivo los programas de algunas diversiones ingenuas que en los tediosos domingos londinenses le ofrece a Sara: exhibiciones públicas de gigantes y pigmeos; de una monstruosa serpiente de la India, "feroz y bellísimo animal", o aquellos "panoramas" —tan del gusto inglés— en que se reconstruye la vida de Constantinopla o el Palacio del Zar en San Petersburgo. La llegada a Londres de lord Elgin, en 1803, con los estupendos mármoles del Partenón que raptó en Atenas, constituirá una de las grandes emociones artísticas de Miranda. Cuando no tiene cita con Vansittart ni con ningún otro personaje, pasa tardes enteras en el Museo Británico; admira los frisos y las metopas, la divina proporción de los torsos, el ritmo de los grandes grupos escultóricos, y con afán de coleccionista, guarda entre sus papeles croquis a lápiz y descripciones impresas de todo lo que ha

visto y curioseado. Son estos pequeños recreos y las comidas con Vansittart y con Davidson en que se conversa y proyecta la estrategia de las grandes expediciones, como sus últimas diligencias de viajero. Tiene, en ese final de primavera de 1801, la ilusión de que ya ha vencido todos los obstáculos.

Según la primera promesa de lord Saint Vincent, en junio podrá partir de Portsmouth la nave revolucionaria que pone a su disposición el gobierno. En las Antillas se encontrará con el brigadier H. Vansittart, pariente del ministro, quien ha de servirle de ayudante y movilizará bajo el comando de Miranda otros buques de la flota del Caribe. Levantarán gente. Desde el peñón de Curazao saltarán a la costa de Coro. Para despertar la conciencia de los colonos repartirán en los pueblos la famosa *Carta* de Vizcardo, claro y admirable documento dialéctico de la revolución. Miranda ha calculado las fuerzas españolas que le saldrán al paso en Venezuela: las de Guevara y Vasconcelos, el sanguinario Capitán General; las del coronel Marmión en Puerto Cabello; las de Emparán en Cumaná; las de Herrera en Margarita. Pero, mientras de Coro a Valencia, él marche con un ejército de tierra, la armada antillana, en operación simultánea, atacará el vasto litoral desde el delta del Orinoco hasta La Guaira. Y cuando ya esta guerra costera esté asegurada, por el Orinoco, a través de los inmensos llanos, la expedición libertadora marchará hacia Nueva Granada. El de los llanos —piensa Miranda— es un verdadero camino de victoria y de segura penetración continental. La sola provincia de Barinas —anota en un papel de su archivo— produce más de 5 millones de pesos

al año. Se cultiva allí el mejor tabaco del mundo. Hay abundancia de caballos y ganadería. De acuerdo con el consejo napoleónico, la guerra puede nutrir a la guerra. Y mientras la bandera de "Colombeia" comience a subir los inmensos Andes, cobijando aquellas multitudes ansiosas de derechos, quienes desde fines del siglo XVIII cobran a la corona española la cabeza reivindicadora de José Antonio Galán, de Túpac-Amaru, de José María España, las naves británicas —esas naves que pueden salir de la India o de la ciudad de El Cabo— ceñirán de México a Perú, el vasto litoral del imperio español. Los jóvenes oficiales de la armada inglesa están hambrientos de aventuras lejanas. De Australia a Chile, el Pacífico es un inmenso mar solo. Y diligentemente, desde el mes de mayo, comienzan a llegar a Portsmouth bajo la protección del Almirantazgo fardos de mercancías. "Inflamable", "trátese con cuidado" dicen aquellos bultos.

Pero toda diplomacia británica es, por naturaleza, bifronte. Mientras se trata con Miranda, se negocia, también, secretamente, con Napoleón. Además, si al principio se había acordado con el venezolano, que Inglaterra en esta aventura de las colonias españolas, debería contentarse con ventajas comerciales y asegurar la independencia política de los nuevos estados, ahora —mientras se activan las gestiones— despunta un apetito de dominación imperialista. Se puede dejar a Miranda su "Colombeia", su patria de Tierra Firme, sometida a las finanzas inglesas —piensan los ministros—, pero Gran Bretaña necesitará reservarse el dominio de otras comarcas meridionales como las del Río de la Plata, regiones de clima templado. La posesión de ellas convertiría todo

el Atlántico sur, desde El Cabo hasta Buenos Aires, en un seguro mar inglés. Además, por el Estrecho de Magallanes —e Inglaterra es una nación coleccionista de estrechos, de pasos marítimos y posiciones estratégicas— se tiene una de las llaves del Pacífico. ¡Qué imperio colonial ese que va del mar Rojo al Cabo de Buena Esperanza; de El Cabo al Río de la Plata, de Australia a Chile!

Miranda protesta. Su América española ya no es un país de salvajes, un Africa por repartirse, ni un continente desnudo como el que descubrió el capitán Cook. Insiste en la necesidad de una confederación americana. En una de las conversaciones se habló de Chile como una posible colonia británica, e impregnado de la idealización del pueblo chileno que le ofrecieran los versos de *La Araucana*, se encoleriza ante semejante propósito. Pero, si en materia de independencia, Chile es el "Boston" de aquellas colonias, es la tierra de los virtuosos e indomeñables araucanos. "Es una nación jamás vencida ni a extranjero dominio sometida", dicen los versos de Ercilla. ¿Y como símbolo de la brava libertad indiana, no había él elegido a Lautaro, el joven gran hoplita de los bosques de Arauco; el primer gran indio que montó a caballo, y cruzó siempre raudo, por el despierto vivac de los soldados españoles? ¿No había aconsejado, acaso, dar el nombre de Lautaro, a las sociedades secretas que se fundaran en pro de la independencia? No ha de permitir Francisco de Miranda que el imperio ultramarino español se fragmente para engendrar colonias inglesas. Le ofrecemos a Inglaterra —repite— tratamiento de nación más privilegiada, pero sobre la base inquebrantable de nuestra au-

tonomía política. Tampoco ningún general británico debe comandar las expediciones que se envíen a América. "He respondido —escribe en su diario— que ni por un minuto consentiría yo que una fuerza extranjera ejercitase ninguna autoridad ni tomase el tono de conquistador en el país, y que bajo el estandarte americano solamente serviría yo, o convidaría a mis compatriotas a reunirse."

Mas mientras conversan con Miranda, los políticos ingleses enfocan con sus catalejos el horizonte, a ver qué nuevas combinaciones despuntan en la intrigante Europa. Dentro de los buenos cálculos británicos es siempre preferible pactar a guerrear. Y lo que se estaba preparando, y retardaba —contra el inicial optimismo— las negociaciones del conspirador, era la paz entre Gran Bretaña y Bonaparte que ya anuncian las gacetas europeas por octubre de 1801. Vansittart y lord Saint Vincent son, sin embargo, sus amigos y han alegado con brío la causa mirandina ante el Primer Ministro Addington. No se le desahucia enteramente (toda paz con Napoleón ya saben ellos que es transitoria), y es mejor mantener a Miranda como una de las piezas del secreto juego diplomático. Sir Edward Nepean que tiene los plenos poderes del Almirantazgo para preparar, de acuerdo con el venezolano, la hipotética expedición a América, continúa estudiando cartas geográficas y haciendo cálculos y presupuestos. A Miranda se le asegura a partir de enero de 1802 una pensión de setecientas libras: quinientas como salario y doscientas como representación social. El tesoro británico cubre, además, los estipendios de otros pequeños agentes recomendados por el

conspirador. Pagará, así, los viajes de Pedro José Vargas a Trinidad.

Nicolás Vansittart trata a Miranda casi como a un íntimo; prodiga las invitaciones a comer y las esquelas amables escritas por propia mano, en que le reitera su deferencia y cortesía. Y el venezolano desplegará entre 1802 y 1805 —como ya hemos de verlo—, una inmensa ofensiva de papeles en los varios idiomas que domina, como preludio y sublimación de su obsesionante empresa. Está atento al menor síntoma de política europea que pueda trocar la intriga de cancillería en violento *casus belli;* amontona los testimonios que justifiquen, sin retardo, la participación inglesa; parece hablar no sólo con los demás sino también consigo mismo, en aquellas notas marginales y confidenciales que llenan en típica letra de finos perfiles, el creciente diluvio de sus papeles. Como consolándose de tan larga espera y previniéndose de toda desilusión y desaliento, hace suyo un lema que encontrará en las *Empresas Políticas* de Diego Saavedra Fajardo. "Pocos negocios —escribe el viejo tratadista español y copia Miranda— vence el ímpetu; algunos la fuerza; muchos el sufrimiento y casi todos la razón y el interés. La razón es lo que mejor dispone los negocios; pocos pierde quien sabe usar de ella." Y como si no fuera suficiente este pensamiento, calculador y estoico, a la vez, agrega otra máxima del padre Nieremberg: "Toca a la perseverancia acabar las obras comenzadas, no dejándolas de la mano hasta coronarlas con dichoso remate".

XII

RED DE AGENTES

La que será breve paz con Francia ha sido firmada en Amiens el 25 de marzo de 1802, pero Inglaterra mantiene, es claro, todos sus servicios de información y espionaje. Por el feo edificio del Almirantazgo se pasean oficiales que regresan de un largo periplo oceánico y que han recibido órdenes de "esperar", mientras las naves se calafatean en Portsmouth o en Liverpool. Miranda no disimula su disgusto ante esa política de tregua y apaciguamiento que practicaba Addington. ¡Pero si no se dan cuenta de cómo son de diabólicas las ambiciones de Napoleón! En lo más hondo de su sensibilidad española (porque

este autonomista siente muy hispanamente cuando su cultura y su raza son humilladas y disminuídas en la disputa de los otros pueblos), le duele la sumisión de España ante los caprichos de Bonaparte. La rica provincia de Luisiana ha sido entregada a Napoleón, quien negociará con ella, o habrá de utilizarla como punto de mira y control sobre el Caribe y el Golfo de México. Y de tanto conceder y aguardar, los ingleses —si no actúan— verán cerrados los mares de América. Del conflicto imperialista que ya se proyecta estará ausente la España valetudinaria de Carlos IV, con sus frailes y su camarilla perezosa y rezandera. Inglaterra todavía se hace la ilusión de neutralizar a España y de separarla de la coyunda napoleónica. El plazo que se da a los proyectos mirandinos no tiene, según él, otra explicación como lo escribe a Rufus King en carta del 17 de agosto de 1803. "La debilidad (de los ingleses) ha sido hasta el punto de creer que la "Hesperia" se arma en favor de este país y que romperá sus tratados con Francia para declarar la guerra a esta última en favor de Inglaterra." Entretanto, como insiste mucho y acosa a Vansittart casi cada día, cuando éste sale de la Cámara de los Comunes, y como redacta inagotables Memorándums para lord Melville, el tesoro británico está ayudando con inusitada largueza a los previos trabajos de fisgoneo y preparación de la aventura americana. Hay toda una red de información y espionaje cuyos principales centros son la isla de Trinidad, Boston en los Estados Unidos donde vive el amigo Mr. Gore, y el escritorio de Miranda, en Grafton Street 27, donde se recibe una nutrida correspondencia que se sintetiza e interpreta en notas para los ministros.

Desde 1802 está en Trinidad, Pedro José Vargas. Llegó a la isla cuando ya Manuel Gual, de quien Miranda tanto esperaba, había muerto de una manera que parecía misteriosa. Vargas se queja —como antes Caro— del terrible carácter y la contradictoria violencia del gobernador inglés, Picton. Este, a veces parece ayudar a los patriotas, pero estalla de pronto en imprevisibles cambios. Es un tirano y se permite interpretar, a su guisa, las órdenes del gobierno británico. Amargó los últimos días de Gual, amenazando deportarlo. Reclama Vargas de que su estipendio inglés de diez chelines diarios, es insuficiente por la carestía de la vida en la lejana Antilla. Las guerras de Europa crean allí una situación de alza y escasez. "Tuve que irme a vivir en casa de un negro y gasto en alimento y vivienda 45 duros. Cuando vivía entre los blancos, gastaba, por lo menos, ocho duros cada día." Los isleños protestan de la presencia de conspiradores venezolanos del grupo de Gual, cuyas intrigas en la isla hacen que el Capitán General de Venezuela fiscalice ferozmente el tráfico de las escasas lanchas que traen provisiones de Tierra Firme. Por el tasajo llanero, por el ganado en pie y los frutos menores de la buena tierra venezolana suspiran, entonces, los colonos trinitarios. Y cuando no llega barco, reclaman contra aquellos insurgentes que alteran el virgiliano sosiego colonial. Viven en Trinidad y le escriben a Miranda, J. M. Rico, Domingo Sánchez, y otros criollos de los que acompañaron a Gual. Vargas informa de las peripecias de algunos conspiradores, supervivientes de la conjura de 1797. Juan Bautista Picornell viaja, entonces, por la América del Norte; Manuel Cortés y Campomanes se ha refugiado en

Guadalupe y trabaja al servicio de la administración francesa.

Pero hay que tener cuidado, también, con los conspiradores y los "escuchas" que delega el gobierno español. Un tal Valecillas, quien se hizo amigo y confidente de Manuel Gual, escapó a Caracas a la muerte de éste, y alardeó ante el feroz Capitán General Guevara y Vasconcelos de haber echado veneno en las pócimas para el estómago que consumía el infortunado revolucionario. Tiene Vargas, a su vez, un proyecto estratégico: partiendo de Trinidad, la expedición libertadora podía invadir a Venezuela por la fácil costa de Carenero o bien penetrar por el río Guarapiche hacia los llanos. Coincidiendo con el pensamiento de Miranda, atribuye a la abundancia de carnes y de caballerías que es posible conseguir en la región llanera, fundamental valor estratégico.

Es el comercio una de las máscaras de la conspiración. Relacionados de Davidson, proveedor del Almirantazgo, son los señores W. Brown y Compañía, quienes negocian en Trinidad en víveres coloniales. Envían barcos con contrabando de mercancía inglesa a Tierra Firme y reciben en pago, cacao, añil, tabaco, tasajo, azúcar mascabada, cueros y saladísimos quesos llaneros. Miranda —quien ya tiene su propio proyecto comercial— anota en extensa lista los productos de que están más urgidos sus compatriotas. En primer lugar, harina de trigo (y esto es un negocio para su amigo Gore, que vive en Boston). Las barricas de buena harina de Massachusetts, con que en los conventos caraqueños se fabrican tan adornadas tortas y panes, son pagadas a muy buen precio por los venezolanos. Y, junto con los cargamentos

de "flor", Gore, poniéndose de acuerdo con Rufus King, quien ya está de regreso en Estados Unidos, podría introducir algunos fusiles. Después de la harina, merecen de los venezolanos la más apasionada atención crematística todos los artículos de hierro y acero: machetes y cuchillos que sirven para desbrozar la exuberante maleza o limpiar el campo de malas serpientes; las coletas y telas para sacos; los listados y holandillas con que se visten los esclavos negros; los olanes; las telas de Bretaña; los grandes pañuelos de Bayona sobre los que las acomodadas mujeres del pueblo ajustan sus prendedores de oro y filigrana; las muselinas floreadas que ya empiezan a usar para "entre casa" las pálidas damas criollas; las medias de algodón; las creas para manteles y sábanas y toda clase de vidrios. Llevado de su novel fantasía económica, proyecta Miranda conseguir su expedición a Venezuela, como el disimulado apéndice de un negocio.

Después de la paz de Amiens, el ministro Addington estuvo reticente y le mandó decir que sólo en caso de estallar una nueva guerra Inglaterra abriría fuegos en América.

—Pues que Gran Bretaña me ayude sin aparentarlo —piensa entonces Miranda.

Y como en las colonias inglesas de las Antillas hace falta carne y cabalgaduras, propone al gobierno entregarle cuatro mil bueyes y mil mulas venezolanas a cambio de tres mil fusiles, tres mil sables y el derecho de enganchar seiscientos esclavos antillanos. ¿Quería realizar por intermedio de Brown, el complicado negocio? Estaba Miranda sumamente nervioso en aquellos días; apremiaban, llenas de proyectos, las cartas de los corresponsales de Trinidad y en Memorándum de julio so-

mete a Vansittart la propuesta de renunciar a su pensión con tal que se le adelanten 1,500 libras para salir del país. "Es una cosa inexplicable —dice en el párrafo final— que una nación tan poderosa y tan rica como la Inglaterra; que se halla directa o indirectamente en guerra con España y sus aliados y que debe ser precisamente la principal y primera en recoger los frutos opimos de esta emancipación, no quiera contribuir con un soldado, un fusil, una libra esterlina, ni un barco." Vansittart le responde que los negocios de Irlanda, que absorben al Gabinete en los últimos días, impiden al Primer Ministro tomar una decisión. Y trata de calmarlo con una buena noticia: Picton, el testarudo gobernador de Trinidad, ha sido depuesto y en su reemplazo irá Hislop. (No es éste, tampoco, el gobernador ideal para Miranda, quien —como ya veremos— tenía para el cargo su propio candidato, pero permitirá, al menos, actuar con más tolerancia a los conspiradores.)

Dos oficiales ingleses: el coronel Fullarton y el coronel Rutherford, quienes antes de salir de Londres participaron en las conversaciones de Miranda en el Almirantazgo y están ahora empleados en la guarnición de Trinidad, le sirven de coordinadores en la actividad conspirativa. "Hable Ud. con sus amigos, amigos poderosos, y si ellos quisieran yo puedo emplearlos en mi departamento y serán pagados como agrimensores." De la protección de Rutherford viven, prácticamente, hombres como Sánchez y Cañero y nuestro ya conocido Lambot, quien ayudó a las gestiones de Caro en 1798; hace continuos viajes a las Antillas —a Saint Thomas y Barbados— y

escribe con frecuencia a Miranda sobre los planes y actividad francesa en el Caribe. Esperan, acaso, hacer buenas operaciones mercantiles con la posible revolución en Tierra Firme algunos comerciantes trinitarios; y con cartas de Brown y Compañía y de Rutherford llega a Londres en 1804 el mercader Fitzwilliam quien por intermedio de Miranda se entrevista con lord Melville. Asusta a los agentes británicos la posibilidad de que, bajo la instigación francesa, y a ejemplo de las castas de Santo Domingo que se rebelaron contra sus patronos blancos, surja en todo el archipiélago antillano una guerra de razas que iría en desmedro del poder inglés. Tal tesis coincide con la de la república patricia de Miranda, y la alega como nueva causal para pedir una decisión en los ya largos trámites de 1804.

Pero, tanto como Miranda, quiere acelerar el asunto, la extraña personalidad de sir Horace Popham. Es Popham un aventurero byroniano, antes de que la literatura romántica inglesa comience a entusiasmarse con estos héroes del afán y de la eterna errancia. En vez de permanecer tranquilo en los distantes comandos que le asignara el Almirantazgo, siempre ha proyectado expediciones y aventuras de *imperator* marítimo. Desde 1790 sus Memorándums y proyectos secretos colman los archivos oficiales. Pocos como él, conocen en Inglaterra la geografía colonial y tienen más aguzado olfato imperialista. En las conversaciones de Popham se describen los posibles viajes de la colonia de El Cabo a Buenos Aires y de Nueva Gales del Sur a Chile. Qué producen tan lejanas comarcas; qué fortificaciones tienen sus puertos, lo puede responder sir Horace. Y en la hermosa casa de campo que posee en

Sunny Hill, cerca de Windsor, mientras lady Popham prepara el té, conversa con Miranda sobre las empresas comunes en que pudieran participar. Tanto como la gloria le gusta el dinero a sir Horace, y excita a algunos comerciantes para que colaboren en sus planes. Tiene convencido a sir Edward Nepean, a Vansittart, a lord Melville. En 1803 resume en extenso Memorándum que sometió al último, todas sus ideas sobre la expansión colonial. Comienza con un argumento económico. Inglaterra gasta mucho dinero y energía en los frentes de batalla europeos contra Napoleón, pero descuida la guerra mercantil. Más de 20 millones de libras esterlinas en dinero y productos se exportan de las colonias españolas de América a su metrópoli, y dado el atraso industrial de España, por lo menos dos terceras partes de la cuantiosa renta pasan a las cajas napoleónicas. España apenas cumple la mínima función de agente intermediario de sus propios dominios. Y en el estilo mundial e imperialista que ya asumen los conflictos europeos, no sería arriesgado decir que la nación que fiscalice el mercado de América conseguirá la hegemonía del mundo. Miranda, quien hace años desea libertar la parte norte del continente suramericano, merece toda la protección inglesa. Y la estrategia mundial de sir Horace se divide en varias etapas. La primera es convertir la isla de Trinidad en obligado núcleo de las expediciones de Tierra Firme entre el río Orinoco y la costa de Santa Marta. Dicho plan puede lograrse ofreciendo a Miranda dos mil hombres de infantería, dos regimientos de caballería, dos compañías de artilleros. Tropas de Barbados, recogidas entre el proletariado negro que trabaja en las plantaciones de caña de azúcar,

se llevarían a Trinidad. Y al invadir Tierra Firme por el Orinoco y los llanos, Miranda podrá levantar un ejército continental que penetre hasta Nueva Granada y acaso hasta Quito. Mientras el venezolano actúa en el norte, otras fuerzas se dirigirán por el Atlántico sur hasta el Río de la Plata. El dominio del Pacífico suramericano es posible conseguirlo en una expedición que parta de la India o de Australia y que reúna cuatro mil soldados. Y como punto de concentración para todos los ejércitos que obren en Sur América, se elegiría Panamá. Cuando los barcos de la India y las naves que se hayan apresado a España en el Pacífico, icen en Panamá la bandera inglesa, Miranda ya habrá cumplido su campaña en el norte.

Hay afinidad y divergencia en los proyectos de Popham y en los de Miranda. Cultiva la amistad del ambicioso marino porque el ímpetu de éste contrasta con la lenta visión de los políticos británicos y porque cree Miranda que su dialéctica, distinguiendo entre los legítimos intereses de Inglaterra y los del imperialismo personal de Popham, lograría al cabo, una ecuánime línea de acuerdo. Lord Melville leyó con suma atención el Memorial de Popham y en dos entrevistas con ambos el 13 y el 16 de octubre de 1804, lo discute ampliamente. En la reunión del 13, Popham se revela demasiado ambicioso. Si estaba de acuerdo en que Miranda realizara como jefe supremo la expedición a Tierra Firme y crease allí su república, Popham pretendía que Inglaterra se apoderase del puerto de La Guaira. "Medida repugnante a la independencia del país", dice nuestro conspirador. Y argumenta que si los ingleses irrogaran semejante afrenta a los

criollos, ya éstos construirían para la ciudad de Caracas otro puerto propio. En la entrevista del 16, Miranda, sobre todo, quiere cerciorarse de que la Gran Bretaña se contentará en América hispana con las ventajas del comercio libre, sin propósito de fundar nuevas colonias. Y sorbiendo su rapé, el buen lord le afirma que Inglaterra no desea por el momento otras comarcas lejanas. Lord Melville no es muy optimista respecto a las posibilidades inglesas de acrecentar en las regiones ultramarinas su ya demasiado extenso orbe político. El mantenimiento de las colonias resulta demasiado costoso a la corona. "En la India, por ejemplo —explica a Miranda—, hay grandes dificultades para enviar, de cuando en cuando, 200 europeos que quieran ir a trabajar y servir de modo continuo en los climas cálidos." Los ingleses se están volviendo un poco caseros y prefieren hacer negocios en la metrópoli, antes de arriesgarse al distinto ambiente y azarosa aventura de tales países.

Está tan convencido Miranda de que muy pronto sus tropas recorrerán el cálido litoral del oriente venezolano y se abrirán camino a través de los inmensos llanos, que con su característica previsión se detiene a estudiar los más nimios detalles. Las gacetas inglesas dicen que con frecuencia hay en las Antillas epidemias de vómito negro, pero él ya conoce la más admirable panacea con que la Europa sabia de 1804 vence las calenturas del trópico. Son las píldoras del Dr. Willich, conocido autor de la *Enciclopedia doméstica* y ex médico del embajador de Sajonia en Londres. El Dr. Willich ha estudiado todas las cortezas medicinales y olorosos bálsamos que se producen en la América tropical y moliéndolas,

macerándolas y pulverizándolas, logró tan prodigiosa síntesis. Los folletos en que se anuncian las píldoras de Willich "necesarias a todo marino, a todo viajero que tenga que atravesar los mares cálidos" se incorporan a su archivo junto con los Memorándums políticos. Las píldoras se venden en cajitas "con instrucciones completas y al precio de una guinea. Cada cajita contiene una cantidad suficiente para un año".

Mas si hay algún personaje que arroja "jetta" contra Miranda es Mr. Pitt. Tornó al Ministerio el gran hombre de Estado en mayo de 1804. Aunque escucha ahora con más atención al venezolano que en 1790 o 1798; aunque la intriga está ya tan cocinada que no es posible rehuirla, de pronto Miranda advierte que las cosas caen en un punto muerto, en un plano de inútiles y dilatorias discusiones. No es que él haya perdido, precisamente, la gracia ante la administración británica. Sigue cobrando su pensión; hay, como nunca, tranquilidad económica en la casa de Grafton Street; cortésmente los ministros contestan sus cartas y colecciona —como siempre— tarjetas de visita e invitaciones a comer de personajes notorios. Tiene hasta cierto íntimo motivo de alegría porque Sara Andrews, la joven y abnegada ama de llaves, le ha dado su primer hijo: Leandro. Venciendo todo escrúpulo puritano, el señor y la señora Turnbull vienen a visitar a la madre y traen obsequios para el pequeño. A un hombre de la importancia de Miranda hay que reconocerle los hijos naturales. Por una de esas contradicciones de su temperamento, y como para que la raza y la tradición españolas prevalezcan en sus descendientes sobre cualquiera otra, Miranda

quiere bautizar a Leandro de acuerdo con el rito católico. Sara no discute. En los pocos y demasiado humildes papeles que de ella se conservan, observamos con qué dedicación ella entiende su papel de ama de llaves no sólo para elegir las mejores frutas, carnes y legumbres y tener en orden la casa, sino también, y como trabajo igualmente natural, darle hijos a su patrón.

¿No era bastante recompensa que estuviera al lado suyo aquel hombre glorioso, conversador insuperable, quien desplegaba ante la modesta muchacha escocesa, todo un horizonte de sueños y fantasía? Pero en esos meses de fines de 1804 a agosto de 1805, Miranda está especialmente preocupado. Cuando pregunta a los ministros en qué momento puede partir y recibir los prometidos auxilios militares, se le contesta, diplomáticamente, que los asuntos de Irlanda siguen absorbiendo al Gabinete o que la misma naturaleza de su negocio obliga a pensarlo con todo cálculo. Continúa pensando en los Estados Unidos como obligados empresarios, pero por septiembre de 1804 ha recibido una serie de papeles de Filadelfia y Nueva York que anuncian la trágica muerte de su amigo Alejandro Hamilton. Entre los políticos estadounidenses, ninguno como Hamilton podía comprenderlo. "La muerte de Hamilton me deja profundamente desolado", escribe a Boston a su amigo Gore. Y con devoción fraternal, forma en su archivo un enlutado portafolio para reunir todo lo que los periódicos dicen del brillante y ardoroso político. Fué la de Hamilton, una naturaleza parecida a la suya en el don de entusiasmo y exaltación; en los planes audaces, hasta en la imagen de una república patricia más inspirada en Mirabeau que en Robespierre.

Ante las reticencias del gobierno, Miranda ata cabos. Como siempre serán los chismes, las envidias, las malignas hipótesis sobre su persona, lo que viene a obstaculizar sus planes. Todo un proceso de justiciera indignación y descontento se descarga en la extensa carta a Pitt del 13 de junio de 1805 que no es sólo un definitivo alegato de defensa y un documento político, sino, también, un invalorable testimonio psicológico. Miranda resume el ya largo historial de sus luchas por la independencia. Ha cumplido cincuenta y cinco años y desde esa planicie de la edad madura, a punto de bajar hacia la vejez, contempla los enredos e insidias de los hombres con la más fría serenidad. Menciona —como si se tratara de otro— la infidencia, cargada de calumnias, de un bribonzuelo como Du Peron y los rumores recogidos en 1801 por un funcionario a quien la misma función obligaba a ser comedido, como el Attorney General, Law, según los cuales Miranda no era más que un mercenario que serviría contra su propia patria; contra Francia, Inglaterra o Rusia, según el país o los intereses de quienes le pagaran. Deshace la oscura versión de sus contrabandos en las Antillas, en los años de mocedad, y recuerda la propia justificación que, después de un proceso larguísimo, le diera el gobierno español contra la malevolencia del otrora omnipotente ministro Gálvez. Por último, hasta sus propios paisanos criollos quienes se decían cooperadores en su empresa, no han cesado de dañarle. "Las gestiones desconsideradas de algunos de mis compatriotas hacían vacilar al gobierno, por el momento, sobre la decisión de este negocio." Es tan digna y tiene un tono tan veraz la carta de Miranda, que acaso, por primera vez,

Pitt se conmueve con el venezolano. Y le hace decir por amigos comunes como Vansittart que no crea que aquel tejido de calumnias prevalecen contra su alta fama y crédito. Los amigos insisten en que el helado Pitt estuvo sumamente elogioso.

Acaso en el entusiasmo final de Pitt se disimula un pequeño plan maquiavélico. Popham, que continúa planeando una invasión de Buenos Aires, ha recibido por aquellos días órdenes del Almirantazgo de regresar con sus naves al Atlántico sur, a la ciudad de El Cabo. Y como secretamente el gobierno ve con buenos ojos los designios imperialistas de sir Horace, quizá será mejor cargar sobre Estados Unidos la misión de auspiciar de modo más ostentoso y visible aquella república con que sueña Miranda. El, que siempre ha pedido pasaporte para salir de Inglaterra, camino de su cruzada, tiene ahora la sorpresa de que se lo ofrecen. Es ésta la indirecta contestación que recibe a una especie de ultimátum dirigido a Pitt el 9 de julio de 1805, en que pedía al gobierno pronunciarse sobre cualquiera de los planes que los ministros conocen.

Nepean le trasmite ahora los buenos sentimientos de Pitt. Le dice que el Primer Ministro lamenta no retenerlo, pero le ofrece de inmediato y para sus gastos de viaje, 1,600 libras esterlinas. Los agentes especiales que con legítimos poderes envíe Miranda desde América serán muy bien acogidos y escuchados por el gobierno de Su Majestad. La pensión de 700 libras esperará siempre a Miranda en Inglaterra, cuando desee regresar, y se le autoriza, también, para remitir correspondencia secreta sobre los asuntos americanos.

Decidido ya a marcharse escribe el 1º de agosto de 1805 una disposición testamentaria. Con la prolijidad y fórmulas religiosas de los testamentos coloniales, contrasta la seca llaneza moderna de los codicilos de Miranda. Arreglar asuntos terrenales más que conseguir protección celeste, es la finalidad de este escrito. Por primera vez, después de tan prolongados años de ausencia, vuelve a mencionar los parientes que aún le quedan en Venezuela. "Los bienes y derechos que tenga en la ciudad de Caracas los dejo a beneficio de mis amadas hermanas y sobrinas a quienes afectuosamente deseo toda prosperidad." Lo más valioso que posee son sus colecciones de pinturas, bronces, mosaicos, "*gouaches*" y estampas que se guardan en la ciudad de París en poder de M. Clericaux d'Auteville y de su yerno M. Le Grand; la biblioteca de sesenta mil volúmenes con el magnífico conjunto de clásicos griegos y latinos y los legajos de cartas, diarios y negociaciones encerrados en 30 cajas que deben remitirse, también, a Venezuela "en caso de que el país se haga libre para que colocados en los archivos de la ciudad, testifiquen a mi patria el amor sincero de un fiel ciudadano y los esfuerzos constantes que tengo practicados por el bien público de mis amados compatriotas". Entre los tesoros que están en el aire y hay que rescatar —si ello es posible— cuentan los 10 mil luises que Francia le debe por sueldos y gratificaciones, en tres campañas, hasta el año de 1801. A Sara, la fiel ama de llaves, que ahora espera un segundo hijo de su patrón, le lega todo lo que hay en la casa de Grafton Street; algún dinerillo y la providente recomendación a Mr. John Turnbull. Pide a Turnbull y a Vansittart que acepten

ser sus albaceas. Durante el viaje a América le servirá de secretario Tomás Molini, quien desde hace meses, aclara con mejor letra el imponente laberinto de los papeles mirandinos.

De los años de gabinete, viajes y conspiraciones marcha don Francisco (seis pies de alto, cabellos completamente plateados, imperiosa prestancia que a todos se impone), a enfrentarse con su gente de Tierra Firme.

XIII

OTOÑO, 1805

Fué el otoño de 1805 uno de los más tempestuosos que se recuerdan en el Atlántico norte. Ya al salir de Gravesend el domingo 2 de septiembre, el velero *Polly* (su capitán William Coit), es azotado por un frío sudoeste que a la altura de la latitud 46, se torna en frenético boreal. Cruje la mesana; parece desgajarse la arboladura y barren el puente olas gigantescas. "Travesía de perros, la más desagradable que he experimentado en toda mi vida", dice Miranda tumbado en estrecha litera; y el minucioso Molini que todo lo escribe en cuidada caligrafía incorpora la frase en su particular diario de a

bordo, junto con la descripción de la atmósfera, la altura de las olas o el rumbo del viento. Cuando en medio de la furia del mar viene un día de tregua, Miranda conversa con los rudos marineros parecidos en su lenguaje y fiereza pintoresca a los que Robert Burns había descrito unos años antes, en enérgicas baladas. Conocían las Antillas estos marinos; pasearon sus borracheras por las más exóticas tabernas y acaso no habían sido ajenos (porque todo ello entraba dentro de la educación marítima del tiempo), a las aventuras de corso y al tráfico negrero. A causa de los vientos contrarios y la prolongada tormenta, el *Polly* sólo avistó la Isla de los Gobernadores el 9 de noviembre. Y ya aparecen junto al Hudson las pintadas casas de madera y ladrillo del Nueva York de 1805. Un Nueva York un poco neoclásico —dentro de su siempre vivo bullicio comercial— porque casualmente, Thomas Jefferson, entonces Presidente de los Estados Unidos, difundió entre sus compatriotas el gusto por los edificios griegos, por los frontones triangulares, por las severas columnas dóricas, que cuando no había piedra se simulaban —como en Virginia— en madera pintada. Rufus King, William S. Smith y Christopher Gore tienen ya noticia de la visita de Miranda y cuidan de que se le reciba como a un viejo y gallardo oficial que participó en la independencia de los Estados Unidos.

Cuando con sus maletas y el indispensable Molini, se instala en un hotel de lo que hoy se llama la "ciudad baja", ya empieza a recibir tarjetas de saludo y homenajes de los notorios vecinos. El 18 de noviembre la "Corporation of the City" conmemorará en suntuosa comida el aniversario

de la evacuación de la ciudad por los ingleses y se aguarda que Miranda asista como huésped de honor. Su gran amigo William S. Smith le advierte que dicho acto puede aprovecharse para que importantes círculos militares se apasionen por la empresa que don Francisco está proyectando. El 25 el general Morton, en nombre de los oficiales de la brigada de artillería, también quiere agasajarle en el "City Hotel". Y en la pausa que le dan las fiestas sociales y los primeros contactos para su negocio, Miranda se dedica a observar el país; recorre la nueva calle de Broadway y visita tiendas y cafés. En 20 años el puerto de Nueva York ha experimentado grandes cambios. Las mujeres ahora visten con más elegancia que en 1785, los negocios están más abastecidos de mercancía europea y hasta se fabrican en el Estado objetos de metalurgia que antes venían de Inglaterra. Le llama la atención un *steamboat, El Carro de Neptuno,* que hace la travesía entre Nueva York y Albany y luce ya una gallarda chimenea de vapor. Trae letras de cambio y carta de crédito contra Daniel Ludlow y entra, por su intermedio, en la relación de algunos negociantes del puerto. Le interesa conocer a los dueños de barcos y tratantes de armas, y Smith le conduce donde Samuel G. Ogden, hábil judío cuyas naves viajan a las Antillas. Audaz, imaginativo y codicioso, quizá Ogden pudiera entusiasmarse con la expedición revolucionaria a Tierra Firme. Halagando a su huésped, Ogden intercala algunas palabras españolas en su conversación y tiene la melosería de los comerciantes que quieren ganar bastante dinero. Posee, precisamente, el barco que pudiera convenir mejor a don Francisco. Arboladura alta y recta, más

de 160 toneladas españolas de desplazamiento; puede armarse de 16 cañones y acepta más de 200 hombres de tripulación. En cuanto a la compra de armas, John McLane, Richard Belden, Stevens y John Jacob Astor (quien ya por aquellos días fundaba en Nueva York, y en tan lícitos negocios, su dinastía mercantil) suministrarían todo lo necesario. Por temor a los jueces y a un posible escándalo, Ogden no tratará en firme con Miranda hasta que éste —como son sus esperanzas— consiga un tácito permiso del gobierno de los Estados Unidos.

Filadelfia es la primera gran escala en el viaje del venezolano hacia Washington. Como de costumbre —y aunque esté apremiado por su ardiente misión—, el hombre quiere darse tiempo para contemplar los progresos de las sociedades y la aplicación de los conocimientos humanos y las virtudes políticas. Y esta ciudad, la más clásica de los Estados Unidos —de un clasicismo un tanto opacado por el rigor protestante—; como cuna de la democracia yanqui, le hacía pensar al futuro hombre de Estado en aquellos legisladores imbuídos a la vez de la Biblia, de Rousseau y de las utopías sociales inglesas que en 1776 firmaron el acta inicial de la República. Algo de lo que eran y anhelaban ser los jóvenes Estados Unidos, se definía en las instituciones de Filadelfia. En la "Sociedad de Pensylvania para estímulo de las manufacturas y artes útiles", que premiaba en sonados concursos anuales el buen trabajo de los artesanos, y en la "Sociedad Filosófica de Filadelfia", que, contra el pensamiento predominantemente abstracto de los europeos, aspiraba más que a las bellas teorías, al mejoramiento práctico de las condiciones sociales. Como

símbolo de una época que pretendía mayor dominio sobre la naturaleza y el desarrollo de una civilización maquinista, adoptó dicha Sociedad este lema profano y arrogante: "Permítasenos iluminar la naturaleza de las cosas". "Paz doméstica y externa; abundancia y libertad, tranquilo disfrute de nuestro propio ser", era la misión que se atribuía a la joven democracia en un entonces muy difundido libro del caballero de Chastelleux, emigrado francés que adoptó a América como segunda patria y regalaba a sus nuevos compatricios la fórmula para alcanzar una plena "Felicidad Pública". Insistían ya los norteamericanos en sus diferencias con la cansada y ceremoniosa Europa; querían —si ello era posible— un experimento humano libre de los prejuicios de las viejas civilizaciones. También en Filadelfia, por aquellos años, un pedagogo como Benjamín Rush lanzaba el audaz programa educativo para ese mundo norteamericano, igualitario y libre. Según Rush, mientras la cultura europea sigue contemplando aún, melancólicamente, como una Niobe desolada, las ruinas de Palmira y las antigüedades de Herculano, la juventud de América debe perfeccionarse en aquellas ramas del conocimiento que aumenten las oportunidades y conveniencias de la vida humana, disminuyan la miseria, acrecienten la población, exalten el entendimiento entre las razas y pueblos y establezcan la felicidad pública y privada. ¡Felicidad!, es una palabra que escrita por Jefferson en la Declaración de Filadelfia, se repite como insistente *leit-motiv* en todos los documentos norteamericanos de la época.

El otoño se prolonga, a veces, avanzando hacia

el sur, por las ricas tierras de Maryland y de Virginia tan abundantes de aguas y floresta. Algunos árboles lucen todavía aquella suntuosa coloración que se degrada del bermellón al violeta y que torna la caída de las hojas y la tarde otoñal del paisaje yanqui, en inolvidable fiesta policroma. El otoño no es aquí triste como en Europa, sino pinta sobre el horizonte la multiplicación de sus celajes esperanzados. Y porque el hombre norteamericano toma la vida a grandes saltos, sin demasiado tiempo para la tregua y el reposo, se pasa del otoño a un invierno brusco y viril que ofrece simultáneamente la bofetada del viento —del joven viento cantor que viene de las praderas y de los grandes lagos del norte— y los pedruscos del granizo. Por un ondulado camino de arboledas que se desnudan del último follaje, avanza el coche de Francisco de Miranda hacia la ciudad de Washington.

No es difícil ver a Thomas Jefferson, Presidente de los Estados Unidos, quien contra el aristocratismo del viejo partido federalista, impone no sólo a su filosofía política sino a su estilo de vida privada, la más sobria simplicidad. Debajo de sus libros europeos, de su gusto por las artes y las curiosidades de la naturaleza continúa fiel a su origen el hijo del antiguo granjero. Muchas veces llega montado sobre un viejo jamelgo y desprovisto de escolta a las puertas mismas de la casa presidencial. Ante las perspectivas del nuevo país hay grupos que anhelan lanzarse a los más vertiginosos negocios y pretenden que la república sirva a los intereses de una economía agresiva. Pero Jefferson, rusoniano práctico que equilibra las quimeras poéticas de Rousseau con el sensato pensamiento de los políticos ingle-

ses, desea, en cambio, liberar su Estado democrático de la codicia de los capitalistas y exaltar contra los turbulentos mercaderes, la virtuosa y simple vida de los labriegos. La mística norteamericana del *common man* nace con él. Compañero de Washington y hombre de la primera generación republicana, se esmera en conservar aquel estilo entre patriarcal y populista que se asocia a la originaria filosofía de los "padres" de Filadelfia. Veracidad y modestia son, por ello, las dos grandes virtudes democráticas. Como ejemplo de veracidad se cita la fábula de Washington niño cuando podó el hermoso cerezo; como símbolo de la modestia que debe poseer un Presidente de los Estados Unidos, se recuerda la bonita historia del mantel italiano. Regalaron a Jorge Washington para la mesa de Mount Vernon un maravilloso mantel, bordado todo en el más fino y espumoso punto de Venecia.

—Es demasiado elegante y costoso para mi hogar y mi republicano estilo de vida —dijo el Presidente. Y prefirió seguir usando los tejidos más simples y bastos, con algún versículo de la Biblia o alabanzas al Señor, que en los días de lluvia trabajan junto al fuego hogareño, las viejas señoras de Virginia o de Maryland.

América y las grandes experiencias del mundo y de los viajes serán los temas favoritos de las conversaciones de Miranda y Jefferson en la primera entrevista y en la comida familiar a que el Presidente le invitó el 13 de diciembre. El diario de Miranda casi hace una transcripción taquigráfica del diálogo:

—Sur América, Sur América —dijo Jefferson—. El Barón de Humboldt me habló mucho

de la riqueza de esas tierras. Hay allá para utilidad de todos los hombres, una gran tarea por cumplir: el canal interoceánico que debe ser empresa realizada por nosotros y no por los europeos. Me duele haber nacido demasiado pronto para ver la gloria y esplendor de América que avanza a grandes pasos hacia su independencia universal.

Pasando después del tono profético al tono hogareño, se le revela como un viejo sumamente curioso, no carente de simpáticas manías como la de coleccionar animales raros y mostrar a sus huéspedes —dice Miranda— "una culebrilla de dos cabezas y otras bagatelas que anuncian pequeñez y un espíritu más bien adaptado a la literatura que al gobierno de un gran Estado". En tal opinión es injusto Miranda, que ahora devorado por el negocio que le trae a Washington, olvida sus propias excentricidades de coleccionista. ¿Y es que hay alguna diferencia intrínseca en guardar "culebrillas de dos cabezas", que programas de funciones de circo y cabellos de las mujeres que le amaron una noche, como nuestro inquieto venezolano?

Lo que no sería diplomático tratar con Jefferson puede plantearse al Ministro de Estado, Madison. La sustancia del diálogo con éste, se reduce a las más simples proposiciones: 1º La independencia de los países que en América continúan esclavizados debe ser un esfuerzo puramente americano, libre de toda influencia europea. 2º El gobierno no sabría cómo dar apoyo a Miranda en el momento actual, sin agravio a la buena fe y amistad que aún subsiste con las naciones (como España) con quienes estamos en paz. 3º Los par-

ticulares, por sí, pueden hacer lo que las leyes no prohiben de modo explícito.

La tercera proposición abre a Miranda una oportunidad que no desaprovechará. Se dice —y es el mayor obstáculo para una aventura como la que estudia— que el gobierno piensa dictar un decreto prohibiendo a los particulares exportar armas a naciones neutrales. ¿Estará pronto en vigencia esa ordenanza? —pregunta nuestro conspirador. Y con significativa sonrisa, el Ministro de Estado responde que acaso el decreto sólo quedará en proyecto o no recibirá sanción todavía. Deduce Miranda que Mr. Madison mira con buenos ojos o se hace la vista gorda, ante la tentativa de emancipar la América del Sur.

Congresales y políticos; señoras cultivadas que quieren compartir una taza de te con viajero tan notorio; visitas a Mount Vernon donde le agasajan los deudos de George Washington; un recorrido hasta Alesandria en el Estado de Virginia y paseos por la ciudad capital que el arquitecto L'Enfant había trazado con geometría versallesca, absorben su tiempo hasta comienzos de enero. También le siguen los pasos algunos agentes y escuchas del marqués de Casa Irujo, conflictivo ministro de España, quien por la misma circunstancia de averiguar demasiado, se está haciendo persona imposible al gobierno norteamericano. Paralela a la conspiración de Miranda marcha el contraespionaje de Casa Irujo. Con personalidades poco escrupulosas como Jonathan Dayton, ex senador por Nueva York y como Aaron Burr, Miranda cometió el error de conversar sin medida. Todo se escribe en las notas y memorándums de Casa Irujo. Ya comienzan las grandes nevadas y es preciso regresar a Nueva York. William Ste-

phens Smith, el más amigo entre los amigos, le ha escrito la más estimulante y abnegada carta. Como en otro tiempo su dinero, este ángel guardián de toda la vida está dispuesto hasta a jugarse su nada desdeñable posición administrativa y política, por ayudar a los planes mirandinos. Dice que piensa reunir hasta cincuenta mil dólares. Y en otro párrafo, ya romántico, agrega que "le satisface contribuir a liberar aquellos países del yugo de la opresión, suministrar un asilo contra los perseguidos y fundar naciones emancipadas del azote de los tiranos y de las intrigas y vicios de las corrompidas cortes". Sella con un rasgo heroico aquella carta ya bastante encendida. Lo mejor que puede ofrecerle a Miranda es su propio hijo, William Steuben Smith a quien él ha "formado en el culto de la Libertad". Sería un honor que el general Miranda lo aceptase como ayuda de campo.

Desde el Capitolio de Washington, en esa alba esperanzada de la democracia del Nuevo Mundo, los días no carecen de lirismo y exaltación histórica. Con aquellos misteriosos versos de Virgilio puestos en boca de la Sibila de Cumas para augurar que vendrá una edad de concordia y paz entre los hombres; que nos acercamos a los siempre áureos y anunciados días de Saturno, se despide Miranda en una carta al Presidente Jefferson. Y gusta de repetir los versos como para hacer suya y como para atribuir a la virginal América, toda la sugestión de la profecía.

> Ultima Cumai venit jam carmini aetas;
> magnus ab integro seculorum nascitur ordo;
> jam redit et virgo, redevit Saturni regno.

XIV

OGDEN COBRA EL DOSCIENTOS POR CIENTO

No puede negarse que William S. Smith es un poco ingenuo. Miembro de una familia que se distinguió en la Guerra de Independencia, la vida no ha sido difícil para el entusiasta coronel quien de su situación diplomática en Europa, pasó en la edad madura, a la Inspección del puerto de Nueva York. Tiene una fe romántica por las ideas: cree que son los grandes principios los que transforman a los hombres, y pocas veces necesitó defenderse de la maledicencia y la intriga humana. En el fondo (y como ya lo hemos visto por sus cartas) le gustaría servir a una de esas causas y

empresas que cambian la historia universal, pero como no se siente capaz de ello, auspicia en otros el estímulo mesiánico. Casi ha visto formarse, a través de una amistad de más de treinta años, a Francisco de Miranda, y a la zaga de él quisiera —y se lo merece— un sitio en la gloria. Ahora —más que en los días de Europa— llega el momento de ayudarle; de darle la prueba definitiva de su devoción y amistad. Y el hombre honorable, estimado en la sociedad burguesa, que se llama William Smith, expone su situación y su nombre en una empresa descabellada. Lo citarán a los tribunales; pondrá en peligro el crédito puritano de una familia tan sensata, tan provista de admirable *common sense*, como la de su ilustre suegro John Adams. Llevado por la mística de los fines, no sabrá ver la forzosa vileza de los medios. Se puede hablar de la "Libertad" con mayúscula, pero ¿no era un poco peregrino estimular en los Estados Unidos legítimo entusiasmo por la emancipación política de las colonias hispanoamericanas, de que los yanquis de 1805 sabían tan poco? En realidad, semejante empresa hubiera servido a un hombre de visión larga y ambición inmensa como Alejandro Hamilton quien fué quizá el único norteamericano de su generación realmente tentado por aventuras exteriores, por lo que puede llamarse un "republicanismo imperialista", pero muerto Hamilton la tentativa resultaba un poco extraña a los viejos políticos, quienes, siguiendo la lección de Washington, deberían resguardar su nación de toda codicia, de todo conflicto foráneo. Lo grave del problema es que, mientras una aventura en Hispanoamérica entusiasmaría con fines demasiado materiales y espurios a politiqueros inescrupulosos, a corsarios

metidos en la política como Aaron Burr, o a comerciantes como Ogden, sería un poco indiferente a los hombres más serios, quienes pensaban que lo primero era fortalecer la integración nacional; aquella "calma" y "dicha" doméstica de que hablaran con tanto énfasis los "padres" de Filadelfia. El idealismo democrático del gobierno jeffersoniano no llegaría más allá de un "dejar hacer", de la indiferencia calculada que prometió Madison a Miranda.

En semejante circunstancia, la aventura sólo podía organizarse con los medios del vil interés y de lo oculto y lo dudoso. El comerciante Samuel G. Ogden es implacable: ha descontado hasta siete mil libras, en letras de cambio que extendió Miranda contra Turnbull y Vansittart en Inglaterra, y contra la casa W. Brown y Compañía de la Isla de Trinidad. Entregará Ogden su hermoso barco, que ahora se llama el *Leandro* —como el hijo mayor de Miranda—; entregará dinero para el pago de la tripulación; pero exige que por una suma de $ 72,473.89 en que avalúa los gastos, se le reconozca un interés usurario, hasta completar la imponente cifra de $ 217,041.40. Ha asegurado, además, en una compañía de Baltimore el *Leandro* contra todos los riesgos oceánicos, y está dispuesto ya a tentar la aventura. Como moscas hacia la miel se acercan al negocio varios personajes cuyo ímpetu vital no se concilia, seguramente, con la firmeza ética. Desde Londres, Miranda es amigo del coronel William Armstrong cuyo apellido parece coincidir con su carácter; es "brazo fuerte", personaje de conflictiva energía cuya rivalidad con el otro jefe marítimo de la expedición, el no menos violento capitán James Lewis, provocará uno de los más

serios problemas disciplinarios que se ofrezcan durante el viaje. Lewis y Armstrong no caben en el mismo sitio porque ambos aspiran a mandar, de modo excluyente. Lo que puede llamarse el Estado Mayor de la empresa, se organiza en los primeros días de enero de 1806 con el elenco más heteróclito. Súbditos de diversas nacionalidades se disputan el honor de ir a libertar a Venezuela. Hay norteamericanos como el coronel Kirkland, el comandante Powell, los capitanes Huddle, Billops, Durning; franceses como el conde De Rouvray y los capitanes Frecier, Belhay y Loppenot; austríacos como Trelawney; polacos como el capitán Bergood. En cuanto a la tripulación, los agentes de Lewis y de William Smith se encargaron de reclutarla en los muelles de Nueva York o en las tabernas de Brooklyn, entre gentes sin trabajo, de las más variadas profesiones, quienes pensaron al recibir su contrato que acaso se trataba de ir a Nueva Orleáns a adquirir algodón y a hacer operaciones de provechoso comercio. Cierto Mr. John Fink, carnicero, que suministra a las fragatas lonjas del mejor tocino de Virginia, sirve como enganchador y en su grupo hay un granjero de Vermont como Peter Rose quien declara que "nunca ha servido en el mar" y adolescentes como John Edsall y Moses Smith a quienes parece acaso más divertido embarcarse en un velero, que cortar trozos de lomo en la carnicería.

Bajo el comando náutico de Thom Lewis zarpa el *Leandro* de Staten Island el domingo 2 de febrero, en ruta hacia Jacquemel, Haití. Esperaba Miranda, de acuerdo con los informes de los hermanos Lewis, que la cruda guerra civil en dicha isla entre los dos dictadores negros —Dessalines

y Pethion— que dominan los puntos extremos del territorio, haría fácil la contrata de unos dos mil nativos, ansiosos de huir de la violencia anárquica reinante. La *egalité* revolucionaria trasladada a Haití y traducida a un francés colonial, no sólo levantó a los peones y los siervos contra los propietarios y destruyó las haciendas de azúcar, sino también puso a vagar por la isla un proletariado hambriento que, calándose el gorro frigio y peleando alternativamente bajo las órdenes de Dessalines y de Pethion, se mataban con encendido entusiasmo. Los cambios políticos de la metrópoli francesa repercutían allí con el ardor y desorden que reclamaba la diferencia de clima. Mientras Pethion permanecía fiel a las formas republicanas del Estado, Dessalines —a ejemplo de Napoleón— quería crear en la isla un pequeño y coloreado imperio. Los antiguos libertos que destacó la guerra, pretendían títulos y uniformes, como si quisieran vengar a todas las generaciones encadenadas que llegaron en los buques negreros. Se perfila ya en el paisaje haitiano, tan cargado de magia, la futura monarquía del rey Cristophe con sus pintorescos ducados de la "Limonada" y la "Mermelada". Días antes que el *Leandro*, salió para Haití, James Lewis —hermano de Thom— conduciendo el barco *Emperor*, con el encargo de adelantar negociaciones con los nativos. En la ruta hacia Jacquemel, cumplida en 17 días, no experimentó la expedición otro obstáculo que el encuentro de una fragata inglesa, la *Cleopatra*, que después de detenerla y de examinar los papeles, le extendió salvoconducto para refugiarse —en caso de emergencia— en cualquiera de las Antillas británicas.

Con don Quijote junto a los galeotes o con

Colón junto a los hombres medrosos de su primer viaje puede compararse a Miranda en esta expedición del *Leandro*. Los testigos y futuros cronistas de la aventura como James Biggs, John Edsall y Moses Smith nos retratan un Miranda de gran uniforme y de porte un poco altanero, paseándose nerviosamente por el puente del barco, con una mano napoleónicamente cruzada sobre el pecho y que erige entre él y su gente cierto aire de imperiosa y disciplinada distancia. Todos admiran la alta estatura, la hermosa frente que termina en poblada cimera de cabellos blancos, y la mirada preocupada como dialogando consigo mismo. De pronto ciertas elegancias londinenses —un poco extrañas a aquella tripulación ingenua, pícara o tosca— provocan rechazo o asordinada burla. John Edsall cuenta que les llamaba la atención una bata roja, de mañana, con que el general iba cada día a tomar su humilde baño de barril, con la misma prestancia que emplearía en una suntuosa mansión de Piccadilly. Algo del drama político que Miranda sufrirá cuando sea jefe supremo de Venezuela en 1812, ya se prefigura entonces. A aquel verdadero cardumen de hombres recogidos en los muelles de Nueva York o entre la clientela del carnicero John Fink, quiere imponerles la disciplina de un ejército europeo. No acaba de darse cuenta de que son aventureros, gentes para quienes la independencia venezolana es acaso menos importante que el áspero ron que venden en las tabernas de Jacquemel o el caliente amor de las mulatas en las primitivas chozas de los bohíos costeros. Completamente quijotesco es el juramento, con que después de izar la primera bandera de la todavía hipotética Colombia, obliga a repetir a su tripulación. Granjeros de Nueva

Inglaterra, adolescentes cuya aspiración a ser empleados de tienda se trocó por el enganche en el *Leandro*, repiten como una fórmula litúrgica esta verdadera plegaria compuesta por Miranda: "Juro ser fiel al libre pueblo de Sur América, independiente de España, y servirle honesta y lealmente contra sus enemigos y opositores y observar y obedecer las órdenes del supremo gobierno de este país legalmente constituído y a las órdenes del general y oficiales superiores a mí". Y el juramento de tales gentes por Sur América y Colombia, se parece al que Alonso Quijano pretendía de los galeotes, en homenaje a Dulcinea.

Haití resulta, además, un centro de intrigas, entre los dos capitanes de la empresa: Thom Lewis y William Armstrong. Faltando a lo prometido, James Lewis se niega a ceder el barco *Emperor* para el viaje a Venezuela y es preciso fletar, a última hora, dos pequeñas goletas, la *Bee* y el *Bacchus* para desalojar un poco la muy colmada tripulación del *Leandro*. Ante los síntomas de insubordinación, y presintiendo ya el peligro de una aventura dudosa, muchos tripulantes quieren escaparse, camino de Puerto Príncipe, a través de las montañas costeras. Miranda hace detener a algunos insubordinados y los somete a castigo de acuerdo con el más estricto código militar. Ello —según el testimonio de John Edsall— se aprovecha para fomentar una rencorosa y soterrada demagogia contra el jefe venezolano. Viendo a más de un compañero encadenado en la oscura prisión de a bordo, preguntan los descontentos: "¿Y este hombre que así nos castiga, es el que se promete libertar pueblos?" El prejuicio puritano contra España se vierte en acres murmuraciones: España y los españoles son irredimibles.

Aun los que se dicen libertarios, practican los métodos de la inquisición. Mientras Miranda trata de arreglar las disputas entre Armstrong y Lewis, mientras las casi desmanteladas goletas el *Bacchus* y la *Bee* se equipan para el viaje, transcurren peligrosamente los días. Más de cinco semanas han permanecido en Jacquemel. Y entretanto el gobierno español —ya prevenido— está organizando su alerta y defensa.

En barcos más rápidos y directos, Casa Irujo informó de todo al Capitán General de Venezuela, Guevara y Vasconcelos. Ha protestado, además, al gobierno de los Estados Unidos por la expedición pirata y promovido un juicio ante la Corte de Nueva York contra Samuel G. Ogden y William S. Smith como armadores y contratistas de la empresa. A la querella de Casa Irujo, quien habla de "acto beligerante" contra una nación amiga, se agregan los propios intereses políticos de los círculos norteamericanos opositores a Jefferson y Madison. Hay constancia de que el conspirador venezolano trató con el Presidente y el Secretario de Estado, y sería útil arma de ataque comprometerlos y desacreditarlos en el complicado asunto. El *General Advertiser* de Filadelfia es el vocero de la campaña antijeffersoniana, antimirandina. "Hay mucha mala fe en este negocio —razona en una nota editorial—. El Presidente Jefferson puede ser amigo de la libertad, pero no de la mala fe." Cultiva como útil revulsivo patriótico el *General Advertiser* la más enconada anglofobia, y hablar mal de Inglaterra y presentar a Miranda como agente inglés es una manera de desacreditar la causa y hacer el juego del ministro español Casa Irujo. "La nación británica —dice en otro artículo el periódico de Filadelfia— desde que

existe no ha libertado ningún pueblo. ¿Puede creerse que ellos liberarán al pueblo de Caracas? Lo que pretenden los ingleses es establecer allá un monopolio comercial." Y para calmar el clamor público y esclarecer toda mancha que quiera arrojarse contra el gobierno de los Estados Unidos, se constituye en Nueva York, nombrado por la Corte, un jurado que estudie la ya llamada expedición corsaria del *Leandro*. El largo proceso que durará hasta 1807, está recogido en un volumen impreso en Nueva York por I. Riley and Company, con la versión que da del juicio el estenógrafo público Thomas Lloyd.

Entretanto actúan —y muy cerca de Miranda— los más misteriosos espías. Prevenido por Casa Irujo, el Capitán General de Venezuela envía a Haití a cierto pintoresco aventurero italiano, Joseph Covachich, antiguo tratante en víveres coloniales y buen conocedor de los puertos e islas del Caribe, con el objeto de reunir todos los datos necesarios sobre la expedición. Con copioso diario de noticias recogidas en el propio Jacquemel retorna Covachich a Caracas el 13 de abril, dos semanas antes de que los barcos de Miranda toquen aguas venezolanas. De La Guaira a Cumaná, del castillo de San Antonio al de San Carlos y al de San Felipe, los jefes de las fortalezas de la Capitanía General han sido alertados por pliegos secretos. El *Leandro* parte por fin de la costa haitiana el 28 de marzo. La primera escala debería ser la isla de Bonaire, frente al golfo de Venezuela, pero la torpeza del piloto desvió el barco, que sólo once días después llega al puerto de Aruba. En la yerma costa de este peñón antillano, mientras renuevan la provisión de agua, quiere Miranda imponer definitiva tregua a las

rivalidades de los subalternos, y escribe cartas a los comandantes ingleses del Caribe pidiéndoles mayor auxilio a sus planes. La noche del 25 de abril el *Leandro* navega, seguido a corta distancia por el *Bacchus* y la *Bee*, entre Aruba y la costa de Tierra firme.

Según los planes de Miranda, su desembarco e invasión debía realizarse por el puerto de Ocumare, poco defendido por los españoles, pero que le abriría camino a los próvidos valles de Aragua. Mas el día 6 se le enfrentan en aguas territoriales venezolanas, los guardacostas de la Capitanía General: el *Argos* y el *Celoso*. Estos buscan fortalecerse junto a Puerto Cabello para disponer del complementario auxilio de la artillería e infantería de costa. Al fuego que mandan los barcos españoles corresponde Miranda, desde el puente del *Leandro*, ordenando el cañoneo. Pero en el preludio de batalla naval y en el desesperado intento de hacer un sorpresivo desembarco en el litoral de Puerto Cabello, aprovechando las sombras de la noche, se alejan demasiado de la nave capitana las pequeñas goletas *Bacchus* y *Bee*. Sobre ellas cae ahora todo el fuego enemigo; y son apresadas sin que el *Leandro* pueda ya protegerlas. La tripulación de las goletas es conducida a tierra por los españoles, mientras que Lewis, a quien, como capitán, le corresponde toda la maniobra náutica, emprende la fuga, mar afuera. Como lo declaró Samuel Ogden en Nueva York pocos meses después, no podía culparse a Miranda de haber abandonado las otras naves, ya que era Lewis quien ordenaba toda la faena marítima. Hay contra el de Ogden el rencoroso testimonio de John Edsall quien en su panfleto sobre Miran-

da le hace responsable de la deserción, y de haber dejado el *Bacchus* y la *Bee* como fácil carnada de las autoridades españolas. Una opinión acaso más justa es que en aquel episodio frente a las costas venezolanas llegó a su clímax el áspero conflicto entre Miranda y el capitán Lewis: este último, aventurero mercenario, que había participado en la expedición buscando ganancia y botín, ya no aspira sino a librar el pellejo. Entretanto, mientras se borra el último perfil de la costa firme, Miranda acaricia un nuevo sueño: recorrerá las Antillas; convencerá a Hislop, gobernador de Trinidad, para que le dé auxilios y contingente humano a fin de reiniciar la ofensiva; tentará a Cochrane, el futuro almirante de la independencia peruana y chilena, con una empresa del tamaño de su ambición y alma aventurera; ha de volver a Venezuela a tiempo de rescatar los prisioneros del *Bacchus* y la *Bee* que estarán penando en la mazmorra de Puerto Cabello.

Pero en estos tiempos tan peligrosos, un fiel y feroz servidor del rey como Manuel Guevara y Vasconcelos, necesita hacer escarmiento ejemplar. La cabeza del "traidor" Miranda se ha puesto a precio en la Plaza Mayor de Caracas. Al ilustre Ayuntamiento de la ciudad acudirán los nobles criollos con su buen tributo de onzas para contribuir al castigo del "monstruo abominable". Y un espectáculo aún más medioeval prepara el gobierno de la Capitanía: el de los postes de horca, erguidos en Puerto Cabello para colgar en ellos a diez de los más notorios prisioneros: los norteamericanos Billops, Powell, Farghnarson; los ingleses Hall, Ferris, Gardner, Johnson, O'Danoluce; el portugués George; el polaco Bergood. La áspera xenofobia gubernamental española, carga-

da de intolerancia religiosa, se cebaba en aquellos extranjeros quienes a más de corsarios eran herejes. Mientras los soldados forman fila, con su bayoneta calada en el patio de la fortaleza de San Felipe y se levantan junto al mar los postes del suplicio, los frailes entonan los salmos penitenciales. De los otros presos que no merecen tan solemne sentencia —pobres chicos imberbes de los que contrató en las tabernas de Brooklyn el carnicero Fink— hacen los carceleros españoles una redada que se repartirá en las más concurridas mazmorras del imperio colonial: en Bocachica de Cartagena; en Puerto Rico; en Omoa, Honduras. Contra Miranda —mientras pueden apresarlo— cunde ya en todas las colonias la más agresiva propaganda: es el católico que se hizo luterano; el vasallo que fué infiel a su monarca; el que quiere entregarnos a los ingleses; el personaje elegido por el demonio para traer a estos inocentes pueblos la más infernal corrupción. Y el nombre de Miranda —como ya lo veremos dentro de poco— suscita espanto en aquellas multitudes de los pueblos venezolanos que junto a la pila o el alto samán de la plaza, se reunieron el domingo a comentar el sermón del cura o el bando público que leyera el pregonero del rey.

XV

CORO

El hombre no se siente derrotado, y entre mayo y julio el *Leandro* y su principal pasajero cumplen una travesía conspirativa por las Antillas. Miranda va de Trinidad a Barbados y Granada tratando de convencer a los comandantes ingleses de que el primer fracaso en costa firme se debió al débil contingente invasor y pequeñez de los barcos, y que con mayor generosidad británica sería posible consumar la insurrección de aquellas tierras que están al aguaite de sus libertadores. Cerca de la isla de Granada encontró la corbeta inglesa *Lily* que le dió agua y provisiones y le prestó escolta para que el *Leandro* entrase

en puerto. En Trinidad se le entrega un legajo de cartas que contienen reclamos de acreedores y los simples y ardientes sueños de buenos negocios coloniales de Mr. John Turnbull. El comerciante inglés ya da por seguro el éxito de la expedición, y antes de que otro se le adelante en la conquista de las plazas mercantiles, envía a Miranda un proyecto de carta circular que debe llegar a manos de los más notorios mercaderes de Tierra Firme. En español macarrónico, escrito por algún presuroso oficinista, recuerda Mr. Turnbull la amistad que le une al venezolano y ofrece sus servicios "en este reino y cualesquiera otra parte de Europa donde Uds. nos puedan considerar útiles". Para negociar con Mr. Turnbull no se requiere numerario, ya que él recibirá gustoso, en trueque por mercancías inglesas, el tabaco, el cacao y el azúcar de los valles tropicales. Incluye para que Miranda las catequice como un vulgar agente mercantil, la lista de las firmas más solventes de Venezuela. Don Bruno Ignacio Abazolo, don Pedro Ignacio Aguerrevere, don Martín Bereciartu, don Tomás Borges, don Pablo y don Pedro Echezurría, don Fernando Key Muñoz, don Mariano Martí, don Isidoro Antonio López Méndez y don Telésforo de Area en Caracas; don Mauricio Berrizbeitia y don Agustín Coll en Cumaná; don Francisco Maneiro en la isla de Margarita. Y, con dolor irónico, debió leer Miranda aquellos papeles de Turnbull que traían a su quijotesca aventura todas las impurezas de la realidad. Esto es, un elemento permanente de su drama: el hombre de los grandes proyectos, el infatigable Caballero de la Libertad siempre se siente salpicado y mordido por el lodo terrestre, por quienes desean utilizarlo para los más rastreros fines. Y

al rezongo de su tripulación; a las conjeturas y protestas por todos los que quedaron presos en el desafortunado asalto a Puerto Cabello; a la áspera crítica que se hace de su habilidad como jefe, se agrega, también, la preocupación económica por la cantidad de letras de cambio que firmó a Ogden en Nueva York y a Davidson en Londres, y que no sabe cómo podrá cancelar. Candidato a cualquier cosa: a que lo ahorquen los españoles por "hereje" y "traidor"o a que lo conduzcan a un tribunal británico como deudor en bancarrota, es Miranda en esos primeros meses de 1806.

Afortunadamente un hombre tan fantástico como Cochrane, es el jefe de la armada inglesa en Barbados. Ya se perfila en el joven y ambicioso marino el futuro gran corsario del Pacífico en la lucha con los españoles; el hombre de la expedición naval de San Martín al Perú; el forjador de la agresiva marina chilena que levantó, como dice una estatua a él dedicada, "con cuatro débiles maderos". Un marino de la calidad de Cochrane no puede resignarse con su modesto sitio en el escalafón de la armada inglesa y sufre nostalgia de aventura y espacio en la angosta Barbados. Cuelga su hamaca de las palmeras, pide al sirviente negro que le prepare un ron con amargo, y se pone a proyectar y a soñar en compañía de Miranda. Como primera medida, hay que convencer al flemático lord Seaford, gobernador de la isla, que permita que se incorporen a la flotilla de Miranda algunos de los veleros que hacen en esos días la custodia antillana: el *Lily* de veinticuatro cañones; el *Express* de doce; el *Attentive* de catorce; el *Provost* de diez; las cañoneras

Bulldog, *Mastiff* y *Despactch* y los transportes *Trimmer*, *Comodore* y *Barry*. Luego, arrogándose un *status* que no tenía, firma con Miranda una especie de tratado de asistencia mutua en que, a cambio de la protección naval que se ofrezca al venezolano, éste se compromete a acordar especial favor al comercio y la marina inglesa cuando se logre la liberación de Colombia. Confía Cochrane en que el convenio sea aprobado por el Gabinete en Londres; y como aventurero y como inglés alberga secretamente la esperanza de que Inglaterra pueda reivindicar en la Guayana, después de tres siglos, el olvidado tesoro de sir Walter Raleigh. La tripulación de Miranda es reorganizada, y en vez del conflictivo Lewis adquiere especial jerarquía el coronel De Rouvray.

Cumplida la forzosa escala en Trinidad donde el gobernador Hislop permite a Miranda que haga nueva leva de hombres, la flotilla se dirige otra vez hacia Venezuela a fines de julio. El objetivo será ahora Coro, en la costa occidental, región que Miranda supone menos defendida que Puerto Cabello y Cumaná, y bastante próxima de Aruba y Curazao, por si fuera necesaria una segunda retirada. Con mar gruesa que hace bambolear los pequeños veleros e impide buscar puerto, avistan el 1° de agosto la desgarrada costa de La Vela de Coro. Sólo el día 3, los buques que han estado capeando el temporal, pueden lanzar el ancla. Unos pocos indios lanceros que huyen a los primeros fusilazos, los esperan en la playa. Sin armas para resistir, los vecinos huyeron del puerto hacia las montañas y esperan fortalecerse en las haciendas del interior que surten de alimentos a la desolada costa coriana. Por los caminos en-

lodados del invierno tropical, el gobernador de Coro, Juan de Salas, ha remitido "propios" a las distantes ciudades de Barquisimeto, Maracaibo y Caracas pidiendo refuerzos. Un carcomido torreón era el símbolo de todo el poder hispano en el inconfortable puerto de La Vela. Allí hace enarbolar Miranda la primera bandera de "Venezuela Libre". Y sus hombres reclutan los últimos y escasos testigos de la vida civil: viejas, enfermos y muchachos que han quedado en el pueblo. Por ellos se informa que el obispo de Mérida anda en esos días en visita pastoral por los agrios médanos corianos; que ninguna otra cosa entusiasmaba a los vecinos como esa entrada del obispo a los pueblos, bajo arcos de palmas; que hombres de cuarenta años se hacían confirmar, y a la presencia del pastor, entre campanadas y cohetes, se ponía de rodillas la más atónita muchedumbre. ¿Estando el obispo en la provincia, podían pensar los habitantes de Coro en otra cosa? ¿No era más importante que la libertad de Venezuela, la salvación de sus almas? Porque los caminos son duros y se despaletan las bestias y entre pueblo y pueblo hay leguas de arena, médanos y cardón bravo, en el verano; quebradas crecidas en el invierno, no son frecuentes las visitas de los obispos y ellas marcan el suceso más memorable de cada generación. Los hombres que estuvieron años enteros cuidando sus cabras, tejiendo sus chinchorros y alpargatas de fibra, bebiendo el lodo de los pozos, enjaezan sus borricos, conducen mujer e hijos y van a esperar al pueblo más cercano la llegada de monseñor. Don Santiago Hernández Milanes, cuarto obispo de la diócesis de Mérida de Maracaibo, dilatada entre todas las de Venezuela, ya que se extendía desde el mar de Para-

guaná hasta los llanos del alto Apure, pasando por las serranías trujillanas y merideñas, es orador admirable y cada palabra suya es orden sagrada para los fieles de la inmensa jurisdicción. "Estas nuestras letras serán leídas en la iglesia parroquial y ordenadas a la feligresía, el primer domingo después de recibidas", escribe en sus documentos monseñor Hernández Milanes. Y a las puertas de la iglesia, las pastorales del obispo combatirán victoriosamente contra las proclamas que hace pegar Miranda. Si el obispo quiere, Miranda encontrará hombres y auxilios. Y a su secretario encarga el general, la más diplomática y comedida carta para monseñor Hernández Milanes.

Tan abandonada como el puerto de La Vela está la próxima ciudad de Coro. La palabra "hereje"; "viene el hereje", dispersó a todas las gentes. La guarnición de la ciudad, muy desigualmente armada (80 fusileros, 244 lanceros, 80 flecheros indios) se ha ido a replegar en las sierras donde esperan por vía terrestre los auxilios pedidos por el gobernador, a los distritos más próximos. En vano Miranda hace colocar en las esquinas de la ciudad su proclama al "Continente Colombiano" y quiere repartir la *Carta a los españoles americanos* de Vizcardo y Guzmán. En vano su documento anuncia que trae el orden civil y la felicidad a las oprimidas castas como "los buenos e inocentes indios, los bizarros pardos y morenos libres". En vano ordena —ya más enérgico— que todos los ciudadanos varones entre los 16 y 55 años deberían servir bajo el pabellón colombiano, anunciando castigos para los rebeldes. Sólo dos esclavos fugitivos y una negra que estaba presa en la desguarnecida cárcel de

Coro por homicidio, se presentaron una tarde al campamento mirandino. Una crónica contemporánea describe al general rodeado de sus secuaces, junto a un caballo permanentemente ensillado, a las puertas de la ciudad. Allí espera lo imponderable. Y un jinete que llegó a todo galope hasta su vivac, le entregó un áspero pliego del obispo de Mérida en que ratificaba "seriamente y sin asomo de duda" su fidelidad al soberano. En los sermones y pastorales que monseñor Hernández Milanes va dispersando en su forzoso viaje de regreso hasta la capital de la diócesis, se llama a Miranda "nuevo Belial", "monstruo", "insensato", "irreligioso", "ateísta", "acompañado de una gavilla de banquerroteros botados, proscritos de todas las naciones". Campesino de la castellana Salamanca, trasladado al trópico, monseñor Hernández Milanes injuria con los más castizos dicterios. Y en pena de "excomunión", reservada a "Nos", incurren quienes lean o reciban los papeles sediciosos traídos por el Conspirador.

Desde su silla de suela, Miranda mira la serranía costera, envuelta en las pesadas nubes del invierno tropical. Debe estar lloviendo en todos los caminos de Venezuela. De los solares de Coro sus soldados extrajeron ya los últimos cochinos y gallinas con que se calmó a medias el hambre de la tropa. Ni el más miserable borrico entra a las calles de la ciudad abandonada. Y un rumor de jinetes, de gritos de lanceros, viene de las alturas de la serranía. Entre Miranda y el interior de Venezuela no sólo se levanta la obstinada cortina de las lluvias de agosto, sino un muro humano de gentes que esperan que se interne para perderlo. Ya faltan provisiones en Coro. El 7 de agosto abandona la ciudad y vuelve al puerto de

La Vela. Invisibles, casi en silenciosa fila india, marchan por la sierra las tropas venidas de Carora, de Maracaibo. Pronto el general Miranda tendrá cerradas todas las rutas, excepto la que abre el mar en la cuenca ocre —cardones, tierra amarilla— de la costa de Coro. El día 13 resuelve reembarcar su tripulación en el puerto de La Vela, cuyas alturas ya van rodeando las fuerzas enemigas. Esperará en la isla de Aruba los nuevos auxilios que ha pedido a Dacres y Soote en Jamaica; a Hislop en Trinidad; a Cochrane en Barbados; a todos los que tienen mando inglés en el archipiélago antillano.

XVI

OTRA VEZ, GRAFTON STREET

El nunca fatigado proyectista, a pesar de la derrota, seguirá soñando en las Antillas que el gobierno inglés acabe de proteger su empresa entre septiembre de 1806 y noviembre de 1807. No quiere regresar todavía a Londres a conocer el nuevo hijo que le ha dado Sara Andrews, porque supone que el golpe definitivo a las posesiones españolas de América no podrá retardarse. Y con estoicismo sumo vive en aquellos meses una serie de acontecimientos desagradables: en la isla de Granada, en octubre, hubo que dispersar la tripulación de la flotilla entre los reclamos de los marinos que botaron sus uniformes y no hicieron

sino hablar mal de su antiguo jefe, en las pequeñas tabernas del puerto. Como si fuera poco, el propietario del barco *Trimmer* que fué tomado por Miranda en arrendamiento, lo demanda ante los jueces de la isla. Y Cochrane, Dacres, Eyre e Hislop, los gobernadores y jefes navales británicos del Caribe, con cuya protección contaba, se tornaron reticentes porque el Gabinete inglés les había ordenado no comprometerse de manera pública y ostentosa. La pequeña prensa antillana que había atacado a España y mirado con simpatía la revolución hispanoamericana, ahora, por su órgano más autorizado, *The Barbados Mercury*, sugiere que si la causa es muy noble, acaso no sea el vencido general Miranda el llamado a acaudillarla. Y en Estados Unidos se explota el sentimentalismo público contra aquel aventurero extranjero que llevó por engaño a unos ciudadanos ingenuos a tan trágica empresa. Se describe en los periódicos el horrendo auto de fe realizado por Guevara y Vasconcelos en Puerto Cabello; y cierto capitán Barker, que visitó el puerto de Cartagena de Indias, hizo publicar en Nueva York y Filadelfia el *Memorial de 20 ciudadanos de los Estados Unidos confinados bajo sentencia de esclavitud en el Castillo de Bocachica.*

Sin embargo, Miranda confía que una misteriosa conjunción de los hechos venga a darle razón y a decidir más enérgicamente a los ingleses. A fines de 1806 ya se sabe en las Antillas la osada peripecia de nuestro conocido sir Horace Popham quien, saltando el Atlántico desde el Cabo de Buena Esperanza, fué a anclar su flota conquistadora en el Río de la Plata. La resistencia de los bonaerenses será terrible, pero mientras surge un jefe como Santiago Liniers que expulse

a los intrusos sir Horace Popham se siente encantado con el país que cree haber incorporado a la Corona Inglesa y escribe a su amigo Miranda una carta optimista. "Este Popham, tan loco —debe haber pensado Miranda—. En vano quise hacerle comprender que lo que piden los hispanoamericanos es su independencia a trueque de la cual acordarán a Inglaterra todo género de ventajas comerciales, pero de ningún modo aceptarán que otra potencia extranjera sustituya a España en su dirección política." Y con su zigzagueante maquiavelismo que anhela trocar en fines útiles los medios tortuosos, supone que lo que le hizo falta a Popham fué llevarlo en su compañía para dar forma y estilo noble a la empresa, y que la misma guerra colonial en que están lanzando a Inglaterra sus marinos imprudentes a la manera de sir Horace redundará en fatal ayuda a la causa hispanoamericana. Las noticias de Londres que se comentan en los círculos oficiales antillanos anuncian que sir Arthur Wellesley ha sido encargado por el Gabinete para preparar los nuevos planes expedicionarios en la guerra contra Napoleón, y Miranda cree que ha llegado el momento de iniciar una nueva ofensiva cerca del gobierno con el doble fin de que los franceses no se fortifiquen en el Caribe y se consuma contra el imperialismo napoleónico la independencia hispanoamericana. Con pliegos y cartas de recomendación para los ministros hace embarcar para Londres, como agente suyo, al coronel De Rouvray en noviembre de 1806. Miranda esperará en Trinidad que el Gabinete británico ponga a su orden los cuatro mil hombres, los fusiles y los barcos que ha pedido para una nueva expedición a costa firme. Pero entre todas

las complejidades de una lucha política parlamentaria, y la incomprensión de varios ministros que veían la guerra contra Napoleón en Europa, pero no la comprendían en aquellos mares distantes, se moverá De Rouvray en Londres como frustrado diplomático. Retorna a Trinidad en el otoño de 1807 a excitar a don Francisco a que él mismo negocie sus asuntos en el creciente dédalo de la política inglesa.

El año nuevo de 1808 lo pasa ya el venezolano en Londres. Sara ha preparado el pavo con salsa y el *pudding* escocés, y los Turnbull han traído aquellos capitosos vinos meridionales —los *cherries* y el oporto— que deshacen tan bien el peso *fog* y la neblina interior del invierno londinense. En una habitación próxima, los dos pequeños hijos del general, Leandro, que ya comienza a hablar, y el párvulo Francisco, duermen abrazados a sus juguetes de pascua. John Turnbull esparce ante su amigo que acaba de llegar, un puñado de noticias y conjeturas. A pesar de que en el severo *Times* han salido algunos artículos en que se juzga con aspereza la aventura mirandina, nunca la posibilidad de que el gobierno inglés tome definitivamente en serio los asuntos hispanoamericanos, se ha visto más próxima. Wellington ha aconsejado al Ministro de Guerra, Castlereagh, que se organice una expedición que desaloje a los franceses de las Antillas y ayudando a la independencia hispanoamericana, impida que los dominios españoles sean engullidos por Napoleón. En la prensa se han comentado con nuevo interés los asuntos de América, y un joven que ya entrará en la órbita de influencia de Miranda, William Burke, ha adquirido nombradía con dos folletos sobre Sur América, apare-

cidos en 1807: *South American Independence* y *Additional Reason for our inmediately Emancipating Spanish America.* La tesis de Burke es que con la prepotencia continental de Napoleón, España se ha convertido en una provincia francesa, y que ya no será de Madrid sino de Las Tullerías desde donde se gobernará la América española. Cunde el bloqueo continental que Bonaparte está imponiendo a Inglaterra; y dentro de breve tiempo los buenos lores tendrán que tomar su té sin azúcar y prescindir del tabaco, pues les estará cerrado el camino para sus propias factorías antillanas. Burke propone que al amparo de la benevolencia inglesa se formen en Hispanoamérica cuatro naciones libres y seguros clientes del comercio británico: México y América Central; Venezuela, Nueva Granada y Quito; Perú y Chile; la región del Plata. De que los exploradores ingleses miran con simpatía estos proyectos de revolucionar o quitar a España un continente lejano es un ejemplo el agasajo que hicieron a sir Horace Popham, el invasor de Buenos Aires. Mientras el gobierno desautorizaba públicamente aquel abuso, los comerciantes de la *City* enviaron de regalo a sir Horace una espada de honor, por buscar nuevos campos de expansión a la actividad británica. Que Miranda vuelva a ser hombre de mundo; que visite, por ejemplo, a los hijos del rey, duques de Gloucester, de Clarence y de Cumberland a quienes en otra ocasión fué presentado; que intime con Wellington, que cultive los hombres de prensa quienes ya dan más espacio en los periódicos a los asuntos coloniales, es un consejo de Turnbull. Y esto para deshacer, también, algunas propagandas adversas como la contenida en cierto Memorándum del general

Dumouriez que ha circulado mucho, y en el que aconseja a Inglaterra que establezca bases navales en la América española para impedir el predominio napoleónico en el Caribe. Dumouriez, eterno enemigo del venezolano y eterno traidor, se aprovecha del documento estratégico para dirigir algunas injurias a su subordinado de Nerwinden.

Se pone, pues, don Francisco su casaca azul, y hace visitas durante todo ese final del invierno de 1808. De los duques hermanos del rey, consigue más de una invitación a comer, y ciertas amables reuniones de gentilhombres en el Palacio de Saint James donde la política se sirve a los postres, en el momento en que el vino hace desatar las lenguas, cuentan con su estimulante compañía. El Dr. William Thompson que escribe en la *Edimburgh Review, sancta sanctorum* del más sensato pensamiento inglés, se entusiasma con la personalidad y hazañas mirandinas y quiere animar al escritor John Murray para que escriba una biografía del venezolano. Entretanto, Thompson, sirviendo a su amigo, sirve para los lectores de la seria revista una versión más o menos adornada y revisada por Miranda de la expedición a Tierra Firme. Otros personajes más misteriosos rondan la casa de Grafton Street y sostienen con el general dilatadas entrevistas: cierto Padilla, que se dice comisionado de los revolucionarios del Río de la Plata y de su principal intérprete, entonces, Saturnino Rodríguez Peña, por cuyo intermedio manda algunas cartas a Buenos Aires. (Con pupila de estratega y de geógrafo, Miranda advertía que el Río de la Plata era uno de los puntos decisivos en la guerra de emancipación hispanoamericana.) Le visita también José Ante-

para, que pronto será uno de sus más activos propagandistas, y un tal Dr. Constancio —español o mexicano— cuyo dominio del inglés escrito sabrá utilizar Miranda para colocar más de un artículo o gacetilla en los periódicos de Londres. Dentro de las amistades más puramente literarias se destacan la de James Mill, el padre del filósofo Stuart y la de Jeremías Bentham, el enano sabio que soñaba en aquellos países virginales de América como los que podrían adoptar una legislación, libre de los prejuicios y las injusticias de la anciana Europa. Tanto se muestra y tanto se cotiza don Francisco en las reuniones invernales de ese 1808 que el comerciante Davidson, para que no se vea impedido "por ningún inconveniente privado" y pueda realizar todas sus gestiones sin apremio económico, le ruega en una carta el favor de aceptarle quinientas libras. Y con Wellington, que estudia en serio la preparación de un ejército colonial que se expedirá a América, ha llegado en marzo a un acuerdo que se expresará en cuatro cláusulas. La primera es que se entregarán a Miranda cinco mil libras o cualquier suma que sir Arthur estime razonable para gastos de equipo, séquito y desembolso militares en una nueva aventura en Venezuela. Después, que en caso de desgracia, el gobierno inglés siempre asegurará a Miranda una pensión sobre la misma base que la que le acordó el Ministerio Addington; que también se le dará un empleo en cualquiera oficina pública en Londres a su secretario Molini, y que durante su ausencia, se dispensará protección a los familiares del general que quedan en la capital británica. Una última cláusula —y muy reveladora— proyecta un banquete público o cualquier agasajo ostentoso al

general Miranda por un núcleo de personajes caracterizados. Con ese honor a la luz del día, difundido en todos los periódicos, aspiraba Miranda desvanecer para siempre aquel como nimbo nocturno con que envolvieron su personalidad los más enconados enemigos. Tiene ya 58 años; se siente maduro para entrar en la gloria y nadie puede alegar en ambos mundos mayor y más obstinada dedicación a la causa de la libertad humana.

Tan bellos proyectos se van postergando porque Miranda, agotado de la intensa vida social, cae enfermo de cuidado a fines de marzo y porque ya en abril circulan en Londres las noticias de los crecientemente graves acontecimientos de España.

He aquí que cuando descubre la tentativa napoleónica de convertirlo en país definitivamente vasallo, el pueblo español se pone de pie y el alcalde de una aldea de Castilla declara la guerra al emperador de los franceses, mientras el viejo rey Carlos IV y el frígido y siniestro Príncipe de Asturias marchan con su cortejo de frailes y validos a la humillante capitulación de Bayona. Lo que Talleyrand y Napoleón pensaron que sería un simple sainete diplomático se les trueca en sangrienta guerra popular. España se defiende contra sus falsos aliados del día anterior. Una emoción de comunas y guerrillas insurrectas sacude la península, desde Navarra a Andalucía, en esa primavera de 1808. Como en los grandes momentos de su historia nacional, la dormida y calumniada España ofrecía a Europa lo más auténticamente español: su heroicidad ciega, su pasión sin cálculo, su individualismo frenético. Con el levantamiento súbito y feroz de las multitudes españolas, la línea de la política europea

que habían estudiado y calculado como un teorema hombres como Pitt y Talleyrand, da un sesgo imprevisto: por una parte se distrae el ritmo de la expansión napoleónica; por otra los ingleses pasan a ser aliados de los españoles. Las tropas que Wellington hacía entrenar en Irlanda para mandarlas a América y con las que contaba Miranda para sus últimos planes en Tierra Firme, se dirigirán, más bien, a España a ayudar al pueblo hispano en su lucha contra Napoleón. Solemnemente el Gabinete inglés declara el 4 de julio de 1808 que desde ese momento la "nación española es nuestra amiga natural y aliada". Y la historia universal como una marejada borraba o aplazaba otra vez los ya maduros proyectos de don Francisco de Miranda. El ha sido contertulio de Wellington en esos días; ya había logrado del gran estratega británico el más franco asentimiento para la tentativa americana, y he aquí que se encuentra de nuevo en Londres como el desposeído de un gran sueño. Van por una calle de la capital inglesa, un día de junio de 1808, los dos personajes. Wellington invitó a su amigo a ese paseo a pie como buscando un exordio a la desagradable noticia que debe trasmitirle. Y recordaba muchos años después el famoso guerrero que, cuando comunicó a Miranda en medio de las más corteses fórmulas, la necesidad de un aplazamiento, surgen de la boca del venezolano un torrente de airadas palabras. A los argumentos de Wellington quiere oponer otros igualmente válidos.

—¿Y por qué no va Ud. a España conmigo? —pregunta Wellington.

—No intervendré en los asuntos españoles —es la respuesta de Miranda.

"Pienso no haber tenido nunca una tarea más difícil", resume el duque evocando la memorable escena.

—Ya que no se puede hacer la guerra de modo directo, por la independencia de Sur América, hagámosla con periódicos, cartas y propaganda —debe haber pensado Miranda aquel día. Los dos años que siguen hasta 1810 serán por excelencia sus años de periodista y propagandista. El 20 de julio de 1808 ha dirigido una carta al marqués del Toro, en Caracas, exactamente igual en los conceptos a otra que dirige a Rodríguez Peña de Buenos Aires para formular la dialéctica de la nueva situación. Si en España los cabildos han insurgido contra Napoleón, también en América los organismos comunales deben asumir el gobierno de las provincias y enviar agentes a Londres para negociar directamente con los ingleses. Desde Londres, y argumentando que las autoridades legítimas de la vieja monarquía española han caducado, convoca don Francisco a sus paisanos a un inmenso cabildo abierto. Con el pseudónimo de Las Casas, el Dr. Constancio, bajo la inspiración directa de Miranda, logra colocar en *The Stateman* varios artículos en que se complementa la nueva teoría política de los hispanoamericanos. Como las Juntas españolas empiezan a hablar ahora de soberanía popular para constituir sus gobiernos locales, la misma tesis debe adoptarse por los criollos. Estos —según los artículos de *The Stateman*— tienen el derecho de elegir sus gobernantes: "Los habitantes de aquella parte del mundo no están, de ningún modo, hipotecados a las Juntas que se formen en España".

Tantas cartas envía Miranda y tanto papel hace escribir en defensa de la independencia hispano-

americana en el segundo semestre de 1808 y primero de 1809, que el ministro español en Londres, *delegado de las Juntas*, Apodaca, se queja ante el *Foreing Office*. Recuerda que Inglaterra y España son ahora aliados y que no se justifica la protección de que goza Miranda para su labor conspirativa. Una corta y cordial amonestación de Castlereagh al venezolano finaliza el asunto; y ya nuestro conspirador buscará nuevos nombres y nuevas gentes para su labor agitadora. Por aquellos días —y como para presentarse de nuevo ante Inglaterra y América como el insustituíble animador y jefe de la independencia hispanoamericana— Miranda encarga a Antepara que escriba el curioso volumen *South American Emancipation* que estará impreso a comienzos de 1810 y que tiene el significado de un hábil recordatorio de las actividades mirandinas. La mayor parte de los documentos que allí se insertan (pues el libro se presenta como serio y objetivo trabajo documental) son papeles del venezolano. Y aunque Miranda no hubiera hecho nada más, con aquella obra parecía asegurarse su sólido sitio en la Historia.

Como de costumbre, nuevas gentes se agregan a su inagotable agenda social. Personajes nocturnos y diurnos; nobles y aventureros; filósofos y pícaros; conversadores de club y mujeres hermosas. Por 1809 parece adquirir ante él mucho valimiento cierto capitán Sanz, alias Juanico, que se le ha presentado como amigo del marqués del Toro y muy enterado de la situación venezolana. Con Juanico que resultó ser un espía, el general habló demasiado, y por intermedio de Apodaca, las noticias de Miranda fueron trasmitidas a las

autoridades de Venezuela. Pero como para compensarlo de la ruindad de Juanico, conoció también en 1809 a la brillante lady Stanhope. Una especie de Miranda femenina, fantasiosa, conversadora poblada de deseo de aventuras y de lejanos proyectos era la sobrina de Pitt. Todo lo que en su astuto tío había sido cálculo y prevención, era en ella encanto y azar. Asistíale además, entre tantos dones espirituales, un maravilloso cuerpo que evocaba el de las mejores afroditas de la época helenística. Había viajado por toda Europa y proyectaba ahora internarse en el extraño mundo de los árabes; conocer el desierto, las pirámides, perderse en un brioso caballo por los aduares de Africa como auténtica reina de amazonas. Era de esa generación ansiosa que había producido a lord Byron, a Cochrane, a Popham. Se cruzaban en la latitud histórica el romanticismo con su frenesí personal, con el deseo de no estar nunca quietos, y el imperialismo y la revolución con el anhelo de hazañas lejanas, de conquistar el espacio, de transformar las viejas circunstancias de la sociedad. Pitt —que con todos fué tan reservado— había sentido, también, la sugestión de su sobrina y entre otras cosas la fascinante lady Esther paseaba por las tertulias de Londres y las reuniones de políticos las últimas voluntades de su difunto tío.

A pesar de ser casi sesentón, nuestro don Francisco se siente deslumbrado con aquel testimonio de carne radiante, de fantasía vivaz que comparece ante sus ojos. El pretexto es que ella le puede informar de ciertos proyectos que tuvo el Gabinete británico. Pero en otras líneas del diário se desliza el magnetismo puro, no condicionado a ninguna circunstancia utilitaria, que emana

de la estupenda mujer. "Comí con ella... —dice Miranda—. Me encantó su amabilidad, educación y conversación liberal. Habló de Roma y de Italia, otra vez conversó sobre Grecia que deseaba visitar. También se refirió a Venezuela cuya independencia deseaba ver ella establecida sobre una base de libertad racional. Había deseado ella conocerme y visitar mi interesante país... Estaba dispuesta a seguirme aunque más no fuera para dirigir escuelas y hospitales. Es la mujer más deliciosa que yo he encontrado. Es realmente una rareza entre su sexo." ¡Qué doméstica y mediocre debió parecerle al don Juan viejo que era Miranda, su segura Sara Andrews con las cuentas de la lavandera y su opaca resignación, ante esta magnífica Pentesilea que buscaba emociones fuertes: que quería que se hablara de ella y se destacara su voluntaria personalidad, en las más bizarras crónicas del tiempo! Don Francisco estuvo en grave peligro. Para fortuna suya, unos paisanos que traían palpitantes noticias vinieron a tocar a la puerta de Grafton Street 27 un día de 1810. Y lady Esther, que pudo ser jefe de llaneros en Venezuela, estupenda gringa acriollada se convertirá en reina de beduínos en el desierto. Parece pasar con su blanco cuerpo de Niobe agitada, entre caballos y lanzas y jinetes morenos, entre el azul y el bermellón del paisaje, como en los grandes cuadros románticos de Eugenio Delacroix.

XVII

ANTESALA DE GRANDES SUCESOS

El primer semestre de 1810 es entre los círculos de emigrados políticos españoles e hispanoamericanos de Londres de activa propaganda periodística. Al problema de la rebelión peninsular y al de las colonias que anhelan su autonomía, se agrega el de los ideólogos que aspiran no sólo a arrojar a los franceses de España, sino valerse, también, de la coyuntura revolucionaria para una profunda modificación del Estado y las instituciones. Londres, donde se intriga y se negocia, donde se prepara toda combinación antinapoleónica, es también bullente vivero de ideas políticas. Se elaboran planes, constituciones o es-

quemas para los estados perfectos que habrán de surgir después de la era de convulsión y crisis que experimentaba el mundo. Legisladores como Bentham han frecuentado la amistad de estos círculos hispanos, tratando de conseguir adeptos para sus teorías sociales. De cierto modo, en la sensata Inglaterra se quiere hacer asimilable, en forma incruenta, el nuevo pensamiento liberal que desprendiera la tormenta francesa. Un hombre representativo de esta nueva mentalidad política es, por ejemplo, el español José María Blanco, que en Inglaterra se hace llamar Blanco White, y cuya ideología universalista desea conciliarse con su patriotismo peninsular. "¿Es que vale la pena combatir en España contra Napoleón, para restablecer después la monarquía borbónica?", parece preguntarse Blanco White. Su concepción de un mundo libre lo lleva hasta justificar el derecho de los pueblos coloniales de América a romper las ligaduras con su metrópoli y a establecer gobiernos y sistemas políticos donde impere la soberanía mayoritaria. Esto lo acerca a la amistad de Miranda y a convertirse en entusiasta rapsoda de la independencia de América que, según su particular filosofía, es como el complemento de la guerra nacional hispana. Su periódico *El Español* fundado en Londres a comienzos de 1810, al mismo tiempo que censura las formas atrasadas de la vieja monarquía peninsular y aplaude la altivez con que el pueblo insurge contra los invasores, dará entusiasta noticia de los movimientos que estallan en América. Es que llega para el mundo una hora de libertad universal, y ella hay que festejarla y estimularla por sobre todo prejuicio regional o patriótico. Algunos de esos diálogos y preocupaciones refor-

mistas y utópicas pueden reconstituirse a través de los periódicos de 1810 y de las apuntaciones de Miranda. Para Jeremías Bentham, el curioso e iluminado enano que sueña con un país donde se adopten sus proyectos políticos —pues en Inglaterra no se le presta suficiente atención—, las formas fundamentales de un estado liberal estriban, sobre todo, en una prensa independiente de todo gobierno y en una irrestricta tolerancia religiosa. Como regalo de filósofo, Bentham presentará a Miranda un proyecto de *Ley de libertad de prensa* para la todavía utópica república de Colombia, y suscitará el interés del venezolano por ciertos ensayos de pedagogía social que brotaban en la Inglaterra de entonces, como la escuela de José de Lancaster. A un colegio lancasteriano, cuyo trabajo escolar se realiza por el libre acuerdo entre los alumnos y por un sistema de instrucción mutua donde los chicos mayores protegen e instruyen a los más pequeños, llevaría Miranda a Simón Bolívar en uno de sus paseos por Londres en septiembre de 1810. Y así la soñada y aún no nacida república, recogería los anhelos y nuevos planes con que el reformismo liberal trataba de modificar las instituciones humanas. No se piensa ni mide en esos días de planeamiento y utopía política, en que aquellos estados, antes de alcanzar los progresos legislativos que quiere ofrecerles un Bentham, tendrán que luchar con fuerzas más bárbaras e irracionales: el fanatismo secular, la ignorancia de las masas, la hispidez del desierto. Pero de esas reuniones dominicales con buen té y debates político-filosóficos en casa de Miranda o en casa de Bentham, salen los jóvenes escritores o propagandistas a escribir sus artículos en *The Examiner, The*

Morning Chronicle o aun en el respetabilísimo *Times*, en que se discuten los problemas mundiales del momento. Miranda se da maña para que se le mencione con frecuencia en las gacetillas de prensa que aluden a Sur América. Sigue, a través de los corresponsales anónimos y los informadores oficiosos, defendiéndose, vindicándose y engrandeciéndose ante quienes le calumnian o quieren apartarle de la revolución colonial que se prepara.

En abril de 1810 y como para completar la labor propagandística de *El Español* de Blanco White, funda *El Colombiano*, periódico que recomienda significativamente a su amigo el duque de Gloucester, y donde podrá interpretar, a su guisa, cualquier noticia o cualquier carta que llegue de América. Es una de las características de su genio aprovecharse de cualquier detalle, de la más nimia información, para vestirla o colorearla de acuerdo con sus intereses políticos. Y en la amistad de los hermanos del rey, de Vansittart y de Castlereagh quien lo defiende contra la antipatía del Subsecretario de Guerra. Cockburn, se ampara Miranda cuando su creciente actividad conspirativa suscita las reiteradas protestas del ministro español Apodaca.

Pero en el mes de junio de 1810 ya llegan a Londres las más agitadas noticias americanas. Después de jurar fidelidad a Fernando VII, de pasear su retrato en procesión cívica por las calles de las ciudades coloniales, los cabildos americanos se rebelaron contra las autoridades españolas. Caracas dió el ejemplo el 19 de abril deponiendo al Capitán General Vicente Emparán y creando un gobierno de criollos. Bajo

las fórmulas jurídicas en que la Junta caraqueña afirma su lealtad al "bienamado Fernando", cautivo soberano del monstruo Napoleón, no se escapa a los informadores ingleses que palpita un receloso sentimiento de autonomía política. Después de apoderarse del gobierno, estos criollos que por primera vez han afirmado su conciencia de poderío, no lo entregarán mansamente a los antiguos amos españoles. Y difundiendo las amplias informaciones que sobre los sucesos de Caracas vinieron de las Antillas, el *Times* les dedica una glosa a fines de junio. El entusiasta Blanco White tampoco se engaña sobre el verdadero sentido del movimiento caraqueño y lo define en ardiente frase de su periódico *El Español:* "El estandarte de la independencia se ha levantado en Sur América". ¿Cómo lograr contacto con las Juntas de ilustres personajes que se están formando en aquellas colonias? En el levantamiento caraqueño que mañosamente se ha equilibrado con la alta burguesía criolla, ve Miranda una feliz aplicación de la teoría que sostuvo en su carta al marqués del Toro y en los diversos artículos que bajo su inspiración se publicaron en periódicos londinenses: la de que los hispanoamericanos al desaparecer la antigua autoridad legítima, recobraban, con el mismo derecho que los españoles, la función de elegir sus nuevos gobiernos.

Y como si se hubieran sincronizado por una inteligencia y una voluntad como la suya, en otras ciudades de Venezuela se repite el movimiento de Caracas: el 17 de julio de 1810 el *Morning Chronicle* dedica más de dos columnas de su página central a resumir el *Manifiesto que ha lanzado la Junta de la Ciudad de Cumana.* Toda Hispanoamérica bajo pretexto de

fidelidad al rey cautivo está levantándose contra el yugo colonial, y hasta el mes de septiembre casi no hay semana en que la bien informada prensa inglesa no comente lo sucedido en Buenos Aires el 25 de mayo o en Santa Fe de Bogotá el 20 de julio. Aún hay otros problemas surgidos del clima revolucionario reinante en la América del Sur, que preocupan a Miranda. Ciertos círculos del Río de la Plata, deseosos de separarse de España pero atemorizados, al mismo tiempo, de la violencia que suscitaría una revolución autonomista, buscan en un trono europeo nacionalizado en América, la fórmula de transición entre el coloniaje y la independencia. Pensaron en Carlota Joaquina, hija de Carlos IV y princesa portuguesa, para realizar el cambio con visos de legitimidad. Un tal Felipe Contucci, maquiavélico negociador, es el encargado por aquel grupo de terratenientes y comerciantes del Plata, de abrir los fuegos diplomáticos para establecer esa monarquía. Piensan que los ingleses como aliados de España y Portugal en la guerra napoleónica, mirarán con simpatía esta solución prudente. Y desde Río de Janeiro, Contucci trasmite su proyecto a Miranda. Este lo desaprueba del modo más enérgico. No debe pensarse en "introducir extranjeros y nuevos soberanos en aquellas provincias". Lo que deben hacer los rioplatenses es seguir el ejemplo de Caracas. Y más seriedad que el fantástico Contucci tiene el porteño don Matías de Irigoyen, quien como "diputado de la Junta de Buenos Aires" llega a Londres en el mes de julio y busca la amistad y consejos del conspirador venezolano.

A través de la revolución de Caracas, revolución

todavía oligárquica y un poco boba, revolución que aún no se atrevía a darse este nombre y se agazapaba bajo una pantalla de rebuscada legalidad, Miranda desea tomar más ardiente contacto con su tierra venezolana. A pesar del temor patricio contra él, Miranda en Caracas y aunque esté a miles de leguas de distancia, es hombre a la moda. Signo de que sus distantes paisanos le recuerdan son varias cartas que recibe entre julio y agosto de 1810. José María Fernández, un ya olvidado amigo de su juventud, le escribe desde Caracas narrándole los sucesos del 19 de abril, y cómo en una fiesta aristocrática a que asistió el marqués del Toro, se habló de él con afecto. ¿Acaso sabía nuestro conspirador que pocos meses antes, el propio marqués del Toro, ahora vestido con escarapela de patriota, había denunciado la carta que recibió de Miranda ante el Capitán General? Pero todo cambio político trae estas metamorfosis; se adora hoy a aquel de quien se denigró el año pasado. Más hablaba a su corazón una carta en detestable ortografía de dos viejos esclavos de la familia Miranda: Francisco Antonio y Juan Esteban Siso, quienes a través de cuarenta años de ausencia aún hacían la memoria de su "amito" y esperaban volver a verlo antes de que se cerraran sus mansos e ingenuos ojos serviles. Y en aquella carta deliciosa de Juan Esteban y Francisco Antonio revivía Miranda el paisaje de Caracas; la gran casa familiar de tres patios, el rosario que cada tarde rezaba su madre en compañía de los niños y los sirvientes; los grandes ramos de palma bendita que se quemaban en los días de tempestad. Un mundo tan distinto al de este de las intrigas diplomáticas, de los ga-

binetes de los políticos, de las tertulias de las "ladies" y los salones de las grandes cortesanas en que le tocara vivir.

—Iré a Caracas —debió decir Miranda entonces a la siempre fiel, siempre sumisa Sara Andrews—. Tú te quedarás aquí cuidando los niños; escribiéndome esas cartas largas que ya me escribías a Nueva York y Trinidad en 1806, en que me contabas que estuvieron los Turnbull; que tomaron el té juntos, y que a Leandro le había salido el primer diente.

Un homenaje de caraqueño a su ciudad natal es el noble oficio que don Francisco dirige el 3 de agosto a la Junta Suprema de Gobierno de la provincia de Venezuela. Dice que para servir y obedecer a la Junta caraqueña, pone término a las negociaciones que de 20 años a esta parte tenía establecidas en favor de nuestra emancipación.

Cuando escribió la carta ya paseaban por Londres sus rostros morenos y sus ojos ardientes los tres jóvenes comisionados que la Junta de Caracas enviara a negociar con el gobierno inglés: el coronel don Simón Bolívar, el comisionario ordenador don Luis López Méndez y el oficial primero de la Secretaría de Estado, don Andrés Bello. Los pomposos pliegos que deberían entregar al Gabinete británico, explicaban la fórmula con que aquella lejana provincia se sentía amiga y aliada de Inglaterra, al rebelarse contra Napoleón, "el opresor de Europa". Trataban de convencer que todavía "eran ciudadanos españoles", pero advirtiendo que "la libertad continental es el ejemplo más saludable en estas circunstancias, porque es el que mejor concilia los intereses par-

ticulares de los habitantes del Nuevo Mundo con los de todo el imperio español". En las instrucciones secretas se les ordenaba comprar armas, conseguir de Inglaterra protección para el libre comercio venezolano y recomendación a las flotas y funcionarios ingleses de las Antillas que amparasen el nuevo régimen contra los agentes napoleónicos. "Defenderse de Miranda o aprovechar sólo su concurso de algún modo que sea decente a la comisión", parece que fué otra instrucción privada trasmitida a los noveles agentes de Venezuela por la junta caraqueña, según lo recordaba muchos años después, don Andrés Bello a su biógrafo Amunátegui. Políticamente la Junta quería medir sus pasos; no aparecer como demasiado revolucionaria y no contaminarse con la fama herética y antiespañola que se daba al famoso conspirador. Pero pronto está don Francisco invitando a tomar el té a sus jóvenes paisanos en compañía de Ricardo Wellesley, el hijo de Wellington. Y no se van a privar ellos, sobre todo el inquietísimo coronel Bolívar, de la compañía de un hombre tan extraordinariamente interesante. Con su conocida cortesanía, trata de mezclar Miranda lo útil y lo agradable en los servicios que presta a sus huéspedes. Les prepara una entrevista con el duque de Gloucester, quien los convida a comer; los lleva a Hyde Park, a la ópera, a los campestres alrededores de Londres donde en las tardes de ese verano se bebe tan buena cerveza. Y estará atento a lo que conversan y negocian, con el ministro Wellesley.

El fondo de esta discusión diplomática que se realiza por cambio de memorándums y visitas entre el 19 de julio y el 10 de agosto, se puede

resumir en algunos puntos muy breves. Inglaterra no accederá a la pretensión venezolana de reconocer a la Junta de Caracas como gobierno autónomo, pero tampoco quiere inmiscuirse en la querella de españoles peninsulares y españoles coloniales que le importa, sobre todo, en cuanto ambos hacen la guerra a Napoleón. Dará instrucciones a sus gobernadores en las Antillas para que protejan a aquellas provincias ultramarinas de cualquier tentativa napoleónica de absorberlas; y promete el gobierno inglés sus buenos oficios para solucionar las diferencias entre el Consejo de Regencia que se ha formado en España y la Junta de Caracas que anhela gobernarse por sí misma. Distingue, en una palabra, el ministro Wellesley entre la cuestión fundamental y la transitoria: la fundamental —desde el punto de vista inglés— es que España y sus dominios coloniales están en guerra contra "la usurpación y tiranía de Francia", y todo lo que sirva para fortificar esta guerra conviene a los intereses británicos; la transitoria es la disputa entre la metrópoli hispana y sus colonias por la forma administrativa que deban asumir, en la ausencia y cautividad del rey legítimo. Esta segunda cuestión es más privativamente, de orden interno.

Nada más que esta especie de neutralidad benévola —de ningún modo inútil— para el nuevo gobierno venezolano, es lo que puede conseguirse del Gabinete británico; y el primero de los comisionados criollos, el coronel Bolívar, se dispone a regresar a Venezuela en septiembre. Sus otros dos compañeros, López Méndez y Bello, permanecerán en Londres para activar las demás negociaciones que sean necesarias. Pero, aun pasando por

sobre las instrucciones privadas que le dió la Junta, Bolívar convida a Miranda para que se vaya a Venezuela y actúe en el primer plano de la revolución que allá se está gestando. El joven de 27 años que era entonces Bolívar debió ver en su anciano y famoso compatriota, el primer catalizador de un movimiento político cuyo alcance todavía no sospechaban los cautos y un tanto pusilánimes patricios de la Junta caraqueña. Contra los recelos del patriciado criollo que a través de la propaganda española juzgó siempre a Miranda como "hereje", "traidor" y "extranjerizante", Bolívar le ofrecía la protección de su poderoso clan familiar. Era aún Bolívar el joven hidalgo, descendiente de un antiguo linaje de terratenientes, ligado por sangre y fortuna a los más tradicionales intereses de la nobleza vernácula. Su fuego interior, su intuición de líder, su empuje cesáreo romperán después todas esas ataduras, pero todavía los señorones caraqueños no saben hasta dónde podrá llegar "Simoncito". ¡Qué de confidencias debieron hacerse en aquellos días de agosto y septiembre de 1810, el viejo conspirador y el futuro libertador! Casi tan importante como los convenios con Inglaterra, le parece a Bolívar llevarse a Miranda. Sin embargo, por precaución y porque don Francisco tiene algunas cosas previas que arreglar en Londres, se embarcarán en naves distintas: Bolívar en la corbeta *Sapphire* el 25 de septiembre; Miranda en el *Avon* el 10 de octubre.

Una vida aún más activa y trágica que la de sus treinta y tantos años de conspiraciones; en contacto con multitudes ásperas y distintas a las que condujo bajo el pabellón francés a las bata-

llas de Maestrich y Amberes, espera a don Francisco de Miranda. Refresca su geografía de Sur América, calcula leguas, población en estado de llevar las armas y obstáculos naturales en el famoso *Diccionario* de Antonio de Alcedo; lee el reciente libro de Depons sobre Tierra Firme que le revela ya una Caracas un poco distinta a la que él conoció en su juventud, y ordena a su secretario Tomás Molini que tome nota de cuanto hecho curioso observe en la navegación. "Y mi archivo; no deje de cuidarme mi archivo." Porque adondequiera que va don Francisco transporta la pesada impedimenta de sus monumentales legajos de papeles. Cartas de amor; órdenes militares; estudios de estrategia, observaciones sobre una curiosa estatua que se guarda en un no menos curioso museo, todo lo conserva y hace catalogar. Y marcha siempre con su vida, su cultura y sus refinamientos a cuestas, verdadero Atlas de sí mismo; y no será esto la menor tragedia, cuando tenga que recorrer un paisaje más bárbaro, que pida hombres "más escoteros", como el de la futura revolución venezolana.

XVIII

GENTE Y FACCIONES EN CARACAS

Tres partidos a lo menos, aunque no tuvieran nombre ni hubiesen formulado su declaración de principios, se agitaban en la bullente Caracas de fines de 1810. Bullente, porque la ciudad se puebla de caras extranjeras; porque los marinos y tripulantes de las goletas inglesas y norteamericanas que hacen el recorrido del Caribe ascienden hasta la pequeña metrópoli; porque propietarios o letrados de provincia vienen a informarse de los raros sucesos que están aconteciendo. Y en la Plaza Mayor hay grupos que discuten o se congregan para leer los artículos de *La Gaceta.*

En la posada del Angel, ahora tan concurrida de huéspedes, siempre está la mesa puesta, y mientras se escancian los últimos vinos españoles, sube el diapasón de los debates que concluyen dirimiéndose en plena calle entre gritos y brazos alzados. Aparentemente poco ha cambiado en la vida de la antigua Capitanía General: las campanas de las iglesias de la Merced, de San Francisco, de San Mauricio, de la Divina Pastora, de Altagracia aún llaman para los tradicionales ejercicios de "cuarenta horas" o de velaciones. Como siempre, el ilustrísimo señor arzobispo dijo, revestido de suntuosos paramentos pontificales y acompañado de su Venerable Capítulo, la misa nocturna de Nochebuena; y junto a los órganos de las sacristías, se cantaron los viejos villancicos o los "Tonos" que los exquisitos músicos de la "Escuela de Caracas" como Juan Francisco Velázquez, componían para las festividades navideñas. Iban las sirvientas negras de la casa de los Toros a la casa de los Bolívares llevando en grandes azafates, en bandejas de porcelana china o en platones del virreinato de México las golosinas de navidad que mutuamente se regalan las familias: las "hallacas", el dulce de "lechoza" o el barroquísimo "bien me sabe", verdadera polifonía gustativa en que se mezclan el coco rallado, las natillas, la vainilla, el ron, las más azucaradas yemas. Y se excusan de que en este año de 1810 los regalos sean un poco diferentes y más pobres que los de otras navidades, pues con la guerra española no llegó el turrón alicantino ni las olorosas barricas de buen amontillado.

Pero más allá de la vida tradicional e inconmovible palpita otra nueva y más nerviosa. Van

a deliberar, casi todos los días, en la Casa Consistorial, los graves caballeros que forman la "Junta Suprema, conservadora de los derechos de Fernando VII": los alcaldes don José de las Llamozas y don Martín Tovar Ponte; el alférez real don Feliciano Palacios; los once regidores, el síndico procurador, los representantes del pueblo, el alborotado canónigo don José Cortés de Madariaga cuya cabeza teológica se ha cargado de dinamita revolucionaria. Es hombre de palabra y de acción; le posee el más feroz autoctonismo americano y no se sabe de qué manera penetraron en su pensamiento ciertas consignas de justicia social, teñidamente radicales, que emparentan su ideología con la de Gracus Babeuf, el más jacobino de los jacobinos. En seis meses de vida la Junta Suprema ha tenido bastante trabajo; impulsó el movimiento autonomista en las provincias, sin lograr inclinar de su lado a tres regiones donde aún subsiste el poder español: Maracaibo, Coro y Guayana. Esto produce, a pesar de la solidaridad con Caracas que demuestran las siete restantes provincias, una causa de división interior; proyecta una futura guerra civil que ya libró sus primeras escaramuzas en la derrotada expedición del marqués del Toro a la región coriana. Y del provincialismo acentuado por las enormes distancias entre unas provincias y otras; por el hecho de que Caracas nunca fué una capital con la plenitud de poderes y jurisdicciones que poseyeron México, Santa Fe de Bogotá o Lima; que hasta fines del siglo XVIII varias provincias dependían directamente de Nueva Granada, y los distritos orientales tuvieron mayor conexión jurídica y eclesiástica con Puerto Rico y Santo Domingo;

del provincialismo surgirá otro serio debate político como el de la relación del gobierno caraqueño con los del interior del país. Toda revolución requiere —como decían los jacobinos— la "república una e indivisible", pero en los sueños de los primeros teóricos venezolanos brota una utopía federal. O era más bien que los "optimates" de Caracas que se constituyeron en Junta, tenían que respetar los derechos de las aristocracias provinciales.

Aunque a fuego lento, mientras alumbran los primeros chisporrotazos de la revolución, la caldera está ardiendo y en ella se mezclan los intereses más opuestos. En un simple esquema se podría hablar de tres partidos, de tres facciones, descontando —como es natural— la propia voluntad y el impulso que irradiará de algunas individualidades sobresalientes y enérgicas como la de Ribas y la de Bolívar. Un primer partido sería el de los aristócratas autonomistas que quieren aprovechar la excelente coyuntura de la guerra española para mandarse solos. Dicen que respetarán los derechos de Fernando VII y la fórmula ideal para ellos sería realizar el cambio sin mayor trastorno social. Creen merecer más autoridad que cualquier intruso funcionario español sobre la próvida tierra venezolana que labran desde hace doscientos años, donde edificaron hacienda y donde tienen aquellas amplias casas de tres patios, pobladas de familia y servidumbre que admirara Depons. Su vigorosa patria potestad sobre hijos, esclavos, hatos de ganado, haciendas de cacao y tanques de añil, no encuentra otra restricción que la política. Ser poder político, así como ya son poder económico y poder familiar, es lo que en

el fondo auspician. Algunos adquirieron en España —después de liquidar sus buenas cosechas de cacao— títulos de marqueses, no tanto para servir a la monarquía española como para ratificar la preeminencia vernácula. Hay buenos y malos hombres en esta primera facción autonomista. Si para don Martín Tovar Ponte, por ejemplo, la palabra "Patria" tiene un sentido moral y paseará por los días trágicos de la revolución su perfecta hidalguía de caballero; si es hombre justo, de ideas moderadas; para un marqués de Casa León, opulento propietario de los valles de Aragua y alma extremadamente tortuosa e intrigante, lo único que cuenta son sus negocios y su éxito personal. Se hará amigo de Miranda cuando éste parece tener buena estrella, para traicionarlo y servir de nuevo a los españoles, al llegar los primeros reveses. En el círculo aristocrático, y por una "constante" que se observa en toda revolución, despuntarán personalidades cesáreas, hombres de gran estilo que como Ribas y Simón Bolívar han de romper toda coacción y prejuicio de clase, y se montarán en la verdadera circunstancia revolucionaria como en un caballo brioso.

Aunque coincidan con los "mantuanos" en el deseo de liberarse del régimen español, acaso un segundo partido de gran fuerza propagandística, es el formado por la juventud que leyó libros de Francia y vibra con el humanitarismo fraternal e igualitario de la Revolución. Jóvenes como Vicente Salias, Antonio Muñoz Tébar, García de Sena, lector y glosador de los radicales escritos de Thomas Payne, Coto Paul, el músico Juan José Landaeta, quien compondrá en compañía de Salias el "Himno" de la revolución; letrados in-

conformes y de bastante elocuencia demagógica como Francisco Espejo cuentan entre los agitadores de este grupo. Sienten, románticamente, el deseo de un cambio; abominan de todo lo viejo, ven en la revolución una maravillosa aventura cargada de sorpresas, y, escandalizando a las antiguas familias y los antiguos prejuicios, cultivan la amistad de los "pardos" y gente de color. Tienen sus tertulias nocturnas donde se leen libros radicales y se organizan pequeñas conspiraciones. Serán el núcleo dirigente de la futura Sociedad Patriótica.

Con desconfianza miran lo que pasa quienes se pueden llamar los hombres del tercer partido: comerciantes y funcionarios españoles que se ven desplazados ante la insurgencia del patriciado criollo; y elementos conservadores de una indecisa y borrosa clase media, cuyo viejo estilo colonial de vivir se previene de toda innovación. Mientras los ricos mayorazgos de la aristocracia son ya un poco cosmopolitas, han viajado por Europa y adornan sus casas con muebles franceses, las familias de los empleados y pequeños propietarios mantienen, mucho mejor, las formas estáticas de la antigua cultura. La influencia de los frailes, de los predicadores y confesores de los conventos, de los ásperos clérigos españoles, será más intensa en ese grupo todavía temeroso e inmóvil. Y aun el pueblo a veces prefería al funcionario español que, por no estar ligado a los intereses de la casta aristocrática, hacía justicia y aplicaba una ley pareja, al ensoberbecido patricio criollo que subrayaba su altanera preeminencia.

Sobre los distintos partidos, como "hombres necesarios" y verdaderos "magos" políticos, se

erigen ciertos personajes que pretenden ser más sabios y más duchos en teorías que sus otros compatriotas. Uno de éstos es el licenciado Juan Germán Roscio, perteneciente a una oscura familia de provincia pero abogado de crédito, cuya atiborrada sabiduría jurídica, un tanto indigesta, pretende elaborar las tesis y la infalible doctrina de la situación. Representante del pueblo en la Junta Suprema; uno de los organizadores responsables del golpe de estado del 19 de abril de 1810 contra el Capitán General, no disimula su disgusto cuando sabe la próxima llegada de Miranda. Aunque en ideas debería estar de acuerdo con el Precursor, sufre de enconada emulación y envidia como si Miranda viniese a despojarlo de su prestigio político. Entre los ricos, pero no muy instruídos personajes de la Junta Suprema (Tovar Ponte, Llamozas, Palacios, etc.), Roscio se erguía como una enciclopedia jurídica. La revolución reducirá sus pretensiones; terminará por ser lo que realmente es: un documentado perito en leyes y fórmulas constitucionales, un pesado y honorable redactor de informes y alegatos políticos; pero todavía, a fines de 1810, soñaba en más altos y visibles poderes. Un Roscio refunfuñante, quien como miembro de la Junta, obstaculiza la llegada de Miranda; que accede después demagógicamente, como cediendo a la presión del pueblo; que en una de sus primeras conversaciones con el general alude con malicia a todos los procesos y papeles de execración que lanzó contra el conspirador la monarquía española y que no podían considerarse, en estricto derecho, enteramente derogados; que alardeando después de generoso, ordena que se destruyan esos

papeles y siempre está dispuesto a interpretar con doble y triple sentido cualquier acto u opinión mirandina, surge de los documentos de entonces. Pocas personas dañarán, como Roscio, el crédito y reputación de Miranda en Venezuela. Aquel abogado, plagado de citas, es, sin embargo, capaz de una doble demagogia: por una parte, con su arribismo social, intriga contra Miranda en los círculos aristocráticos; por otra, lo pintará como autoritario y desdeñoso ante el pueblo.

Como reverso de la rivalidad de Roscio, Miranda encontrará en otro ilustre jurista —don Miguel José Sanz—, la comprensión humana y el sereno consejo que requería para luchar en un medio tan difícil como el de la Caracas de la revolución. Pero marcha —como ya lo veremos— al primer acto de un drama, aquel pasajero de la corbeta *Avon* quien en medio de manifestaciones y juicios contradictorios (júbilo del pueblo que le aclama en el puerto; recelo y murmuración de las antiguas familias) desembarca en La Guaira el 10 de diciembre de 1810. La familia de los Bolívar lo lleva de huésped y esperan ampararlo con su fausto y prestigio social, de las intrigas de algunos personajes.

XIX

PRIMER ACTO DE UN DRAMA

Una áspera cordillera en cuyo colorido predomina el ocre casi rojizo de los cerros y el opacado verde polvoriento de los grandes cactus, sirve de baluarte continental al mar Caribe y a los vientos alisios, en la costa central de Venezuela o costa de La Guaira. Como belicosos torreones o con sus espaldas de animal paleolítico, se yerguen los cerros nudosos y gibados que abren sobre los barrancos las grietas de una fuerte erosión. El camino que comunica a Caracas con su puerto, trepa a la orilla del abismo o se pega contra el duro espaldar de las montañas a guisa de es-

calera de caracol. Y de pronto, interrumpido de quebradas, y al pie de su majestuoso pastor, el monte Avila, se levanta el valle caraqueño. A pesar de la cercanía del mar, la capital de Venezuela está separada del Universo por ese bastión de granito, y ello da a esta ciudad semicostera, semiserrana, cierta ponderación y reserva que contrasta con el alma más locuaz, accesible y abierta de las ciudades antillanas. Dentro del mapa suramericano, Venezuela parece un inmenso hueso de enlace entre el alegre y ruidoso mundo caribe y esa Sur América andina, más grave y melancólica, que se fija en los altiplanos de Colombia. El clima tropical se modifica en las costas altas de Venezuela por el muro que las montañas erigieron contra los vientos. El paisaje es siempre viril y de los llanos, los cerros y las estepas arenosas y herbosas que constituyen el paisaje histórico de Venezuela (porque hay una Venezuela de los húmedos bosques guayaneses que ha tenido, aún, muy poca influencia en la vida del país) salieron siempre mestizos bravos, de gran aguante físico. Con el español se mezcló en la cópula brutal de la conquista (puesto que la ocupación del territorio tuvo mayor dureza que en otras regiones americanas) el feroz indio caribe. Tres siglos de mestizaje se tragaron al indio que en la Venezuela civilizada no forma un bloque casi aislado de población, como en los países andinos; broncearon al blanco español y llevaron a las ricas haciendas cacaoteras y a la servidumbre de las casas patricias la mercancía de ébano, el esclavo africano. En el caldero de tantas mezclas raciales se preparó el hombre venezolano, el corajudo jinete, el voluntarioso dominador, o el le-

trado vivaz e intrigante que veremos durante la guerra de independencia. Entre el gran llanero Páez, jequè del desierto, centauro de caballos en pelo, y Miguel Peña, abogado de Valencia, sumamente astuto y desconfiado, pasa lo que yo llamaría la línea media del carácter venezolano. Hay las grandes cumbres: Bolívar, Sucre en que lo nacional se expresa en excepción o sublimación. Si el valor y la vivacidad, parecen muy venezolanas en Bolívar, no lo es su volcánica espontaneidad; aquel darse todo, sin cálculo y sin reserva, que marca su vida de absoluto signo de entrega. Bolívar amó todo lo que virilmente se debe amar: la gloria, la libertad, la idea de reformar el mundo, las mujeres hermosas y el poder político. Pero miró siempre con desprecio caballeresco el dinero, hasta morir él, el gentilhombre, el que pudo tenerlo todo, con una sola camisa de remuda. Y en cuanto a Sucre que cruza por la violencia de nuestra historia militar como un caballero del *Roman de la Rose* consagrado al culto de una virtud indivisible; limpio y justo siempre, en el uniforme como en el vocabulario, en la letra de su firma como en los planes de Tarqui y Ayacucho, domando con su clara cabeza de matemático el fragor de las armas y de las pasiones humanas; Sucre —hay que decirlo— debió aparecer ante sus coterráneos, los deslenguados e impulsivos caudillos del oriente venezolano, como incomprensible de puro perfecto. Se necesitaba de un alma tan generosa, tan segura de la propia grandeza como la del Libertador, para que el nombre de Sucre se engastara como el diamante más límpido, en nuestra canción de gesta. Otra cumbre de la historia nacional es Francisco de Miranda, pero sus con-

temporáneos mirarán a este encanecido Quijote de la conspiración como un poco extranjero, como si el que libró las batallas de la libertad fuera del patrio recinto, y condujo y representó su Colombia y su Venezuela ideal en los complicados círculos de la política europea y norteamericana, no atinara con el lenguaje ni se pusiera a tono con las contradictorias pasiones que emergían de su pueblo.

El hombre está hospedado en la casa de los Bolívar en los primeros días de 1811. Algunos de los caballeros que forman parte de la Junta Suprema y a quienes la cortesía impone visitar a un personaje tan notorio, contribuyeron pocos años antes —en 1806— a la subasta monárquica en que se puso a precio la cabeza del viejo revolucionario, cuando la frustrada invasión por Coro. Habían leído y escuchado los bandos españoles en los que se le llamaba "hereje" y "traidor" y no olvidaron la vieja rencilla del patriciado caraqueño contra la familia de don Francisco. Pero pusilánimes —como suele ser toda oligarquía en los momentos revolucionarios— no quieren romper con él de inmediato, sino observarlo y hasta agasajarlo discretamente. Alguna murmuración suscita la prestancia del general que a veces subraya su orgullo ante los orgullosos, y atiende con frecuencia a los visitantes rodeado de extranjeros como su secretario Molini, el periodista José Antepara, el francés Antoine Leleux. Miranda es, ante todo, personaje internacional y ello pesará demasiado en los mágicos enredos y las sospechas de la política nativa. Su "extranjerismo" es la primera fábula que echan a correr contra él los optimates. Este extranjerismo

—hay que aclararlo— se operará, a pesar de Miranda. La naciente revolución venezolana, atraía, fatalmente, a una serie de forasteros ansiosos de figuración, aventuras y buenos negocios que desde las Antillas británicas o francesas, daban un salto fácil a la Capitanía General. Las relaciones de contrabando que durante la colonia tuvo Venezuela con las islas extranjeras del Caribe, se trocaban ahora en relaciones normales. Pero, además, el "napoleonismo" de la época, ese ardor de aventuras que hemos visto en los comandantes de las flotas británicas del Caribe como Cochrane; esa oportunidad para la utopía política o el negocio fácil que despierta toda revolución, empujaba hacia Venezuela una pequeña corriente de inmigrantes audaces. Agitadores intelectuales como el irlandés Guillermo Burke cuyos primeros escritos sobre la independencia hispanoamericana aparecieron en los periódicos de Londres, habían trasladado su foro ideológico a Caracas. Los salones de algunas familias patricias donde hay muchachas ansiosas de novedades, se abren a estos forasteros; y un oficial francés como Louis Delpech contrae matrimonio con una de las linajudas señoritas Montilla y se incorpora a los cuadros militares del recién nacido país. En las tropas que comandará Miranda serán abundantes los extranjeros como el oficial de artillería Rolichon, el de caballería coronel Joseph du Cayla, el teniente Colot, el capitán Chatillon, el después famosísimo Manuel Serviez. Hasta como una defensa contra las intrigas nobiliarias que alzaron frente a un fogueado general como él un caballero poltrón como el marqués del Toro, el Miranda que vamos a estudiar se apoya frecuentemente en

estos oficiales extranjeros, y apreciará más —es claro— su consejo táctico que el de los bisoños venezolanos que hacían sus primeras armas. (Como para que no se envaneciera demasiado y para someterlo a una especie de turno político, la Junta Suprema apenas concedió a Miranda, pocos días después de llegado, el título de teniente general y no el de Generalísimo, a que podía aspirar el famoso veterano de Valmy. Su ascenso venezolano ha de realizarse, más por el apremio de las circunstancias que de la justicia, y en medio de las contradictorias pasiones y aun el sabotaje de embozados enemigos.) Europa le había enseñado precisión y disciplina militar, sentido de la jerarquía, y esto también chocará con el impulso bárbaro que entonces exige un pueblo. Un gran drama político que después se trueca en tragedia, tendrá como principal actor a Miranda, entre enero de 1811 y julio de 1812.

El problema mayor durante el primer semestre de 1811 es el del Congreso. Para resolver el contradictorio conflicto que crearon, al insurgir contra la Junta de Sevilla y mantener al mismo tiempo su mentirosa fidelidad a Fernando VII, los gobernantes de Caracas habían convocado para marzo de 1811 un Congreso de los diputados de las regiones. Se arrojaba un poco al arbitrio de aquella asamblea la suerte, nombre y destino que tomarían las provincias venezolanas. Aun pudiera decirse que dos estilos, dos concepciones de la política, iban a chocar en ese Congreso; y los señores caraqueños dejaban a la magia del número, lo que no podía decidir su ejecutivo colegiado. Para la gente de estilo antiguo, como algunos de

los clérigos que se reunieron a deliberar en la capilla del convento de San Francisco después de encomendarse al Espíritu Santo, ese Congreso sería semejante a aquellas cortes españolas que el soberano citaba en momentos de peligro, casi como consejo de antecámara. Mas la imagen del Congreso Norteamericano y aun de la Asamblea Nacional francesa que rompió con el pasado para engendrar la República, las teorías de Rousseau y el Acta de Filadelfia, estaban presentes en los sueños y los cálculos de las cabezas más jóvenes. A la estrategia de alargar los plazos y de amortiguar la revolución que podía venir —que era la de los viejos y de las gentes más conservadoras— opondrán la juventud y los pensadores radicales, una ofensiva de excitación y hostigamiento. Los optimates caraqueños han tratado de amenguar la influencia de Miranda que apenas consigue en la lista de diputados una representación por el pueblo del Pao, oscuro burgo perdido en las soledades llaneras. De Londres al Pao era la disciplina y el rebajamiento a que querían someter al elegante conspirador los politiqueros rencorosos y parroquiales. Enredarlo en las intrigas y las pequeñeces de la Venezuela más aldeana; ponerlo a luchar con lo que más desconoce, era una táctica para debilitarlo y perderlo. El hombre de vista larga, de pupila y cálculo mundial, tendría que extraviarse en las anécdotas y las pasioncillas que se elaboran —para hostigarlo— en los locutorios de algún convento o en la antesala de una casa patricia. No se le da a Miranda sitio en la Junta Directiva del Congreso inaugurado el 2 de marzo, ni tampoco en el triunvirato ejecutivo que se designa para administrar las provincias, mientras se elabora un estatuto político,

el día 28. Sin embargo, hay amigos suyos en la asamblea como el licenciado Sanz, quien —como ya veremos— es acaso el político más activo, más puro y clarividente que tenga el país entre 1811 y 1812.

Y la desconfianza aristocrática, es una de las primeras causas del drama inicial que cerca al viejo conspirador. Por su edad, por su experiencia y hasta por su desengaño, él ha querido proceder desde un comienzo como líder nacional que trata de ponerse por encima de la querella de los partidos; lograr el difícil punto de entendimiento común, e impedir que la separación de España engendre no sólo la guerra contra los peninsulares sino también la enconada lucha civil entre criollos. El filósofo escéptico que lleva dentro de sí, trata de metamorfosearse para estar de acuerdo con el ambiente en sus primeros días caraqueños. Ha recibido en la sala de los Bolívar a los señorones "mantuanos", a los llamados marqueses del cacao y del tabaco. Visitó al arzobispo, el conflictivo clérigo catalán Coll y Prat, y hasta ha censurado algunos artículos demasiado violentos y un tanto irreligiosos, difundidos en *La Gaceta de Caracas*. El propagandista Burke aludió en sus escritos a la necesidad de amplia tolerancia religiosa y a la libertad de cultos; y por el momento dicho tema puede dividir más la opinión y daría armas a los empecinados reaccionarios para quienes toda libertad es sinónimo de ateísmo. Hacer reformas sin escandalizar, parece que era, entonces, el programa político de Miranda. La república patricia con que él soñaba debía eludir —al principio— todo exceso jacobino que en Venezuela produciría, por el encono y división de castas, mayores males y mayor anarquía que en el cul-

tivado pueblo francés. Personajes como Roscio, a quien ya hemos visto un tanto doble y un tanto envidioso, interpretan como acto de hipocresía lo que en Miranda es tan sólo prudencia. Ante la tentativa de desplazarlo de la verdadera política militante, arrojándole como un mendrugo su título de teniente general y sus credenciales de modesto diputado por el Pao, Miranda reacciona yendo a instigar la más revolucionaria Sociedad Patriótica.

En el fondo, el desengañado anciano ha de considerar un poco ilusos a aquellos jóvenes oradores que por marzo de 1811 improvisan un club político de estilo francés, en una casa de la esquina de Las Gradillas. Sesiones nocturnas y largas tiradas declamatorias sobre la opresión española, sobre las crueldades de la conquista y el monopolio económico a que España tuviera sometida a estas ricas provincias, son los primeros actos de la naciente Sociedad. La preside al comienzo un abogado demagogo, el Dr. Francisco Espejo, quien a pesar de sus 50 años, quiere emular en tono y agresividad con los más jóvenes. Alma un poco tortuosa, que en los días de la contrarrevolución realista pretende cantar la palinodia, el Dr. Espejo habla en un lenguaje en que despuntan algunas mal imitadas metáforas rusonianas. Pronto aquellos discursos de la Sociedad se convierten en uno de los más atractivos espectáculos de Caracas. En noble impulso filopolita, los asociados convidan a sus reuniones a algunos artesanos "de color", a quienes en el idioma de la época se llamaba los "buenos e inocentes pardos". Jóvenes aristócratas como Bolívar, José Félix Ribas, Muñoz Tébar, Coto Paul se muestran ahora por las calles en compañía de aquellos hijos del pue-

blo. Y el buen mozo y bizarro José Félix Ribas, atleta, jinete y espadachín, alma de violento caudillo popular, establece tienda política y busca su clientela en los apartados barrios de la ciudad, a donde llega en un caracoleante caballo blanco. De tanto bailar y enamorar mujeres en las fiestas aristocráticas, este José Félix Ribas vive ahora la gran excitación del pueblo; le gusta que lo consideren jefe de los pardos y de las humilladas castas, y con todo el ardor de su sangre de *condottiero* se deshace en imprecaciones contra España y la clase nobiliaria. La electricidad ambiente, el deseo de "novedades"; aquella aventura hacia nuevas costumbres en que parece lanzarse la antigua sociedad colonial, contagia, también, a las mujeres que acuden de noche a escuchar los discursos y a presenciar los debates de la Sociedad Patriótica. Miranda ha logrado que se le elija Presidente de la Sociedad y es la manera de vengarse de la *capitis diminutio* a que lo sometiera, por ejemplo, su diputación por el Pao. La Sociedad organizará, de cierto modo, a las turbas caraqueñas y las lanzará contra el Congreso para decidirlo a declarar la independencia.

La antes apacible Caracas cuyas soledosas calles sólo se animaban cuando el anual paseo del estandarte o en los días de procesión religiosa, ahora presencia desfiles patrióticos y vocingleras turbas que profieren denuestos contra la monarquía o lanzan vivas a la república todavía no nacida. Para conmemorar el aniversario del 19 de abril, los agitadores de la Sociedad Patriótica preparan una enorme manifestación callejera. Presidiendo el cortejo, a la cabeza del pueblo, marcha Miranda enarbolando un pendón amarillo, color que los patriotas oponen al rojo de la monarquía.

Una comparsa de indios, disfrazados con vistosos plumajes, simboliza la "inocente" América que se subleva contra el caduco sistema de los reyes europeos. En las esquinas de la Plaza Mayor y en improvisados tinglados, se queman y destruyen retratos de Fernando VII y todos los emblemas monárquicos. De la multitud brotan las dos primeras frases de la canción que el poeta Vicente Salias y el músico Juan Landaeta han compuesto, y que se convertirá en el himno nacional de Venezuela: "Gloria al bravo pueblo que el yugo lanzó". Cuando con las gargantas secas de gritar, los manifestantes vuelven al recinto de la Sociedad Patriótica, un nervioso joven de 28 años —Simón Bolívar— pronuncia el mejor discurso del día. Es un discurso breve donde cada frase suena como una consigna: "Hoy es el natalicio de la Revolución —comienza diciendo Bolívar—. Termina un año perdido en sueños de amor por el esclavo de Bonaparte: ¡que principie ya el año de la Independencia y de la Libertad! Confederación de Estados o gobierno central, una asamblea o muchas, por todo podemos comenzar como comencemos por la Independencia". A la lentitud de los juristas y de los diputados cautelosos que habían empleado sus primeros días de Congreso en discutir la fórmula constitucional para unir las diversas provincias allí representadas oponen, pues, Bolívar y los oradores de la Sociedad Patriótica, la dinámica revolucionaria. Solucionar el problema político, romper con el pasado y declarar la independencia era el paso previo para ese como partido jacobino de la revolución que preside Miranda. El diputado del Pao teme que la ideología federal que predomina en los representantes provinciales, debilite la fuerza política del

país, en el momento en que ya se anuncia una ofensiva peninsular contra Venezuela. De las Antillas llegan noticias amenazantes: en Puerto Rico, el comisionado regio Cortabarría, organiza una expedición contra los insurgentes, y el ejecutivo caraqueño ha mandado a Estados Unidos como agente diplomático a Telésforo de Orea para que averigüe qué puede ofrecer el gobierno de Washington. La táctica de apaciguar y dar larga que parecía prevalecer en el Congreso, se ve hostigada no sólo por la propaganda creciente de la Sociedad Patriótica, sino por el auge de la prensa que, contagiada de la emoción popular, se torna cada día, entre marzo y julio de 1811, más republicana. Con la ya vieja *Gaceta* polemizan y ofrecen otra perspectiva de la situación, periódicos más jóvenes y teñidamente políticos: *El Publicista Venezolano, El Semanario de Caracas, El Mercurio Venezolano.*

"¿Qué es lo que va a pasar?", se pregunta cada noche, cuando regresan a la Posada del Angel o a cualquiera de los mesones caraqueños donde están hospedados, los un poco pusilánimes diputados de las provincias. Su personal problema es bastante complejo porque mientras las necesidades de la guerra que ya se ve venir y la opinión de las personalidades más relevantes del Congreso como Sanz y Miranda recomiendan un fuerte sistema unitario, que es como decir la primacía política de Caracas, el recelo provincial prefiere una confederación bastante débil. Miranda, que perteneció en Francia al partido de la Gironda, parece dar razón en Venezuela al centralismo de los jacobinos.

Combatidos por la prensa y por la caliente oratoria de la Sociedad Patriótica, los diputados

más conservadores, los que en el fondo desean que nada se cambie, llegan a proponer el traslado del Congreso a una ciudad de provincia —como Valencia— donde el dictamen de los padres conscriptos se vería libre de la tumultuosa presión del radicalismo caraqueño. Pero el día 2 de julio se lee en la asamblea la última correspondencia enviada por el agente confidencial de Venezuela en Washington, en la que, a través de las naturales perífrasis diplomáticas, se insinúa la buena voluntad con que el gobierno estadunidense vería la independencia. Esto es un argumento más para el grupo republicano, que el 3 propone que se abra ya definitivo debate sobre si es oportuna o no una categórica declaración para libertarse de España. Del farragoso discurso jurídico en que hasta el momento han estado sumidos (sobre representación de las provincias en el gobierno; sobre centralismo o autonomía provincial) los legisladores se ven lanzados a pronunciarse sobre un hecho concreto. ¿No es toda una frase, aquella sedicente "conservación de los derechos de Fernado VII", cuando de *facto*, y a partir del 19 de abril de 1810, el patriciado criollo se dió un gobierno autónomo? ¿No conviene, pues, perfeccionar de validez jurídica el acto de insurgencia que se realizó entonces? Aquí se encienden las pasiones del Congreso porque diputados como Maya de La Grita y Ramón Ignacio Méndez de Guasdualito, alegan que las credenciales de sus provincias no los autorizan para declarar sobre asunto tan grave. De pie, con su blanca melena de león anciano, en la actitud estatuaria con que lo representa Tovar y Tovar en un cuadro famoso, don Francisco de Miranda pronuncia el día 3 un admirable alegato a favor de la independencia ab-

soluta. Habla con tanto brío y majestad que Ramón Ignacio Méndez, impulsivo llanero que desea rebatirlo pero a quien fallan los argumentos, se precipita a darle una bofetada. Varios diputados se interponen y evitan el duelo personal. El Presidente Rodríguez Domínguez toca la campanilla. Por hoy, es mejor suspender la sesión. Amotinados contra las puertas y ventanas exteriores de la casa donde funciona el Congreso, esperan a Miranda para aplaudirlo y protegerlo sus hombres de la Sociedad Patriótica. En la noche habrá sesión en la Sociedad. Comenzará en un discurso estupendo cuyas palabras restallan como latigazos la fulgurante carrera política de Simón Bolívar. Los diputados han dicho que "las grandes decisiones han de prepararse en calma", y el estilo apodíctico del futuro Libertador replica: "¿Trescientos años de calma no bastan?" El Congreso vacila y ante los peligros que ya se avistan, Bolívar dice: "Vacilar es perdernos. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana".

Acaso oyendo hablar a Bolívar, que presentaba contra el fárrago de los juristas la verdadera teoría revolucionaria, los auditores de esa noche trazarían un paralelo entre el joven líder y el anciano líder; entre el Precursor y el Libertador. Miranda todo experiencia, todo sabiduría; Bolívar todo ímpetu.

Pero la bofetada que esa tarde, en el ya excitado Congreso quiso darle a don Francisco, Ramón Ignacio Méndez, tiene para la biografía de nuestro conspirador la importancia de un símbolo. El impulsivo llanero representaba en ese momento la reacción de la tierra bárbara, de la Venezuela aún no redimida, del autoctonismo más cerrado

y más híspido, contra el hombre cosmopolita y universal que era Miranda; contra quien por haber viajado y saber tanto quería hasta negársele la ciudadanía doméstica. Con menos forma y menos hipocresía que los políticos que quisieron convertir a un general de la Revolución Francesa en modesto general de las desorganizadas tropas venezolanas; y al confidente de sabios y primeros ministros, en diputado por el Pao, actuaba Ramón Ignacio Méndez. Son los síntomas de una aguda disonancia psicológica entre Miranda y el ambiente, que constituyen como el tema insinuado en el primer acto de un drama.

XX

PATRIA BOBA

La mayoría de los hombres que por fin estuvieron de acuerdo para firmar el Acta de Independencia de Venezuela, el 5 de julio de 1811, no alcanzaban a prever todo lo que tras sí acarreaba el elegante documento puesto bajo la protección de Dios "Todopoderoso" y vestido con las mejores y más nuevas teorías del Derecho Público. La guerra había sido actividad ajena a aquellos patricios caraqueños que gozaron de un mundo tan próspero y pacífico como el de los últimos años del coloniaje. Los capitanes de milicia de la provincia venezolana apenas lucían su hermoso tricornio, su espadín diplomático, su casaca azul

y su camisa de seda en las fiestas oficiales regidas por el más cortesano ceremonial. Las castas inferiores que ellos dirigían con su dinero y el vínculo moral de una firme clientela, no habían demostrado con mucha acritud el deseo de mejorar de condición; y entre Tovares y Toros, entre los pocos marquesados que lucían sus recientes escudos en los caserones de la antes apacible Caracas, parecía que habría de resolverse siempre el destino de tan soleada región del Universo. Ségur, Humboldt y Depons, los viajeros famosos que vieron el país antes de la revolución, describieron una sociedad crecientemente refinada y un pueblo manso.

Será la guerra una de las primeras sorpresas con que tropezarán los magnates. Se ha dicho en ese primer semestre de 1811 que en Puerto Rico el comisionado regio Cortabarría prepara una expedición contra Venezuela y que en las aguas insulares se calafatean los barcos y se previenen los víveres para los soldados de S. M. Coro y Maracaibo, las provincias renuentes, especulan y esperan esa próxima invasión realista y ella torna, también, tibio y contradictorio el sentimiento político de las comarcas del litoral oriental. Ya antes del 5 de julio hubo un intento de golpe de estado realista en Cumaná, y los activos frailes catalanes de la Guayana, país de misión y un poco sometido a la teocracia capuchina, disputaron a los patriotas el dominio de los ríos en una verdadera guerra fluvial de corso. Comenzaba en Guayana y en las llanuras del sur aquella típica guerra anfibia, a veces en caballos en pelo, a veces asaltando las canoas y flecheras enemigas, que será el aporte y la estrategia llanera a nuestra independencia. Corajinudos frailes, ásperos

catalanes, y vascos poseídos de fanático valor y fanfarronería hispana, se convertirán en las pequeñas aldeas en jefes religiosos y militares. Son los dignos hermanos de aquellos curás de trabuco y rosario que en la España de la misma época sorprendían con sus guerrillas a los granaderos de Napoleón. "¡Oh el criollismo impío y afrancesado!", dirían los frailes, oponiendo a las frases románticas y rusonianas del estilo patriota, sus homilías bíblicas, sus amenazas de infernales castigos. Entre los más recientes inmigrantes españoles, entre las castas y la informe clase media, religiosa y tradicionalista, hacían su propaganda estos agitadores teológicos. O quién sabe si llevaron a la convicción de las masas la idea de que trocaban el sometimiento a un lejano rey, por el predominio más próximo y, por tanto, más incómodo, de los aristócratas caraqueños.

Ya el 11 de julio —seis días después de firmada el Acta gloriosa— el pueblo de Los Teques presencia una rebelión ingenuamente fanática. Al grito de "¡Viva el Rey y la Santísima Virgen del Rosario!", cubriéndose el pecho con corazas de lata como caricaturas de cruzados, y blandiendo palos y fusiles de piedra, marchan unos cuantos isleños instigados por sus padres confesores a insurgir contra los herejes de Caracas. Son desbaratados en la planicie del pueblo y se les conduce para instaurarles proceso a la capital. Sincroniza con la de Los Teques una más grave sublevación en Valencia dos días después; y los contrarrevolucionarios valencianos marchan a apoderarse del puerto de Ocumare, como para tener litoral dispuesto a las anunciadas naves de Cortabarría. El elegante marqués del Toro es delegado por el gobierno caraqueño para negociar y someter a los

valencianos, pero le va tan mal que detrás de él debe salir Miranda. Un combate en Mariara el 19 de julio y las sucesivas operaciones que aseguran, ya a comienzos de agosto, la sujeción de Valencia y de toda la región central del país, señalan el primer éxito militar mirandino.

Pero con esta pequeña gloria guerrera, que tal vez Miranda comparó peyorativamente con sus antiguas batallas campales en Bélgica y Holanda, surge una serie de problemas políticos y aun de intrigas y enredos que cargan de nueva materia explosiva su latente tragedia. Haber sido, ostentosamente, más militar que el marqués del Toro parecía incómodo en el receloso clan patricio de Caracas. Hay ya un círculo oligárquico, mañosamente adverso a don Francisco, que se ocupará de obstaculizar toda su tarea de hombre de estado. Al marqués le escocía el remordimiento de haber denunciado en 1808 ante el Capitán General, y en hipócrita comedia de lealtad monárquica, la correspondencia conspirativa de Miranda; y se observa en el grupo de la casa Toro el anhelo de oponer al viejo revolucionario otra personalidad que le sea más adicta. A través de uno que otro papel y testimonio de la época llega a pensarse si no fueron los Toro quienes contribuyeron a enfriar un poco la amistad, al principio muy fervorosa, entre Miranda y el joven Simón Bolívar. Pero el proceso psicológico que conducirá un año después a la violenta reacción del Libertador contra el Precursor es muy lento y complejo, y hasta las vísperas del desastre Bolívar más bien se afana por servir decorosamente a don Francisco. Hay la contrapartida, y es que Miranda, acaso enconado por los enredos del clan aristo-

crático, no estimó en toda su valía la impetuosa personalidad de Bolívar.

El recelo patricio contra Miranda afecta, también, por otra causa, al más leal de sus amigos, el licenciado Miguel José Sanz, acaso la personalidad civil más importante de Venezuela en el período que va de la declaración de independencia a la guerra a muerte (1811-1814). Un silencio, tal vez preparado por la oligarquía caraqueña, ha seguido a través de la historia a aquel eminente repúblico, de quien los venezolanos de hoy no tenemos sino un retrato borroso que no destaca bien su impar grandeza y el alcance de su visión política. Idealista práctico, es el precursor de toda una reforma social que oponga a los métodos del coloniaje los de la democracia del trabajo y la igualdad de las clases, pero conoce, al mismo tiempo, los caminos difíciles, revolucionarios, que debe recorrer la idea para trocarse en eficacia. Contra la demagogia irresponsable del Congreso y el sabotaje aristocrático temeroso de hacer las cosas a fondo, Sanz defiende —cuando es necesario— la idea de una dictadura revolucionaria; presenta planes económicos audaces, ofrece la última fórmula para salvar la República cuando ella se disuelva en el idealismo demasiado gaseoso de algunos soñadores y en esa sublevación de la ignorancia que habrá de destruir la utopía política de 1811. Será Sanz —como ya lo hemos de ver— quien da siempre por Miranda una constante batalla dialéctica civil que a veces desconcierta y hace enmudecer a los enemigos. Por haber defendido como abogado en los últimos días coloniales una causa justa contra los intereses de la familia Toro, y haber merecido, acaso por instigación del marqués, un destierro

a Puerto Rico, Sanz es combatido en aquel potente círculo familiar, y encarna como ningún otro político de entonces, un firme sentimiento antioligárquico.

Durante todo el segundo semestre de 1811, Miranda soporta la lucha más solapada, envuelta en pretextos legales contra algunos personeros del Congreso, entre los que no faltan los reaccionarios impenitentes, quienes bajo el nuevo estilo republicano metamorfosean su apetito de predominio. Por otra parte —y era el escollo natural de un país que se lanzaba de pronto sin tradición ni experiencia al ejercicio político— la antítesis del espíritu reaccionario es a veces un liberalismo sentimentaloide que en toda medida autoritaria de defensa del cuerpo social ve la dictadura y el abuso, y desearía que las ideas de los libros se aplicaran sin tropiezo y liberadas de toda pasión o impureza terrestres. Este ideologismo puro sin pizca de malicia ni de buena estrategia humana, será uno de los disolventes de la primera república, como lo diría Bolívar en su *Manifiesto de Cartagena*, año y medio después. Se acumulan, entretanto, contra don Francisco que ha sido a regañadientes de los optimates y ante el fracaso del marqués del Toro, el general de la marcha sobre Valencia, las más variadas insidias. Un hombre como Roscio que aprobó en el mes de julio la sentencia de muerte cumplida en Caracas sobre varios cabecillas de la sublevación de Los Teques, critica acremente en agosto la energía demostrada por Miranda en el asalto a la plaza de Valencia. Que el general es sumamente riguroso en la aplicación de la disciplina militar; que su sentido jerárquico desconcierta y aterra a las tropas y oficiales demasiado bisoños es uno

de los temas de mayor crítica, y el poder ejecutivo encarga a Sanz que le trasmita, diplomáticamente, tales observaciones. En realidad, lo que deseaba el gobierno era reducir al mínimum los poderes de Miranda y obligarle a que toda sentencia militar fuese en consulta al ejecutivo. Y hay muchos enredadores y adversarios en las barras del Congreso, el día en que el hábil abogado Miguel Peña inicia un público alegato contra Miranda por la multa que impuso a su padre, durante la campaña de Valencia y como justa medida de guerra. La protesta contra aquel acto militar quiere trocarla Peña —quien será después uno de los dialécticos más temibles de la República—, en absoluta discusión de todos los poderes y métodos del general. Sanz y los amigos de Miranda maniobran, a su vez, y la interpelación de Peña se estanca, pero otras pequeñas y alfileradas intrigas siguen al general hasta su campamento. Su plan estratégico de seguir, desde Valencia, marcha hacia occidente, para hostigar a fines de 1811 las fuerzas monárquicas que de Coro envió Ceballos hasta el Yaracuy, es nulificado por el Congreso, que alega la escasez de fondos fiscales. Con absoluta miopía militar, dicen los padres conscriptos "que uno de los medios más adecuados para economizar los gastos en las actuales urgencias del Estado era que se retirasen las tropas de Valencia". A la ofensiva reaccionaria, se opone el repliegue medroso. En las teorías de un humanitarismo sentimental que quiere abolir la pena de muerte y anhela quebrantar la severa jerarquía del servicio guerrero, dilapidan el tiempo y hacen floridos discursos los hombres del Congreso. Y otros problemas de que se carga el ya bastante achubascado año de 1811 son el pro-

blema regionalista, el de las castas, el problema hacendario, la querella constitucional.

Dentro del régimen débilmente unitario de la Capitanía General, la provincia de Caracas concentraba por sí sola más de la mitad de la población y recursos de todo el país. Aquellos diputados provinciales que después de semanas de viajar en mula o en incómodas goletas llegaban por primera vez a la capital de la nueva confederación, no podían sino mirar con recelo el predominio caraqueño. Cada familia influyente en la oligarquía de las provincias deseaba reservarse su tradicional sitio de honor y nombradía en el respectivo cantón. El énfasis localista se ha marcado, por ejemplo, en el esmero con que Cumaná, Barcelona y Mérida prepararon sus constituciones provinciales y en la creación de ciertos organismos que, como la Universidad, fueron la primera reivindicación autonómica de los patriotas merideños. Casi tanta agitación de ideas como Caracas tienen los poblachones de provincia. Al más famoso letrado, al prior del convento, a su reverencia el teólogo se consulta en aquellas cabeceras departamentales la teoría del nuevo gobierno provincial. Cada región quiere disponer, además, de sus propias rentas. Por ello muchos desean disminuir el poder de Caracas; dividir —si es posible— tan rica provincia en dos que sean más equiparables al resto del país. Los celosos provincianos son federalistas por instinto; por vanagloria de campanario. Además, las oligarquías provinciales temen el radicalismo caraqueño donde ha surgido en cabezas mozas un verdadero partido jacobino y donde la abundancia de "castas" parece propicia a la agitación explosiva. Es

en Caracas donde existe, efectivamente, una plebe urbana de pequeños artesanos y menestrales que ya no necesita pedir permiso a sus señores para alborotar la calle con gritos insurgentes. Un larguísimo debate sobre la función de las provincias dentro de la confederación absorbe más de quince días de Congreso. Teóricamente, puede decirse que lo que conviene a un país en trance de guerra o revolución es la forma de estado más centralizada y unitaria, pero la mayoría de aquellos representantes provinciales sabían poco de revoluciones y conocían, en cambio, muy bien sus intereses.

Es curioso cómo el utopismo de algunos ideólogos que pensaban, sobre todo, en el sistema norteamericano, y el apetito más concreto de los oligarcas de provincia deseosos de descentralizar para ejercer mayor poder, desemboca en la Constitución promulgada por el Congreso en diciembre de 1811. Acosado por las dos fuerzas, Miranda ya no tiene valor para quebrar lanzas por el viejo proyecto constitucional, autoritario y casi napoleónico, que trajo en su baúl de viajero. Apenas formula algunas observaciones, no sólo como diputado sino también como jefe militar de la revolución, que nos devuelve —transformadas en burla y sarcasmo— su contendor Uztáriz. Pero con elegancia desdeñosa no se afana en llevar el debate a sus últimos límites; sabe que hay en contra suya una atmósfera de prevención y rivalidad que se expresó, por ejemplo, en aquel impertinente artículo de la Constitución que exigía a los venezolanos larga e ininterrumpida residencia en el país, para desempeñar la primera magistratura.

A la caja de Pandora de los problemas se agre-

gan nuevas causas de desconcierto e inquietud. De todas las consignas revolucionarias del mundo moderno la que más fascinara a las humilladas "castas" coloniales era la de "igualdad". El deseo de abolir todo prejuicio aristocrático y destruir la pirámide jerárquica de la sociedad colonial, estuvo presente en la tentativa de sublevación de Gual y España y en la prédica demagógica de un Chirino en Coro, en 1799. Pero al plantearse en el Congreso, desde julio de 1811, el problema de los derechos ciudadanos de los "pardos" en el nuevo régimen, no prevaleció ningún criterio armónico. Mientras los diputados de Caracas revelan bastante liberalidad y se inclinan por una solución nacional del asunto, los de provincia —un Maya de La Grita, un De la Cova de Cumaná— claman porque sean las legislaturas provinciales las que lo resuelvan con su propio criterio. En síntesis, decían ellos que lo que podía ser bueno para Caracas no lo era para Barcelona o Cumaná. Que el asunto de las "castas" se arregle como en Estados Unidos donde cada provincia de la confederación mantiene su propia norma, era el fondo de una proposición evasiva del diputado Rodríguez Domínguez. Pero hasta los ideólogos más liberales inquirían, si existiendo para las "castas" un estatuto de libertad y plena ciudadanía en Caracas, no afluirían hacia la capital las gentes humilladas de otras regiones, debilitando el predominio de los "grupos más ilustrados" (quisieron decir más blancos y ricos) de la más importante provincia. Es esta inconsecuencia entre las palabras y los hechos; el miedo de llegar a la entraña del problema popular, lo que fortalecerá —antes de que venga la "guerra a muerte"; antes de que Bolívar se haga el jefe de una

revolución y cabalgue en potro en pelo por lo imponderable desconocido—, la propaganda de los reaccionarios; el igualitarismo salvaje que opondrán a la indecisión patricia, hombres como Monteverde o Boves.

La masa del pueblo —hay que decirlo— a la que no llegaba la sutileza de los principios, ofrecía algunos síntomas de descontento a fines de 1811. La guerra vaciaba las cajas de la antigua Real Hacienda; se paralizaron las exportaciones de cacao, faltaban telas y víveres y el gobierno no tuvo otro expediente financiero que lanzar papel moneda. Pronto los billetes, sin suficiente fondo de garantía, se despreciaban y comerciantes españoles y contrabandistas sacaban a las Antillas gran parte del numerario restante. Por su papelón, su sal, sus frijoles y su queso que los pulperos ya no quieren cambiar por el papel de los asignados, claman las pobres gentes, mientras que capitalistas hábiles y grandes hacendados como el marqués de Casa León esperan convertirse en los árbitros financieros del creciente caos. Se puede reconstruir imaginativamente, y a través de uno que otro testimonio contemporáneo lo que ya estaba ocurriendo en el interior del país y que será uno de los fermentos de la reacción poderosa que estallará el año siguiente. ¿Qué explicarían los curas españoles, los frailes capuchinos que en 1812 actuarán como consejeros de Monteverde a sus ignorantes feligreses de las lejanas aldeas? Diseminados en el inmenso territorio actúan y se preparan como agitadores y agentes contrarrevolucionarios algunas sotanas de clérigos: el canónigo Irastorza en Mérida; el cura de Siquisique, Andrés Torrellas; el fraile Coronil en Guayana.

Contra la reacción monarquista y religiosa que

se siente venir, un hombre como el canónigo Madariaga aconseja a los patriotas las medidas más enérgicas, y protesta lleno de rencor por esa patria boba, blanda y contemporizadora que quisieran plegar a sus intereses, los oligarcas caraqueños. ¡Los "señores del orden senatorial y ecuestre"!, los llama con sarcasmo el canónigo. Acude a la casa de Miranda cuando el Generalísimo regresa de algunas de sus expediciones militares por los valles de Aragua. Participa en el diálogo el licenciado Sanz. Los tres hombres discuten la situación.

—Habrá que imponer la dictadura revolucionaria —opina Sanz.

—Lo que dificulta lo que queremos hacer es la "indecente y grosera rivalidad de estas gentes" —dice el licenciado, quien actúa en el Congreso como farellón contra los golpes malévolos y las intrigas contra Miranda.

—A una política interior centralizada a la que se opone el papel de utopía llamado la Constitución, debería corresponder una política exterior más audaz y flexible para comprometer en nuestra causa a algunas grandes potencias —es idea fija de Sanz—. El conflicto de alianzas y coaliciones que en ese momento levantan enorme querella en el mundo europeo, debemos aprovecharlo para nuestro propio equilibrio. Desde 1808 se habló mucho en contra de los franceses y de Napoleón porque fué la invasión de España el primer pretexto de insurgencia hispanoamericana. Pero ahora que Inglaterra nos desdeña para ayudar la causa borbónica, podríamos pedir a Bonaparte o, tal vez, a Rusia y a Estados Unidos, que —a cambio de algunas concesiones comerciales—

garanticen nuestra independencia —opina el licenciado.

Obrar pronto, no sólo contra los realistas que cobrarán cada día más fuerza mientras los congresales discuten, sino, también, contra la oligarquía doméstica enredadora y contradictoria, es la patética preocupación de Sanz. Son dos grandes hombres solitarios, calumniados y negados en un paisaje humano de gritería, enredo y confusión; de gentes que quieren arrojar toda el agua para su propio molino, que no levantan más allá de sus intereses de círculo, la verdadera responsabilidad de la patria.

Hay todavía un tercer hombre, aún muy mozo, el gran orador de la Sociedad Patriótica, el joven oficial Simón Bolívar quien por aquellos días de fines de 1811 y comienzos de 1812 pasa, sucesivamente, de la energía al tedio. Miranda no le ha dado una situación militar suficientemente importante. Viene a Caracas, oye el rumor de la calle y los comentarios de sus amigos, resuelve que en la ciudad nadie se entiende, y, por estrategia personal, regresa a hundirse en su hacienda de San Mateo. Tendido en la hamaca ve transcurrir los calurosos días; las gentes que cruzan por el camino real, los oficiales y soldados que bajan hacia Maracay y La Victoria. Se para bruscamente; recorre a grandes pasos, hundido en silencioso monólogo, el corredor enladrillado; pide a la negra esclava una taza de café, lo bebe a rápidos sorbos. Vuelve a contemplar desde el mirador de la hacienda las nubes que pasan, el tibio aire que diluye una fragancia de pomarrosos y cañamelares. No llega aún para Simón Bolívar el decisivo momento.

XXI

TERREMOTO Y CONTRARREVOLUCIÓN

La guerra —¡por fin la guerra!— después de tan largo sosiego colonial era ocasión para que algunos personajes audaces, salidos de la gleba, pero con valentía para la grande aventura, quisieran emular las hazañas de los legendarios conquistadores españoles. ¿No se parece a Pizarro este isleño Domingo de Monteverde, oscuro oficial de marina, pero cargado de ímpetu e iniciativa feroz, quien llegando a Coro a fines de 1811, mide con más clarividencia que sus superiores jerárquicos Mijares y Ceballos la favorable oportunidad; y de uno a otro zarpazo, terminará por adueñarse de Venezuela siete meses después? Por

los agrios caminos occidentales que van de Coro a Carora —cactus, vegetación xerófila, amarillas y rojas flores del espinoso cují, tierra desgarrada en quebradas— marchan a comienzos de 1812 misteriosos agentes. Las contradicciones políticas de los patriotas y el malestar económico general, hacen propicia la ofensiva reaccionaria. Y sorda y nocturnamente, mientras los caraqueños se enredan en sus intrigas, en provincia germina la insurrección. Coro y Guayana —puntos extremos del territorio— serán los dos focos del estallido. En la inmensa Guayana y dominando el Orinoco, los insurgentes del rey, tienen camino libre a las grandes pampas del sur, a sus caballerías y ganados, a las lanzas feroces de los llaneros que encontrarán un primer conductor e intérprete bárbaro en José Tomás Boves. De los médanos de Coro —especie de Arabia pétrea de Venezuela, mística y guerrera como la otra— vendrán los soldados resistentes, de sumo aguante, que se contentan con su lonja de salón de chivo y se disparan como a una guerra santa, en las huestes de Monteverde.

"Por defender la religión cristiana, porque nos quieren introducir al francés", ocurre en los primeros días de marzo un tumulto en el pueblo de Siquisique que pide inmediato apoyo a las fuerzas españolas de Coro. Una Venezuela todavía colonialista y fanática, fuerte y cruel en su plebe rural, es la que se expresa en ese movimiento de Siquisique, acaudillado por Reyes Vargas, indio heroico y bandolero. Es lo aborigen frente a lo europeo, un reclamo de tierra adentro, más simple y ciego que las bellas elaboraciones políticas en que se entretenían los ideólogos de Caracas.. A los indios de Reyes Vargas llegan a sumar-

se las gentes que comanda Monteverde. De marzo a julio la sublevación cunde, y engrosándose con peones y salteadores, marcha hacia el centro del país. Es el primer gran movimiento social en la historia venezolana; una invitación al bandidaje y a la aventura liberada, una ideología simple que consiste en saquear a los ricos y castigar a aquellos patriotas que quieren entregarnos a la herejía. En vez de aplicar los reglamentos militares de España, el astuto Monteverde que se está convirtiendo en caudillo vernáculo, prefiere que la propia guerra fije su ley y su modalidad aborigen.

Y, mágicamente, parece que la divina providencia colaboraba con la causa reaccionaria. Una pavorosa catástrofe sísmica como la que desde el Caribe hasta las sierras del Táchira, en radio de más de mil kilómetros, sacudió a toda Venezuela el 26 de marzo de 1812, era desusada dentro de los planes normales de la divinidad. Como acentuando su carácter teológico, el terremoto ocurrió el jueves santo, a la hora de las tinieblas, cuando por la agonía de Cristo se cubrían los altares de las iglesias con crespones morados y por las calles soledosas de los pueblos resonaba la gangosa vibración de las matracas. Fué una tarde de fin del mundo. En Mérida, el obispo Hernández Milanes se dirigía con su capítulo diocesano y su escolta de "familiares" a la ceremonia del lavatorio, cuando se desploman las paredes y queda sepultado bajo la lluvia de escombros. Caracas, La Guaira, Barquisimeto, San Felipe sufrieron la más desoladora destrucción. Solamente en Caracas se calculaban diez mil víctimas. Y junto a las casas que bailan, las enormes grietas del suelo y los montones de muertos y heridos, levan-

taban los curas españoles su patético espectáculo de frenesí religioso. Bendicen a las víctimas con sus crucifijos de marfil, asperjan al demonio que debe estar escondido, y haciendo muecas entre las ruinas, reciben las confesiones públicas de la multitud delirante. Es aquel momento tan curioso en la vida del futuro Libertador cuando, al atravesar la plaza de San Jacinto, se detiene a escuchar el sermón de un fraile apocalíptico. A un Dios, amigo del rey de España y encolerizado con los patriotas, atribuye el fraile el tremendo sismo. Bolívar no se contiene; lo agarra de la sotana, lo hace bajar de su provisoria tribuna imprecándolo con palabras que suenan como una blasfemia. "Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella hasta vencerla", habría dicho Simón Bolívar.

En todo caso, y como otro factor de la ruina y el hambre crecientes, el terremoto también remecía la vacilante máquina del Estado patriota. Los letrados de Caracas escriben una proclama para explicar al pueblo el verdadero sentido de aquel fenómeno de la naturaleza y contener la deformada propaganda religiosa. Bajo pena de juzgar como traidores a los remisos, el gobierno llama a las armas a todos los ciudadanos hábiles e intenta, por fin, soslayando las rivalidades entre la autoridad provincial de Caracas y la de la confederación, y entre el ejecutivo y el Congreso, imponer un sistema militar más rígido. Las hordas de Monteverde avanzan hacia el centro; ocuparon a Barquisimeto el 2 de abril y dirigieron sus primeras puntas de lanza hacia los llanos de Portuguesa buscando camino a Valencia. El triunvirato que constituye el más alto poder político de la confederación ofrece primero la dictadu-

ra militar al marqués del Toro, y como éste no se siente capaz de dominar la situación, acuden a Miranda quien, por fin, el 3 de abril queda investido de facultades "para tomar cuantas providencias juzgare necesarias para salvar el territorio invadido por los enemigos de la libertad colombiana".

A pesar de sus sesenta y tantos años, Miranda viaja de Caracas a Valencia reiteradas veces; instruye tropas, discute con los políticos, trata de que se organice la decaída hacienda de la confederación, libra un trágico combate con todas las fuerzas oscuras que ya desatan un caos incontrolable. La dictadura mirandina terminará en julio de 1812 con un fracaso político y guerrero, pero cabe preguntarse si este desastre no es el epílogo fatal de la contradictoria situación. Quien lea el *Manifiesto de Cartagena* escrito por el joven Bolívar en su destierro de la Nueva Granada pocos meses después, encuentra lo que puede llamarse la explicación y alegato de ese primer colapso de la república. Miranda no será más que un grande hombre incomprendido, un héroe de tragedia en medio de lo imposible. Como en toda revolución necesitaba probarse el girondinismo discutidor y blando de los primeros conductores, para que surgiese después de toda experiencia y todo desastre la jefatura centralizada, omnímoda, de un Bolívar. El papel de los mencheviques en la Revolución Rusa, de los girondinos en la Revolución Francesa lo hacen esos doctores del gobierno y Congreso de 1811 a 1812; y el drama de Miranda fué que su dictadura del último instante estaba ya saboteada y agujereada por la intriga y la contradicción. Fuera de Sanz y de Gual, de dos o tres amigos escasos, Miranda no

contó al lado suyo con suficientes hombres de buena fe. Especie de Ashaverus o gran Rey Lear de nuestra revolución no logra vencer aquel "aire de misterio", aquel secreto que está impreso en su vida. Asusta su demasiado saber, su excesivo cosmopolitismo. Puede cundir en contra suya la propaganda de que, finalmente, tiene poco que ver con el país; que hay algo inescrutable en sus fines. Y hasta sobre Bolívar adolorido y en extrema tensión psíquica en julio de 1812, influirá también esta propaganda.

La bárbara caballería de Monteverde ocupa el 25 de abril la ciudad de San Carlos, boquete para penetrar a Valencia y para extender la guerra, al mismo tiempo, por los ricos hatos ganaderos del sur. En ese asalto de San Carlos y en los combates sucesivos que dan los realistas, aparece un hecho psicológico nuevo: la traición. De pronto, cuando la batalla parece decidirse del lado de los patriotas, un numeroso cuerpo se pasa al enemigo. Se perfila, así, uno de los problemas de esta guerra que explica la aparente contemporización de Miranda; la táctica de espera y desgaste contra el adversario que se ve obligado a realizar, en vez de la impetuosa ofensiva. Tiene que aplicar la escuela de Fabio Cunctator y no la de Aníbal. Su ejército es sumamente heterogéneo. Para reemplazar gradualmente los oficiales españoles que aún servían en las armas patriotas y para instruir la masa de soldados obtenidos en la recluta, utiliza numerosos militares extranjeros —un De Cayla, un Mac Gregor, un Serviez, un Rolichon— que aunque tienen alta pericia técnica no consiguen con la tropa aquella confianza y amistad que sólo engendran la lengua y las costumbres afines. El "Juanbimba" ve-

nezolano, el hombre de alpargatas hecho soldado, debió comparar, casi envidiándola, la bárbara fiesta de saqueo que ofrecían las mesnadas de Monteverde y después de Boves, con el frío reglamentismo de los oficiales europeos. Y precisamente por eso, Monteverde y Boves, a pesar del reaccionarismo de su causa, serán jefes populares. Antes de que el Libertador cree en 1813 la verdadera mística de la nueva patria, los hombres de "pata rajada", la buena carne de cañón que ha hecho las guerras de todos los blancos, pensarían que en las bandas realistas que asolaban las haciendas de la aristocracia criolla se cumplía de algún modo su vindicación de clase. No era el igualitarismo legal sino el igualitarismo feroz de la conquista.

Por eso, organizar un ejército antes que exponer todas sus fuerzas para que las deshiciera la traición, es uno de los pensamientos de Miranda en su nuevo papel de dictador militar. Desde San Carlos, Monteverde avanza hacia Valencia en cuya defensa fracasa lamentablemente el comandante patriota Uztáriz. La importante ciudad —segundo centro urbano de Venezuela— recibe a Monteverde con repique de campanas. Ya la seguridad del país sólo radica en dos puntos vitales: la fortaleza de Puerto Cabello que constituye el más firme bastión marítimo del centro y del occidente venezolano y a donde Miranda envía como jefe a Simón Bolívar, y los valles de Aragua, rica despensa de la capital y encrucijada hacia los llanos.

De cuatro mil hombres dispone el Generalísimo, a los que quiere disciplinar y aleccionar antes de lanzarlos a la ofensiva. Monteverde, a quien casi ha sobrecogido su rápido triunfo en Valencia,

espera recibir nuevos auxilios del gobierno realista de Coro antes de seguir su campaña hacia el centro; y vienen unos días de tregua que Miranda aprovecha para convocar la conferencia política de la hacienda de Tapatapa, cerca de Maracay, en la que debe coordinarse con los altos funcionarios de Caracas el doble plan político y militar. Un extraño y resbaladizo personaje, el marqués de Casa León, comienza a ejercer, entonces, enorme privanza ante el Generalísimo. Las horas libres que le deja su trabajo de cuartel las pasa Miranda en las haciendas del marqués, bajo los copudos samanes. Es Casa León verdadero señor feudal de Maracay, dueño de fundos y semovientes, a quien se le ofrece alto sitial rojo en la misa cantada del domingo y recibe del cura, en el momento de la epístola, la perfumada oblación del incensario. Pertenece a una familia de especuladores, enriquecidos en el tráfico de cacao, en el préstamo a interés, en los negocios de contrabando y en una que otra maniobra oscura al amparo cómplice de las autoridades españolas. Cortesano y adulador, oculta sus opiniones políticas y lo que desea, en el fondo, es flotar y lucrar con todos los gobiernos. Pero es tan catastrófica la situación económica del país que Miranda cree encontrar en el marqués un Necker, un mago de las finanzas. O acaso pensaba que la riqueza de Casa León proyectaría un poco de crédito sobre la derruída hacienda venezolana. Entre los montones de asignados que nadie quería recibir, el hambre a causa del terremoto, la escasez de víveres y paralización de transportes, Venezuela había quedado en situación de arrendarse a un financista. Los instrumentos de administración se reorganizan como resultado

de la conferencia de Tapatapa: Casa León dirigirá las rentas públicas; se ha proclamado la ley marcial que llama a todos los venezolanos a las armas y castiga a los infidentes y remisos, y Miranda está investido de autoridad suficiente hasta para "tratar con las naciones extranjeras" y "abastecer al ejército". Pero el problema del instante es tan dramático que ya no hay solamente la guerra entre patriotas y realistas, sino también las confusas facciones políticas que pululan en Caracas. Una guerra en masa contra Monteverde y un verdadero golpe de estado de estilo robesperiano que impusiese en la capital el terror y el orden revolucionarios, hubiera sido la tarea para un jefe o tribuno fanático que no podía ser, ni quería ser don Francisco de Miranda.

A su cuartel en Aragua llegan cada tarde, a matacaballo, los "propios" que traen correspondencia de sus amigos caraqueños. Está frecuentemente en compañía del Generalísimo, el marqués de Casa León quien se guarda, para utilizarlas después, todas las dudas y vacilaciones que recoge en aquellas horas de diálogo. Casa León no cree —pero todavía no lo dice— que puede salvarse la República. Acomodarse con Monteverde cuando llegue la hora de la traición es ya su pensamiento. Las cartas a Miranda informan de los conflictos y enredos de la capital. Madariaga clama ante el Generalísimo para que castigue y meta en cintura a la intrigante oligarquía. Censura el nombramiento de Casa León, como personaje dudoso y vinculado por sus negocios a las más altaneras familias criollas. A pesar de todos los poderes teóricos que se dieran a don Francisco, las gentes del gobierno provincial no cejan en el propósito de debilitarlo. El licenciado Sanz,

que también escribe, casi todos los días, dice que "ya ni se siente seguro del correo" y trasmite igual protesta contra las maquinaciones oligárquicas. "Estas gentes —dice— no están de buena fe; están enviciadas en la intriga, son cobardes, y al mismo tiempo, atrevidas." Ya aparecen en los muros de la capital papeles e inscripciones con vivas a Fernando VII. El simplismo mental del pueblo compara la abundancia y comida barata que se conseguía en el tiempo de los españoles con las privaciones que sufren ahora. Y todos los proyectos desesperados de Sanz, proyectos de revolucionario vidente, caerán en el vacío. Ha ideado una guerra de corso, utilizando los oficiales extranjeros que están en el país, para perseguir y limpiar el Caribe de buques enemigos. Sueña en radicales medidas de emergencia económica como introducir plata y oro del exterior, libres de todo derecho, para mejorar las condiciones de la agricultura, que se ve forzada a vender sus productos en papel depreciado, y planea largo en materia de relaciones internacionales. Hay que negociar de nuevo, y activamente, con las potencias europeas y con Estados Unidos. Si Inglaterra no nos hace caso, busquemos la alianza de Francia o la de la lejana Rusia. Mas, ¿quién tiene calma en medio del tumulto de excitaciones e impresiones para estudiar tales cosas? La Historia ya no pueden dirigirla algunas cabezas ilustres, sino es torrente sin cauce, superior a todo arbitrio y cálculo personal.

XXII

LAS COSAS PASARON ASÍ

Lo que estaba ocurriendo serviría de tema a un psicólogo que guste de desentrañar los turbios complejos colectivos, y aun aquellos elementos de desengaño, angustia o simple fastidio que quebrantan las naturalezas más heroicas. Miranda tenía 62 años, vividos casi todos en Europa, y ahora parecía estar solo en medio de su aparente poder, en Maracay, caliente pueblo del trópico y provisorio cuartel general de las armas republicanas. Si es demasiado tolerante con un personaje tan noble como el marqués de Casa León es porque los ratos que vive en su morada quizá sean el solo descanso, el pequeño oasis personal,

entre tantas intrigas, desalientos y peligros. El racionalista Miranda, formado en la mejor lógica del enciclopedismo europeo, ahora se encuentra con los fenómenos más irracionales. Aquí fracasarían Voltaire, Montesquieu, Diderot, los amados autores en que estudió el proceso de las sociedades humanas. Los pueblos no siempre eligen lo que les conviene, y la falta de discernimiento entre el mal y el bien no es sólo un problema teológico sino también histórico. Veámoslo, interpretando las cartas de los fieles amigos: Sanz, Madariaga, el joven jurista Pedro Gual, quien será después una de las cabezas más justas y avisadas de la Gran Colombia. De los chismes y las insidias caraqueñas se pasa a las escenas de robo y asalto y —desgraciadamente— de triunfo, de las mesnadas de Monteverde en campos y aldeas. Pensemos y midamos todo esto, mientras los criados del marqués de Casa León sirven la comida: una sabrosa lapa asada; un viejo vino español; una gran compotera de frutas, en las que el trópico despliega todo su color, su fragancia y sus mieles: nísperos, parchas granadinas, papayas, sandías. El inescrupuloso marqués suele contar algún cuento picaresco de sus días en España, y Miranda, que ha pasado una jornada de áspero trajín, con los nervios en suma tensión, se lo celebra con una carcajada. Como buen hombre del siglo XVIII, nunca señaló bien las diferencias entre la carne y el espíritu; la moral privada era en la Europa de entonces mucho más laxa, y en el asedio y picardía con las mujeres se marcaba, sobre todo, la varonilidad. Los grandes idealistas sociales (y Miranda siempre lo fué) podían tener, al mismo tiempo, su desenfadada extraversión libertina. En esas horas de Maracay, una cantidad de

incógnitas, de caminos sin salida, se entrecruzan en el cerebro de don Francisco.

La falta de una educación para la libertad —piensa el Generalísimo— es el primer obstáculo que encontrarán estos países en su marcha a la autonomía política. Los curas españoles, y aun los curas criollos educados por ellos, son los principales agentes reaccionarios. Veamos lo que dice Madariaga sobre el arzobispo Coll y Prat. Este prelado catalán, que fué el último regalo que hizo la monarquía borbónica a su amada colonia venezolana, no acaba de dulcificarse y apaciguarse al amor de su nueva diócesis y de sus nuevos feligreses. Sigue obrando, hablando y pensando como un fanático requeté de las sierras pirenaicas. Cuando el terremoto, que los párrocos y clérigos presentaron en sus sermones como castigo del cielo contra los patriotas, el gobierno pidió al prelado que calmara al rebaño explicándole que un temblor de tierra es simplemente un fenómeno físico y, si menos frecuente, tan natural como la lluvia y el granizo; pero Coll y Prat eludió el encargo con los pretextos más fútiles. Ahora el arzobispo ha establecido su cuartel general en una quinta de los alrededores de Caracas, donde al mismo tiempo que evade todas las visitas y solicitudes oficiales, mantiene su pequeña conspiración y reparte consignas que se vocean en los púlpitos y se susurran a las hijas e hijos de confesión. Madariaga, con su impetuosidad, recomienda que se expulse al arzobispo, y se ofrece para conducirlo a La Guaira. El militar Manuel María de Las Casas ha hecho una visita secreta a las cárceles y otros edificios de Caracas, por si descubre una celda limpia y confortable donde alojar como huésped a Su Se-

ñoría Ilustrísima. Pero prender y expulsar a un arzobispo es un hecho mucho más complejo que lo que Madariaga —a pesar de sus estudios teológicos— supone. El propio Madariaga informa que hay en la capital un numeroso grupo de familias españolas y canarias que manifiestan no disimulada alegría con los éxitos militares de Monteverde. Funciona ya en Caracas lo que en lenguaje de los últimos años se denominaría una "quinta columna", y ella ¿no haría del castigo al arzobispo un arma de propaganda más peligrosa que lo que fué el terremoto?

Pero es que esta propaganda —sigamos reflexionando— y la táctica letal de la "quinta columna" contamina también algunos círculos patriotas. La ley marcial que fué acordada entre Miranda y los gobernantes caraqueños durante la conferencia de Tapatapa, ha sufrido inexplicable retardo en la Cámara. Cuando se publica el 19 de junio ya muchos suponen que la militarización en masa será un poco ineficaz ante los avances de Monteverde y concitará, más bien, la creciente aversión de los hacendados contra el gobierno. En mayo, Monteverde se ha hecho dueño de las llanuras del Guárico donde los magnates criollos tienen sus mejores hatos y donde se abastece de carne todo el centro de Venezuela. La ocupación del pueblo de San Juan de los Morros por los realistas cierra, además, el obligado portillo de la serranía caribe y los valles aragüeños con las ricas pampas del sur. Por esos llanos, la prédica y demagogia realista es sumamente eficaz: hay los caballos corredores, los grandes palos de lanza y los llaneros que montan en pelo, y habrán de precipitarse sobre el país como un torrente bárbaro. Entretanto, ¿cómo procede Caracas?

Gual, Patricio Padrón, Sanz, van de casa en casa desenrollando y esclareciendo el gran ovillo de maledicencia tejido contra Miranda. Se explota la importancia y valimiento que tienen los oficiales extranjeros cerca del Generalísimo. "¿No sería esto el indicio —dicen los chismosos— de que Miranda tiene el secreto plan de entregarnos a una potencia europea?" La parroquial xenofobia se esgrime contra don Francisco, cuya cultura y costumbres chocaban, sin duda, con lo más común del ambiente. Era el "general letrado", dualidad que no se acepta sin resistencia y provoca simultáneamente la desconfianza y temor de los hombres de armas y de los hombres de letras. El gobierno provincial de Caracas —como para que Miranda no se envaneciera demasiado y para hacerle comprender los rigurosos límites entre uno y otro poder—, seguía entrabando las cosas, y erigía contra cada medida revolucionaria la inevitable complicación leguleya. Y no era tan sólo la oposición reaccionaria, sino también la de algunos idealistas desatentados como García de Sena, a quien los escritos de Tomás Payne que había traducido en pasable prosa española se le subieron a la cabeza, y decía en su corrillo de prosélitos que la dictadura era insoportable; que se entronizaba el militarismo, y que todo ello iba contra los legítimos ideales de libertad y fraternidad que se predicaron. La clara cabeza de Miguel José Sanz se desespera de esta falta de lógica y de desinterés de sus compatriotas. Informa que siguen apareciendo en Caracas pasquines y letreros de propaganda realista. En la plaza del mercado hay cada día foro público, discusión de consumidores que protestan de la vida cara y de la escasez de alimentos. "En los tiempos del go-

bierno español no pasaba esto", es el simple razonamiento de las viejas que regresan a sus casas con la canasta vacía. Y de pronto, en el círculo poltrón de la nobleza caraqueña estalla una terrible noticia: ¡Se sublevaron los negros de Barlovento!

Destruían las haciendas cacaoteras e intentaban una matanza de blancos. Aquella fiesta de San Juan —su San Juan negro, San Juan Guaricongo— que celebran cada año en las aldeas del río Tuy con danzas y cantos que son el alarido de una raza esclava, estuvo signada en ese final de junio de 1812 con explosivas amenazas. El licenciado Sanz que tiene compadres y clientes en la comarca barloventeña, que en Curiepe y Capaya llevó muchos morenitos recién nacidos a la pila bautismal, manda emisarios y escribe cartas tratando de apaciguar a los revoltosos. Se prepara él mismo a bajar por las cuestas fangosas y los derrumbes en lo más apretado del invierno tropical, hasta los valles cacaoteros a ofrecer su mediación. En Miranda, para quien es casi una idea fija su temor a las luchas raciales, la revuelta de Barlovento actúa como nuevo factor de desengaño. ¿Es que espera a Venezuela la suerte de Santo Domingo, donde la propaganda de libertad política degeneró en inexpiable guerra social?

Durante el mes de junio, Monteverde hostigó las posiciones patriotas en torno del lago de Valencia. Para no dejar descubierta su línea de defensa en Maracay, Miranda traslada el Estado Mayor y localiza las tropas en La Victoria. Y aunque en una nueva ofensiva realista a Cerro Gordo, cerca de la última ciudad, la caballería patriota de Mac Gregor derrota las avanzadas de Monteverde, la persecución del enemigo no se

prosigue y el Generalísimo prefiere una táctica de espera y fortificación de sus defensas. Es, contra la rápida estrategia de Aníbal, el estilo fabiano de aguardar el desgaste del adversario. Cree Miranda que el problema de su ejército es ante todo de disciplina, y, aplicando sus experiencias europeas, redacta y ejecuta nuevos reglamentos militares. Otra vez vuelve a culpársele de extremo rigor y severidad, porque no consiente que los soldados jueguen a las cartas ni escancien sus vasos de ron. Y mentalmente debieron comparar estos "Juanbimbas" convertidos en soldados el rígido reglamentismo del cuartel de La Victoria con la bárbara iniciativa y camino libre a las aventuras que podían disfrutarse en las mesmadas de Monteverde. Una conspiración de oficiales estalló a fines de junio. Develada a tiempo, Miranda emplaza ante un Consejo de Guerra a los jefes traidores (Tinoco, Santinelli, Schomburg). Pero estaba ya todo tan minado dentro del propio Estado Mayor que el juicio de los revoltosos casi concluye en farsa. El oficial Tinoco huye de sus perseguidores en caballo prestado por otro militar, y el auditor de guerra, Márquez, se niega a firmar sentencias de muerte. Algo peor que todo eso debería ocurrir en Puerto Cabello.

Era jefe de dicha fortaleza militar, el joven comandante Simón Bolívar, cargo acaso un poco estático para la febril energía, más dispuesta a dirigir la guerra y orientar la política, del futuro Libertador. Se acumulaban, peligrosamente, en las húmedas mazmorras del castillo, un montón de prisioneros realistas, ya bien informados de los triunfos de Monteverde. El subteniente de milicias Francisco Hernández Vinoni y el coronel Aymerich, a quienes corresponde la custodia del

fuerte cuando Bolívar va a la ciudad, conversan demasiado con los prisioneros. Y, precisamente, el 30 de junio, cuando Bolívar está en su posada de Puerto Cabello tomando el almuerzo, estalla la sublevación. Dueños de la artillería, los rebeldes emplazan sus cañones contra la ciudad. Trata Bolívar de organizar las pocas fuerzas de tierra, recoge todos los cartuchos de pólvora y quiere emprender la resistencia. Pero le faltan naves para dirigir sus soldados al asalto del torreón, y un rápido refuerzo pedido a La Guaira llega en medio de una tormenta marítima, en pleno chubasco tropical, que impide toda maniobra. Desde Valencia, Monteverde está enviando tropas de auxilio a los sublevados. Y en medio de la ciudad llena de pánico, cuyos habitantes huyen ante el tronar de los cañones, Bolívar no puede hacer otra cosa que embarcarse en el bergantín *Celoso* con unos pocos soldados, rumbo a La Guaira. Antes que se consuma el desastre ha enviado a Miranda una desesperada carta lacónica. "Mi General —dice la carta—. Un oficial indigno del nombre de venezolano se ha apoderado, con los prisioneros, del castillo de San Felipe y está haciendo actualmente un fuego terrible sobre la ciudad. Si V. E. no ataca inmediatamente por la retaguardia, esta plaza está perdida. Yo la mantendré entretanto todo lo posible."

Está Miranda la noche del 5 de julio celebrando en un banquete con sus oficiales y los altos personeros del gobierno el aniversario de la declaración de independencia, cuando llega un "propio" con el angustioso mensaje de Bolívar. Lo lee el Generalísimo y dominando la emoción pronuncia una frase célebre: "Venezuela —dijo en francés— est blessée au coeur". Y recuperando

el castellano: "Vean Uds. —agregó— lo que son las cosas de este mundo. Hace poco lo teníamos todo seguro; ahora todo es incierto y azaroso. Ayer no tenía Monteverde ni pólvora, ni plomo, ni fusiles; hoy puede contar con cuatrocientos quintales de pólvora, plomo en abundancia y tres mil fusiles. Se me dice que ataque al enemigo; pero éste debe estar ya en posesión de todo. El oficio es de 1º del corriente y hoy es 5, ya puesto el sol. Veremos lo que se hace mañana".

De allí a pocos días —y ante los informes que llegan de Caracas donde el arresto en masa realizado por Ribas y Castillo, de numerosos comerciantes españoles no hacía sino agravar el pánico— surgirá la idea de negociar con Monteverde. Puede reconstituirse a través de algunos documentos posteriores como el famoso escrito de Pedro Gual, cómo se desenvuelve en el Generalísimo la idea de un armisticio y pacto con los españoles. En todo Venezuela la causa patriota si no había sufrido aún definitivo quebranto militar, experimentaba un naufragio político. Cómo conciliar los términos extremos de aquella oligarquía enredadora y envidiosa de Caracas que lentamente había socavado todos los planes de necesaria centralización del poder, y los de la hirsuta demagogia que se expresaba, por ejemplo, en la revuelta racial de Barlovento, era el gran problema de Miranda. Algunos informadores que él despachó a Caracas como el marqués de Casa León (quien, por otra parte, ya preparaba su traición y cambio de tienda), le trasmitían las observaciones más pesimistas. "En el estado presente de las cosas, sin agricultura, sin comercio, sin rentas, sin comerciantes, sin labradores y sin seguridad en el

gobierno y sin confianza en él, es imposible que ningún estado pueda substituir", decía el marqués. Otros informadores hablaban del verdadero pretorianismo reinante en la capital, donde José Félix Ribas como gobernador y jefe militar obraba por su cuenta, prodigando —acaso inútilmente— las medidas despóticas.

Y una nueva tesis, muy de acuerdo con su verdadera ideología política, debió aparecer en la mente del Generalísimo. En la lucha de castas y odio ciego que se veía ya surgir, era imposible crear una república ilustrada y próspera que aprovechara las mejores luces de la época, como la que siempre soñó Miranda. En el fondo él creía que aquel patriciado director que formaba la cúspide de la sociedad criolla sólo podía ser desplazado del privilegio político a medida que cundiera la cultura en las capas más atrasadas. En parecerse cada vez más a Europa estribaba para el racionalista Miranda el problema de las nacientes democracias criollas. Y he aquí que de España llegaban en ese segundo semestre de 1812, algunas noticias alentadoras para los espíritus reformistas. Las Cortes de Cádiz ponían en vigencia una Constitución liberal que reemplazaba el viejo absolutismo español por las ideas del Estado moderno. Acaso ese nuevo instrumento jurídico serviría para que las colonias de América, utilizándolo, clamaran por sus propias reivindicaciones. Aunque Monteverde era un aventurero y no podía decirse que representaba al Estado español, parecía posible prever que España regularizara de acuerdo con sus reformas políticas y jurídicas la situación colonial. Esta es una hipótesis, pero existe, también, otra conjetura: que como lo da a entender Gual, Miranda pensara

dirigirse a Nueva Granada donde su amigo Nariño era aún gobierno; donde la revolución no asumía los feroces caracteres anárquicos que en Venezuela, y donde podría coordinarse una acción conjunta para lograr la independencia. La resurrección, en una palabra, de cierto olvidado plan mirandino de 1804.

Entretanto, viajan al campamento de Monteverde los comisionados. Y es claro que el astuto guerrillero se aprovechará del pánico. Es hijo del éxito y no le embarazan las consideraciones sociológicas, a largo plazo, que privan siempre en el pensamiento de Miranda. Mide con su ojo de lince feroz las contradicciones de los patriotas. Exigirá cada día más. Está en tierra conquistada, cuyo porvenir no le preocupa. Aun aquello por lo que se compromete, no lo piensa cumplir. El coronel Aldao y el pobre letrado José de Sata y Bussy a quien Monteverde enreda en su hábil dialéctica y logra imponerle un párrafo en que se reconoce al caudillo realista la más alta autoridad española en Venezuela, son los primeros negociadores. Mientras allá se discute, y van y vienen los negociadores de uno a otro campamento, Miranda viaja a Caracas a observar la situación. Los insidiosos dicen que el Generalísimo está preparando su fuga. El convenio acordado por Aldao y Sata y Bussy con Monteverde el 20 de julio, es demasiado trágico, ya que en él se estipula el licenciamiento total del ejército patriota y la restauración del gobierno español bajo las nuevas leyes del Consejo de Regencia. Y aquí se pone sus botas el personaje camaleónico, el tortuoso marqués de Casa León. Bajo cualquier régimen —godo o liberal— a él debe reconocérsele la jerarquía de gran propietario de los valles de Aragua

y árbitro indispensable de las finanzas del país. El 22 de julio, el marqués está dispuesto a sacrificarse por la patria. Pide a Miranda o hace que Miranda le pida que vaya a parlamentar con Monteverde. Hay que dulcificar en la práctica —porque el marqués se llama hombre sereno y conciliador— los términos de la capitulación. Hay que salvar y defender el buen nombre de Miranda. El programa de Casa León es tan bello que consulta "la inmunidad absoluta de personas y bienes en todo el territorio"; "el mantenimiento del papel moneda en curso"; "la amnistía de los desertores"; "la protección a la clase honrada y útil de los pardos y morenos y abolición de las disposiciones que la envilezcan o degraden"; "la aplicación a todos los habitantes de Venezuela de todos los reglamentos dictados por las cortes".

—Miranda —debió pensar Casa León— se va como vino; como un accidente, como un caballero que vive y sueña en las nubes, mientras yo permanezco contra los rayos y las revoluciones, a semejanza de esos samanes poderosos que enraízan su potente tronco en la tierra negra de Aragua.

Y negoció tan bien para sí que pocos días después, mientras los patriotas se dispersan, anuncia a Miranda que "él se quedará en sus haciendas de Maracay". "Así —razona el marqués— asegura la tranquilidad pública."

Bajo el régimen realista también se dirán misas dominicales en la iglesia de Maracay, y Casa León estará otra vez, sentado en alto sitial rojo, recibiendo el incienso que le ofrece el cura en el momento de la epístola. Los verdaderos patriotas se estarán muriendo entonces en la emigración o en las pútridas mazmorras contrarrevoluciona-

rias. Luego hay otra fábula, difundida por los planfletarios realistas y fraguada, sin duda, en el magín perverso de Casa León; la de que el marqués dió a Miranda para que aceptara el convenio, y por encargo de Monteverde, mil onzas de oro. El siniestro aristócrata y enredador, quien conocía por su cargo las cuentas de la República y las cuentas personales del Generalísimo, quiso dar a entender que una suma de dinero mandada depositar por Miranda en la casa de Robertson, Belt y Compañía de Curazao, era el producto de una traición. Lanzaba el marqués la especie, con el mismo desplante con que después de haber clamado por la inmunidad de personas y bienes patriotas autorizaría bajo Monteverde todos los horrores cometidos por la Junta de Secuestros, e insinuaría al déspota que la cárcel de Puerto Cabello no era suficientemente segura para guardar a Miranda, y que convendría remitirlo encadenado a la lejana España. Si hubo falta gravísima en Miranda fué —como se lo advirtió el canónigo Madariaga— no conocer bien al avieso Casa León. Todo esto va explicando el tercer acto del drama que se inicia con velocidad trágica en la última semana de julio de 1812.

XXIII

LA MADRUGADA TRISTE

Lo que estaba pasando por el alma ardorosa de Simón Bolívar en aquellos días de julio, también requiere ser explicado. Las nuevas técnicas de exploración del alma que no conocían nuestros historiadores del siglo XIX, permiten aclarar ese mundo de reacciones confusas, de vehemencia mezclada con desaliento, de orgullo herido y de deseo de afirmar enérgicamente su personalidad, en que se está debatiendo el futuro Libertador. Era ese momento caótico de toda revolución en que los buenos se mezclan con los traidores, las causas y los intereses antagónicos se confunden y en medio del desorden y excitación colectiva se

frustra todo análisis sereno, todo justo balance de la realidad. Si pensamos en que el alma del Libertador siempre trabajó a saltos, que fué hombre de chispazos, de arranques súbitos, y que éstos también se contrastaron en él con profundas depresiones, tenemos una pista para penetrar en su enigma de aquellos días. Sabemos que fuerzas de intriga habían trabajado desde hacía un año en enfriar las relaciones entre Miranda y Bolívar. Con respeto por el viejo revolucionario a quien él mismo trajo de Londres, Bolívar acaso acalla sus pequeños resentimientos; lo que a veces parece su postergación. Su mística y su ardor estaban por encima de aquellos chismes aristocráticos de Caracas y más concretamente, de la familia Toro. La tarea un tanto pasiva de cuidar la vieja fortaleza de Puerto Cabello no debió satisfacer mucho a quien se sentía llamado a desplegar impulso y planes propios. Y llega la sublevación del 30 de junio y la hora de amarga derrota de Bolívar, que se expresó en la patética carta que ya conocemos. Con el desgarramiento que le produjo el desastre, se viene a aquella Caracas, llena ya de miedo y de chismes de julio de 1812. Los propios funcionarios civiles, y el "mantuanaje" criollo que siempre debilitaron la acción de Miranda, ahora culpan al Generalísimo de todo lo que está aconteciendo. Bolívar desearía hacer —hasta como justo escarmiento de la sorpresa de Puerto Cabello— uno de aquellos esfuerzos sobrehumanos y maravillosas aventuras en lo imponderable que marcarán después el trazo fulgurante de su personalidad. Pero he aquí que ya se habla de capitulación. Circulan en Caracas las más insidiosas noticias: que el Generalísimo escapará con una fuerte suma de dinero y sin que sea ratificado

el pacto con Monteverde, dejando campo abierto a las hordas realistas. Y los que fueron pusilánimes ayer, los que encontraban demasiado enérgica la dictadura patriota, hablan hoy, por contraste, de que se podría resistir y darle una última batalla a Monteverde. ¿No hace Bolívar una especie de transferencia de su propio caos emocional en aquellos días, a la persona de Miranda? ¿No encuentra como una explicación de su propia derrota de Puerto Cabello en lo que en esta hora final se denomina la "ineptitud del Generalísimo"? ¿Todo el terror de la guerra no habrá consistido —pensaría Bolívar— en entregarle la suma dirección a aquel anciano desarraigado del medio y que no encontró en torno suyo sino recelos y antipatías? ¿Un jefe menos escéptico, con mayor fe en su estrella y en su pueblo no lo hubiera jugado todo en un esfuerzo final, en desesperada ofensiva contra los realistas? No podía decirse que la situación militar era desesperada, y aun las contradicciones y el caos político no tenían otro origen que la debilidad en el hacer. "El que pega primero, pega dos veces", dice un viejo refrán, y la táctica de Miranda fué, más bien, defenderse de los golpes. ¿Qué importa para una lucha de masas —como la que iniciará Bolívar en 1813— que las tropas no estén enteramente disciplinadas, que jueguen dados y beban aguardiente, cuando no se trata de dar batallas campales al estilo europeo sino de detener con otro torrente, el que ahora precipita Monteverde sobre el centro de Venezuela? Es una guerra revolucionaria como la que no supo definir Montecúcoli y los estrategas del siglo XVIII, tan estudiados por el Generalísimo. No se luchaba contra Turena o contra Federico el Grande; se luchaba contra los indios

de Reyes Vargas, contra los peones y los zambos alzados.

Y es ese momento dramático en que el discípulo se enfrenta a su maestro; en que el subalterno se siente poseído de un heroico y grande destino, y quiere abrirse paso por sobre toda ligadura de tradición o amistad. Para recuperar su ímpetu y su alma, en un como acto desesperado de salvación psicológica, Bolívar se cargó de cólera contra Miranda. Y esta cólera, atizada por todas las reacciones del ambiente, lo cura un poco del sentimiento de humillación e inferioridad que le produjera el desastre de Puerto Cabello. Bolívar anhela ahora, ser el único dueño de su imperiosa misión. Desde ese momento ya no tendrá más jefes. Un traidor, Manuel María de Las Casas, quien ya espera entregar la plaza de La Guaira a Monteverde, y un resentido, quien cobra su antiguo encono contra Miranda, el licenciado Miguel Peña, comprometen a Bolívar en sus extraños planes. Capitalizan para la conjura toda la irritación psíquica que alberga entonces el alma de Bolívar.

Tres barcos —el viejo *Sapphire* que, coincidencia extraña, trajo a Bolívar de Inglaterra en 1810; el bergantín *John* y el *Celoso*, que quedó bastante averiado en el cañoneo de Puerto Cabello— estaban anclados en la rada de La Guaira el 30 de julio. Muy cuidadoso de sus papeles, Miranda había dado el encargo al oficial francés Antoine Leleux que los condujera a bordo del *Sapphire* y trató con el capitán del mismo barco para que llevara a los militares extranjeros que deberían salir del país. Cuando en la mañana del 30 supo Miranda que las fuerzas de Monteverde estaban a menos de 15 kilómetros de la capital, resolvió

su propio viaje. El zigzagueante camino, a través de la serranía del Avila, que conduce de Caracas a La Guaira, se veía congestionado de fugitivos; oficiales a caballo, carretas que llevan los mínimos enseres de las familias criollas, esclavos que cargan los sacos de viaje y los almofreces de sus dueños. Al atardecer llega Miranda al puerto, alojándose donde el comandante Las Casas. Las luces del *Sapphire* estaban encendidas y el capitán del barco, Haynes, insinúa al Generalísimo que se embarque de inmediato. Pero buen militar en todo, acaso Miranda juzgó que no era correcto irse a bordo sin conocer las últimas noticias ni tomar sus finales providencias. El verdadero jefe sube al barco después que la oficialidad. Hay una última cena trágica en la residencia de Las Casas, donde como en todas las últimas cenas, acechan los traidores. Un áspero debate se encendió mientras comían, cuando el honesto Pedro Gual y el coronel Juan Paz del Castillo exigieron de Miranda que explicara todo el alcance de la capitulación. El Generalísimo respondió con despectivo orgullo. Lo traicionaba con frecuencia la soberbia de su carácter; la altanera distancia que ponía entre él y los demás. Como buen inglés el capitán del *Sapphire*, Haynes, quien asiste a la comida, quiere apaciguar la acalorada discusión, y otra vez invita a Miranda a acompañarle al barco. Pero él le replica que pasará la noche en tierra y sólo se embarcará al amanecer. Se para de la mesa, y el joven edecán Carlos Soublette lo guía con su linterna a través del corredor, hasta el dormitorio.

De la cena donde Las Casas —doblemente traidor a su jefe y a su huésped— algunos de los que ya traman la conjura, salen a finalizar sus

preparativos. En la reunión nocturna aparece Bolívar, quien, sumamente exaltado, opina que Miranda es el único responsable de la hora trágica que vive el país y que merece castigo. (Bolívar ignora que ya Las Casas ha resuelto entregar el puerto a Monteverde.) Estratégicamente se aposta un grupo armado frente a la residencia de Miranda; Las Casas, quien no se atreve a presentarse de nuevo ante su huésped, se dirige a asumir la guardia del castillo del Colorado, y Bolívar, Chatillon y Montilla harán preso al Generalísimo.

Los pasos de los asaltantes despiertan a Miranda, en la madrugada.

—Soublette, ¿ya es la hora? —debió preguntar, todavía en la semiconciencia del duermevela. A tientas busca la linterna que al fondo de la pieza acaba de encender Soublette. Se frota los ojos, se yergue bien, y mira ya, proyectando la luz, sobre aquellos rostros de oficiales trasnochados; lívidos de la tremenda misión, y dispuestos a desenvainar sus aceros. En un segundo, Miranda lo ha comprendido todo. Y, supremo desengaño, casi no protesta y dice dirigiéndose más a Soublette que a los conspiradores:

—Bochinche; bochinche, esta gente no sabe hacer sino bochinche.

Quería a su pueblo, pero había dejado de comprender a su pueblo; es todo el sentido de esta frase de desilusión total, de desdeñosa amargura. Y acaso 16 años después, durante cierto trágico despertar en Bogotá, en 1828, cuando también hubo pasos nocturnos de conjurados y su vida estuvo igualmente expuesta a merced de la calumnia y el rencor que quiso llegar hasta el crimen, Simón Bolívar, ya más probado por la hiel de

la ingratitud y la incomprensión, evocaría ese lejano 30 de julio de La Guaira. Escondido bajo un puente, mientras se pierden a lo lejos los pasos de los conjurados y voces amigas reemplazan ya a las voces hostiles, Bolívar —por la similitud de situación— tal vez revivió aquella lejana escena de su juventud. "Bochinche; estas gentes no saben hacer sino bochinche", diría para sí, como Miranda en 1812. Y en esa triste noche bogotana de 1828, el Libertador, negado ya por los hombres de una generación más joven, no sólo juzgaría más piadosamente al Generalísimo, sino purgaba en propio sufrimiento aquella juvenil complicidad con la injusticia. Era también lo cierto —y va en descargo de Bolívar— que el anciano y glorioso general Miranda, víctima de la desilusión y del desarraigo, no pudo hacer aquella guerra brava, guerra del trópico y de la multitud hirsuta, la que vencería a Monteverde, y encontró un sobrehumano artífice en el joven Libertador.

El 31 de julio, Manuel María de Las Casas, ex comandante patriota en el puerto de La Guaira, quitándose ya la careta de falso héroe republicano, oficiaba al capitán Haynes "de orden del comandante general de las tropas de Su Majestad Católica, Domingo Monteverde", que ningún barco podía salir de la rada, a fin de evitar la fuga de las personas comprometidas en la revolución. Poco puede disfrutar Las Casas del cargo de que se ha autoinvestido. Viene pronto a sustituirlo el feroz Francisco Javier Cervériz, a cuyo poder pasan los presos y, principalmente, Miranda. El intrigantísimo Peña había marchado a Caracas en una tentativa de encantar y apaciguar a Monteverde con todas las armas de su melosa

dialéctica. Bolívar, cuyos fines eran distintos a la traición de Las Casas y al rencor personal de Peña, comienza a verse en peligro. Consigue por intermedio de su amigo el comerciante Francisco Iturbe un pasaporte para escapar a Curazao. Sueña y proyecta ya, con intuición fulgurante, la campaña admirable que organizará en la Nueva Granada. Como Iturbe quiere presentar como servicio a la causa española la prisión de Miranda, Bolívar le replica: "Le prendí para castigarlo; no para servir al rey". Y el buen Iturbe, que a pesar de su "godismo" es muy servicial persona, alega así ante Monteverde el pasaporte del futuro Libertador: "Ese joven no es más que un calavera. Déjelo que se vaya". Monteverde no imaginaba que aquel calavera prófugo era precisamente el más peligroso de los revolucionarios.

XXIV

CREPÚSCULO

Monteverde fraguó un gran pretexto para no cumplir la capitulación. Si Miranda y los principales líderes patriotas estaban presos, era porque intentaron fugarse con los fondos del tesoro venezolano. Su propaganda periodística, que corresponderá al resentido mestizo José Domingo Díaz, propala la especie y hasta el propio Monteverde, de tanto repetir el mito, acaso llegue a creerlo. No se les debe aplicar, pues, a aquellos prisioneros, el derecho público. Es más cómodo y fácil decir que son delincuentes comunes. El letrado Oropeza, que será uno de los consejeros áulicos del caudillo, alma corroída, a la vez, por

el fanatismo y por el deseo de servir a su nuevo amo, insinúa que se acumulen en el juicio contra Miranda todos los cargos que España podía hacerle por sus largas y complicadas peripecias de conspirador. Las bóvedas de La Guaira y las de la fortaleza de Puerto Cabello comienzan a colmarse de los prisioneros que de todo el país remiten los lugartenientes del déspota. Ser preso es casi una garantía porque aquellos feroces oficiales como Antoñanzas, Zuazola y Cervériz se entretendrán en las provincias en cortar orejas insurgentes, en martirizar mujeres y niños, en desollar los pies de los enemigos o en colocarlos sobre un baño de brasas. Jugando dados, apostando a su gallo y repartiendo aguardiente entre la tropa, presenciarán los suplicios, los guerrilleros contrarrevolucionarios. Y cuando en la prisión de Puerto Cabello escriba Miranda su famoso *Memorial* a la Audiencia, da en trágicas pinceladas el horror de aquellos días. El vió llegar las víctimas, "unas montadas en bestias de carga con albardas; atados de pies y manos; otros arrastrados a pie y todos amenazados, ultrajados y expuestos a los vejámenes de los que los escoltaban, privados hasta de ejercer en el tránsito las funciones de la naturaleza".

El informe que Alexander Scott, agente norteamericano en Venezuela, dirige a su gobierno, y las páginas que los oficiales extranjeros Delpech y Leleux escriben sobre los mismos sucesos, coinciden en el testimonio patético. Delpech y Leleux esperan que una gestión inglesa pueda lograrse a favor de Miranda, y el antiguo secretario del Generalísimo Tomás Molini, con el apoyo de tales argumentos, va en Londres de uno a otro ministro, de uno a otro personaje influyente. Es

necesario clamar no sólo por el vejamen cruel que, infringiendo un tratado público, se ha impuesto al Generalísimo, sino también por el carácter de inaudita ferocidad que toma la guerra venezolana. Luis López Méndez quien todavía es en Londres diplomático sin paga, de una Venezuela no reconocida y, por el momento, vencida, llega frecuentemente donde Castlereagh a depositar los memorándums en que alega la causa de sus compatriotas. Nicolás Vansittart quisiera también hacer algo por su anciano y desgraciado amigo. Pero toda intervención inglesa a favor de Miranda y de la patria cautiva, se frustrará, primero porque Inglaterra se considera aliada de España en la guerra contra Bonaparte; y después de 1814 porque la restauración de Fernando VII, tiende sobre la vida española un velo de impenetrable medievalismo. Al grito de "¡Vivan las cadenas!" ha de recibir la plebe hispana, azuzada por los frailes, al restaurado rey Borbón.

¡Vivan las cadenas! Miranda las siente remachar contra sus tobillos ulcerados, en tan trágicos días. De La Guaira se le trasladó a una celda salitrosa de Puerto Cabello, hasta donde llega el rumor del mar, y cuyos muros recorren las alimañas más sucias. Se autosometió al principio a una dieta de pan y agua, hasta acostumbrarse a la ración de frijoles duros del presidio. Reina todo el calor de la canícula; viene de las celdas próximas el llanto o la imprecación de un prisionero desesperado; se sufre de dolores de estómago, de insomnio, del reumatismo que engendra el calor húmedo. ¡Quién comiera una fruta fresca o tomara un baño! Hay que luchar con el carcelero para que traiga cada domingo el tosco barril con agua y el jabón de áspera lejía con que

se limpia y refresca a medias el irritado cuerpo. Recordaba acaso Miranda, por contraste, el curioso libro de Jeremías Bentham, *Panopticon,* en que el reformador británico describiera y planeara las prisiones de un Estado bien constituído. Algunas veces, en casa de Bentham, quien buscaba el nuevo país de utopía para sus reformas sociales y consideró siempre a Miranda como uno de los empresarios posibles de ese país de utopía, discutieron y comentaron tan humano tema. Miranda conocía bastantes prisiones y daba a su amigo una experiencia directa. ¡Y cómo contrastaban la luz, el aire, los talleres activos y la biblioteca del *Panopticon* ideal, con el horror de esta mazmorra marítima!

Para verter nuevo desengaño en la pena física, a veces llega de la calle, traído por ese "correo de los presos", tan mágico y misterioso como el "correo de las brujas", una noticia política. El mimético Casa León es ahora uno de los "notables" de cierta Junta convocada por Monteverde para formular la lista de "sospechosos" que deben encarcelarse o proscribirse del país. Esta Junta complementa la no menos útil de "Secuestros", que ordena los embargos de propiedad y la ocupación de haciendas y bienes de los patriotas. Y como para alejarlo de sus posibles remordimientos, Casa León ha dicho que, siendo Miranda "la cabeza de los malos", sería mejor remitirlo a las cárceles de España. Monteverde, sin embargo, ha tenido algunas colisiones de índole jurídica con la Real Audiencia que reclama contra los actos despóticos y recuerda al tirano la conveniencia de cumplir la Constitución y leyes —más humanas y generosas— promulgadas por las Cortes de Cádiz. Funcionarios probos y sere-

nos juristas como Heredia y Costa Gali, son los testigos y vigías de la ley en ese mundo de violencia. Pero, ¡qué pueden ellos ante el cuchillo de Zuazola y Antoñanzas; ante la banda criminal que Monteverde lanzó a campo traviesa por todo el territorio venezolano! Apenas de tiempo en tiempo, logran mandar un informe a España. Monteverde es otro Estado, otra voluntad bárbara, junto al utópico Estado legal. Mas, acaso esta actitud ecuánime de los oidores, excita a Miranda a dirigir a la Audiencia el noble *Memorial* de 8 de marzo de 1812. No sólo reclama la libertad de su persona que le garantizara la capitulación, sino hace la defensa de su buen nombre y del criterio que guió su conducta. "Por el honor de la nación española —escribe—; por la salud de estas provincias y por el crédito y responsabilidad que en ellas tengo empeñados, tomo la pluma en el único y preciso momento en que se me ha permitido para reclamar ante la superior judicatura estos sagrados, incontestables derechos." Protesta porque "de otra suerte aparecería como el ente más despreciable a la vista de todo el Universo, que, juzgando imparcialmente de estas materias, me creería indigno de toda consideración por haber prestado una tácita deferencia a las repetidas infracciones que se han cometido y están cometiendo no sólo del solemne tratado celebrado por mí y el comandante de las tropas españolas, sino de lo que es más, de las leyes o decretos de las Cortes generales de la nación, de 15 de octubre y 30 de noviembre de 1810, y de la Constitución publicada, circulada y mandada a observar en estas provincias". No piensa tan sólo en su causa sino en la de todos los que sufren cautiverio por aquel motivo. Y

una idea aún más generosa que por primera vez se destaca de modo tan explícito en sus escritos: la de la posible concordia de los españoles de España y de sus nietos ultramarinos al amparo de nuevas leyes e instituciones que les permitan sustituir la guerra feroz por el debate legal. Es ahora Miranda el abogado de una cultura y un espíritu común, de una España de ambos mundos que debe negociar y entenderse bajo nuevas bases jurídicas. No es que renuncie a su idea autonomista; es que hay superiores deberes de sangre y de tradición que requieren ser considerados en tan trágica querella.

El *Memorial* de Miranda no obtiene respuesta, pero pocos días después Monteverde ordena el traslado del prisionero al Castillo del Morro en Puerto Rico, donde se cumplirá la segunda estación —acaso la menos desesperada— de su ya irreversible calvario.

El venezolano Andrés Level de Goda, funcionario realista pero hombre de lengua epigramática y de singular inteligencia, es uno de los testigos de los últimos días del héroe. Sus *Memorias* contienen interesantes noticias de la vida del Generalísimo en Puerto Rico y de su final prisión de La Carraca. A pesar de las ideologías opuestas, los dos hombres, cultos y buenos conversadores, simpatizaron profundamente. Pocas personas como Level, rinden alabanza más cálida a don Francisco. "A todos —dice— avasallaba con su voz, con su lógica y con su fama." Y en otra parte agrega: "En su cabeza no vi más que una biblioteca ambulante y me tenía encantado". A compartir con el prisionero una taza de té con limón, bebida que recomendaba para la canícula

portorriqueña y a comentar juntos las gacetas de Cádiz, iba Level casi cada tarde a la prisión del Morro. El gobernador de la fortaleza, don Salvador Meléndez, quien también le había tomado afecto a Miranda, consentía en que lo visitaran, le suministraba libros y le enviaba, con frecuencia, manjares de su mesa para sustituir la tosca comida de la cárcel. Hay amables horas de diálogo que Level evoca muchos años después condimentándolas con su natural malicia. "Me descubrió algunas cosas graves y gravísimas, de que no puedo hacer uso." Y como escribe después que Bolívar ya realizó su trayectoria fulgurante, creó nuevas naciones y redactó las leyes de las repúblicas que había engendrado, ello sirve a Level para dar a entender —con solapada intención— todo lo que el pensamiento del Libertador debería al pensamiento de Miranda. Aquellas famosas constituciones que escribió Bolívar ¿no son un poco las hijas —lo insinúa Level— de cierto proyecto constitucional escrito por Sièyes y Miranda, que el Generalísimo trajo en su equipaje europeo y dió a leer a su joven discípulo? Es imposible seguir a Level en todas sus hipótesis y todos sus chismes. Por una especie de interesado mimetismo, cuando el memorialista trasmite las reflexiones políticas y sociales que le confió Miranda, es difícil discernir qué es lo leveliano y qué lo mirandino. Queda, después de descontar los juicios y prejuicios del autor, la imagen de Miranda que ya conocíamos: hombre encantador que diserta con provecho sobre todo género de asuntos. Y le adorna su magnífica cabeza blanca, cabeza de general que se hubiera hecho filósofo.

Corren los días y está goteando la desesperanza en aquel presidio marítimo de La Carraca,

en Cádiz, a donde condujeron a Miranda, desde Puerto Rico, a fines de 1814. Se disipa ya la ilusión liberal de las Cortes de Cádiz. Fernando VII ha vuelto a España a restablecer la inquisición, el predominio político de las órdenes religiosas y la escuela de tauromaquia. Toreros y frailes serán lo más permanente de la España absolutista. Es la España sombría y fanática que odia Miranda; la que siempre le ha odiado. Se acabó la buena tolerancia que antes le ofreciera en Puerto Rico el señor Meléndez. Ahora está, de nuevo, cargado de cadenas. Pero no falta —hay que decirlo— esa virtud espontánea y buen deseo de servicio, que también es lo permanente del pueblo español. Un tal Pedro José Morán será en la cárcel de La Carraca su ángel custodio y fidelísimo escudero. En aquella Cádiz que fué alegre escenario de la vehemente mocedad mirandina, en la ciudad donde (como lo dicen las páginas del diario) lo amó la ardiente Pepa y Julia Fitzgerald, "la española inglesa", aún tiene Miranda algunos amigos. Ciertas cartas y recados misteriosos del prisionero se trasmiten a una casa de la calle de San Cristóbal, Isla de León, donde vive la diligente mujer llamada Antonia de Salis. En otros papeles se le llama tan sólo, Antonia, o la señora A. Para marzo de 1816, la señora A. se ha trasladado a la calle de San Francisco de Asís número 7. Los papeles que escribe Miranda en su prisión los firma con el anagrama de José Amindra.

¿Qué contienen esos papeles? Son, por ejemplo, cartas que deben remitirse a Londres a Nicolás Vansittart pidiéndole varios servicios: que hable con el duque de Gloucester y demás altas relaciones británicas por si Inglaterra quiere pe-

dir piedad para su causa; que averigüe con la casa de Robertson, Belt y Compañía de Curazao a dónde fueron a parar el dinero, el equipaje y los libros que Miranda les consignó antes de su cautiverio. Desde Londres se podría abrir, además, un crédito contra la casa Duff de Cádiz para que el prisionero atienda a sus necesidades más urgentes.

Su gran amigo Turnbull, si no pudo ramificar sus negocios en la inmensa América del Sur como lo prometía en las ingenuas circulares de 1806, al menos comercia, prósperamente, con España. La casa Turnbull, Ross y Compañía, de Gibraltar y Algeciras, tiene estrecha vinculación con los mercaderes de Cádiz. Y Peter, el hijo mayor del viejo y afable John, viene al Estrecho a inspeccionar el trabajo de sus agentes. En Algeciras se informa de Miranda. No es enteramente imposible evadirse de una prisión española, y según el testimonio de Turnbull, mil libras esterlinas para conseguir una nave segura y para conmover a los carceleros obrarían el milagro. El joven Peter regresa a Londres con ese generoso plan de evasión que consultará con los amigos del Generalísimo. La impresión que llega a través de los papeles incompletos que se conservan sobre tan secreto negocio, es que si los amigos de Miranda se compadecían de su suerte, no deseaban arriesgarse hasta el punto de comprometer al cauto gobierno inglés.

La idea de fugarse, de volver a ver los hijos que le dió Sara Andrews, continúa acicateando como una obsesión los últimos días de Miranda. Para marzo de 1816 parece estar ya maduro el proyecto. Es entonces cuando habla en una carta a la casa Duncan, de "cierto viajecito" que em-

prenderá el miércoles o jueves próximo. El "viajecito" tendría como primera escala Gibraltar; de allí saltaría a uno de los puertos de la costa portuguesa; de allí a las nuevas aventuras del mundo. Espera que le descuenten una letra contra la casa Turnbull por doscientos pesos para los primeros gastos del riesgoso camino.

Mas el hombre propone y Dios dispone. El 25 de marzo de 1816 cae fulminado por un ataque de apoplejía. Se inicia la estación final de su calvario. Mejora del ataque para contraer lo que en el lenguaje del tiempo se llamaba "calenturas pútridas". Es fiebre tifoidea, pero es también la avitaminosis y el escorbuto de la detestable alimentación, de la humedad y la inercia de la celda. Se le conduce al hospital. El buen Pedro José Morán tiende la sábana más limpia para que repose su amo. De la boca ulcerada brota insistente hemorragia. Pedro José es como el buen Cirineo de este último sacrificio. De las paredes encaladas de la enfermería cuelgan imágenes religiosas en el más barroco gusto español: crucifijos lívidos, Santas Teresas derribadas por el rayo divino, del estilo que divulgó Lorenzo Bermini; figuras maceradas y lúgubres de la escuela de Zurbarán. Un sacerdote llega a ofrecer al enfermo los auxilios religiosos. Miranda lo rechaza.

—Déjeme Ud. morir en paz.

Pero como poco después se inicia el coma agónico, las diligentes hermanitas del hospital consiguen que se le administre la extremaunción. Presencia ya Miranda con los ojos entelados y sin voluntad de rechazo, el grave ritual. Al mediodía del 14 de julio de 1816 se queda definitivamente dormido.

Pedro José Morán, carne de pueblo generoso

y servidor, quisiera honrar a su patrón en ese último momento. La vieja etiqueta española prescribía que para las exequias de un gentilhombre se le vistiese con el más serio vestido, con las botas con que transitó por la tierra y con las que emprenderá la peregrinación por los lejanos mundos desconocidos. Junto al ataúd descubierto —si ello era posible— se celebraría la misa de cuerpo presente. Pedro José va a ver a los sacerdotes de la parroquia para disponer los funerales. Pero los sacerdotes deliberan: Miranda fué siempre un hereje. Y aunque recibió *in extremis* los santos óleos, su voluntad no participó en esa postrera entrega a la iglesia. Además, fué un insurgente. Enterrar a Miranda con el acostumbrado ritual católico sería un problema teológico y un problema político. Son los días más tétricos de la reacción fernandina. En la duda hay que abstenerse, es consejo de Sancho y de los sacerdotes que no quieren comprometer su posición. Es mejor que, en la noche casi sin ruido, ceremonia o escolta, se deposite el cadáver en el cementerio. Sobre el cuerpo yerto de su amo, Pedro José Morán, que carece de jerarquía para discutir con tan sabios teólogos, tiende un lienzo piadoso y vierte sus sencillas lágrimas.

Y ya no hay noticia de dónde pueden estar los descarnados despojos de don Francisco de Miranda. El viejo cementerio de La Carraca fué demolido allá por 1860. Los muertos cuyos deudos no pagaron su derecho a nicho o fosa fueron a dar con su final esqueleto a uno de aquellos "carneros" u "osarios" parroquiales donde el nombre y los huesos se confunden y despersonalizan. En el día de la Resurrección tornarán a ser identificados. Cada cráneo se ajustará a su

tronco; cada tibia reconocerá la pierna con que anduvo por el mundo.

En su patria venezolana quedan dos recuerdos de la huella terrestre del personaje extraordinario. Una casona del siglo XVIII, en pleno centro de la ciudad de Caracas, donde durante los últimos cien años se guardó café, cacao y víveres tropicales, se hicieron negocios de comisión y consignación, y se cumplió, también, con la Historia, erigiendo una lápida para señalar la circunstancia de que allí nació el Precursor. Tal vez la casa sea pronto derribada, pues no se justifica, con el alto precio de la propiedad urbana y los elevados edificios vecinos, un último testimonio de vida patriarcal y menos urgida de negocios, como ese pedazo de arquitectura del siglo XVIII. Por lo demás, don Francisco, primer suramericano *weltbürger*, ciudadano y caminante universal, testigo de dos revoluciones y promotor de una tercera, casi no vivió en aquella casa. Otro testimonio quizá más duradero y más acorde con su naturaleza son los sesenta y tantos legajos, hinchados de papel y huella humana, en que Miranda coleccionó documentos, recuerdos e itinerarios de su vida, que ahora se custodian en la Academia Nacional de la Historia. Con letra suya y con letra de los otros —mujeres, políticos, conspiradores, filósofos—; con claves de revolucionario, estampas, gacetas y dibujos, se reconstituye en esos bloques de papel el signo de una vida plena, en el dolor y en el goce: en el misterio y el heroísmo; vida dilatada en el inmenso radio geográfico que se traza desde el mar Caribe hasta las boreales llanuras bálticas; vida como no la vivió en peripecia y en extensión ningún otro suramericano.

ÍNDICE

		Pág.
Prólogo		7
I.	Primera silueta	13
II.	Viajes del gentilhombre	25
III.	Londres y el continente europeo	31
IV.	El Gabinete de Mr. Pitt	39
V.	Cuando hasta la existencia era un azar	45
VI.	El consuelo de la Filosofía y la copa de Mitrídates	58
VII.	Antes del pacto de París	63
VIII.	Nuevos hombres y papeles para negociar.	69

		Pág.
IX.	Entre la ilusión y la traición	76
X.	18 Brumario	89
XI.	Napoleonismo	99
XII.	Red de agentes	113
XIII.	Otoño, 1805	129
XIV.	Ogden cobra el doscientos por ciento	139
XV.	Coro	151
XVI.	Otra vez, Grafton Street	159
XVII.	Antesala de grandes sucesos	172
XVIII.	Gente y facciones en Caracas	184
XIX.	Primer acto de un drama	192
XX.	Patria boba	207
XXI.	Terremoto y contrarrevolución	220
XXII.	Las cosas pasaron así	230
XXIII.	La madrugada triste	243
XXIV.	Crepúsculo	251

Se acabó de imprimir MIRANDA el día 18 de mayo de 1955, en los talleres de *Unión Gráfica, S. A.*, Vértiz, 344, siendo su tirada de 3,000 ejemplares

en todas las Cortes de Europa, primer gran precursor y propagandista de la Independencia de América, Jefe político y militar que quiere acaudillar antes de Bolívar la revolución de Venezuela en 1811, viajero universal, erudito y hombre de mundo, pocas vidas seducen más con su ritmo y aventura, casi milagrosa, como la de don Francisco de Miranda.

Y Picón - Salas, historiador, novelista y ensayista, la sabe estudiar y contar con arte, agudeza y animación impares.

MARIANO PICON-SALAS

FRANCISCO DE MIRANDA

SOÑADOR DE LA LIBERTAD VENEZOLANA

El primer ciudadano del mundo que saliera de Sudamérica. Europeo en América y americano en Europa, pero ante todo, defensor de la libertad.

AGUILAR, S. A. DE EDICIONES. MADRID-BUENOS AIRES